







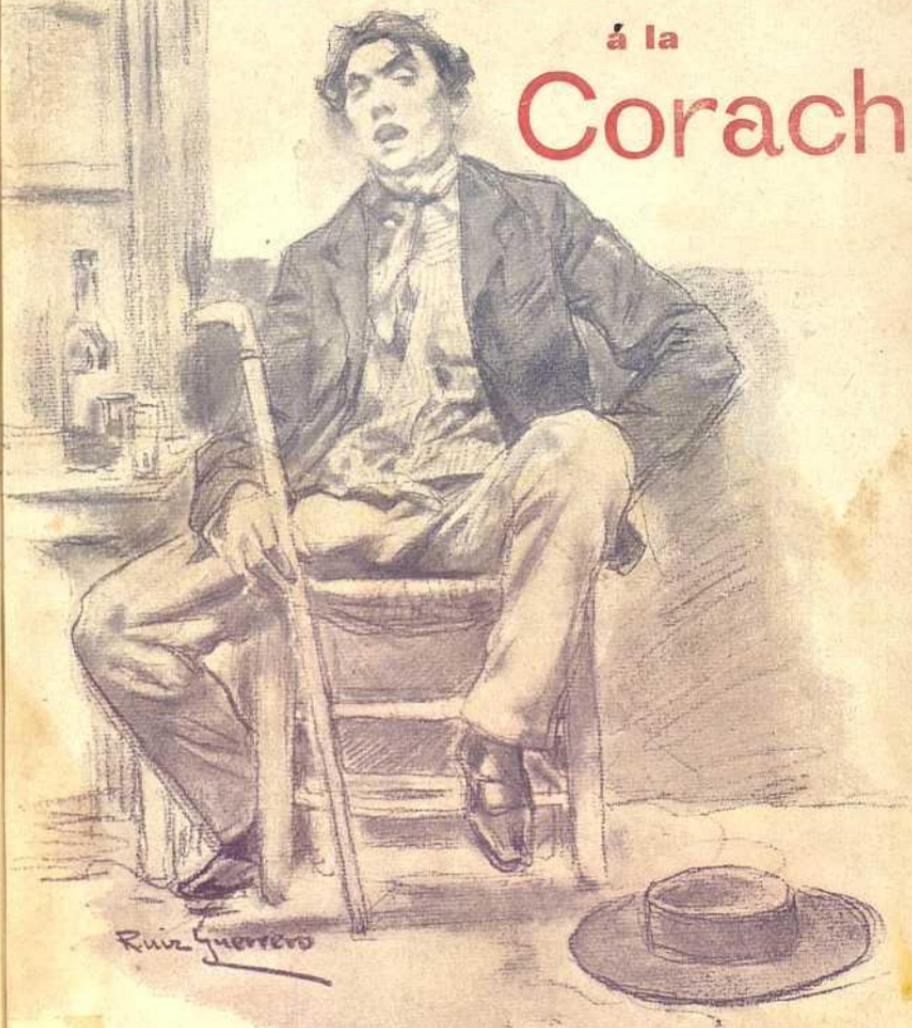
Arturo Reyes

P. 12

# Del Bulto

á la

# Coracha



Ruiz Guerrero

MADRID

LIBRERÍA DE FERNANDO FÉ  
CALLE DE SAN JERÓNIMO, 2

1902



DEL BULTO A LA CORACHA



Arturo Reyes



# DEL BULTO Á LA CORACHA



**MADRID**

R. VELASCO, IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 11

*Teléfono número 551*

—  
**1902**



R.67492



**Del Bulto á la Coracha**





## CAPÍTULO PRIMERO

—A las doce en punto estaré en tu ventana, y piensa en que si te decides á quererme, antes de quince días no serás Lola la *Clavellina*, sino la reina de las mujeres.

Y después de decir esto se alejó lentamente D. Luis de la ventana, en la que permaneció Lola hasta que aquél hubo desaparecido.

Lola estaba hecha un mar de confusiones: no era para menos; de un lado su conveniencia, D. Luis, un buen mozo con más oro que había en el Perú; del otro Joseíto, un chaval bonito, tunante y zalamero, pero que si no andaba en cueros vivos era por misericordia divina.

Cuando D. Luis se hubo alejado, sentóse la gitanilla junto á una mesa, colocó en ella un codo, y la cara, la preciosísima cara, en la palma de la mano, y Dios sabe cuánto tiempo hubiera permanecido sumida en sus graves meditaciones, á no haber penetrado en la estancia el tío *Bitoque*, un gitano más viejo que un palmar, más torcido que un garabato, vestido andrajosamente con el típico marsellés, la faja extendida desde el sobaco á la ingle, unos pantalones que eran la apoteosis del zurcido, zapatos con la mar de ventiladores, camisón que ni la más leve huella conservaba de su primitiva blancura, y un sombrero que, según juraba su dueño, había sido de los llamados de catite en sus remotísimas mocedades.

Penetró el viejo en la estancia con toda la libertad que le daba su parentesco lejano con la *Clavellina*, y con toda la lentitud que le imponían sus años y goteras, y sentándose frente á la chavala, preguntó á ésta con voz un tantico aguardentosa:

—¿Se puée saber poi qué la niña de más tronío del *Bulto* tiée tan triste la carita morena?

—Por ná, agüelo; es que tengo el cuerpo cortao.

—¡No es mal corte el que quiéen darle á tu gusto con un cuchillito de plata fina! ¿Y tu parienta? aónde está ese avichucho?

—¿Aónde ha de estar? ¡En el puesto!

—Oye, Lola, ¿quéa algo de aquel pícaro de Faraján que es un ilisi? ¡Me vendrían más de *chipé* unas gárgaras!

Se levantó Dolores, y sacando de una alacena una botella, vació su contenido en un vaso, que ofreció al viejo.

Lo apuró éste poniendo los ojos en blanco, y después de relamerse y de pasarse el dorso de la mano por los labios, exclamó:

—¡Vaya si es cosa superiorísima! ¡canela fina y azúcar cande! Cá enjuagatorio de éstos me quita un año de encima; ahora á jechar jumo por tóos los poros, y tan y mientras, tú me vas á decir lo que le pasa á la gitanilla más graciosa de toíto el mundo, que ya sabes tú que este *puri* tiée un farol en cá pestaña, y él te dirá cuál es la mejor vereas del monte y la olita más mansa de la mar.

—¿Y qué quiée usted que yo le cuente?

—¿Lo que yo quiero es saber si por fin vas á dirte del *Bulto* al *Limonar* ó del *Bulto* á la *Coracha*?

—¡Y qué se yo! ¿Usté sabe lo que le pasa á la hija de mi mare?

—De juro que me lo sé, salero, de juro que me lo sé. ¡Lo que á tí te pasa es que estás en mitá de un campo con dos vereas por delante, y no sabes por cuál de ellas tirar pa que tus cuentas te salgan más galanas. ¿No es la *fija* lo que te digo?

—Cuando arremate usté, allá veremos.

—Pos bien: una de ellas parece más lisa que la parma de tu mano; pero á tí te da *jindama* de esa verea porque temes, y con mucha razón, que si te metes por ella vas á dar un tropezón y con tus huesos en un precipicio; la otra verea es más empiná que la subía del Górgota, y pa subir por ella se necesita mucho purmón y mucha voluntá, pero al fin de ese caminito penoso está la fuente del agüita más dulce de la vía. ¿No es el Evangelio lo que te platico?

—Siga usté, agüelo, que me va oliendo bien la albahaca.

—Pos güeno: tu estás en la mesma entraílla de las dos vereas, sin saber por cuál de las dos meter tu cuerpecillo garboso, y una *gachí* que tiée ya blanco hasta el añadío, y que es más fea que *Ortigosa*, y más güena que el pan, y que te quiere con tóo el tronco y con toas las ramas, anda emperrá en empujarte por la trocha que más mejor le parece; pero tú tiées en el pecho un barco cargaíto de ilusiones que cá vez que tú piensas en tomar esa verea, jecha el ancla y Dios no te muevé. ¿No es asina?

—Sí que es asina, agüelo.

—¡Pa que en dispués digan que el *Biloque* no *chanela* ná, ni tiée quinqué, ni sabe aonde le aprieta el zapato!

—Pos ya que es usté casi un jechicero, dígame usté el càminito por donde debe tirar la hija de mi mare, que esté en gloria.

—Eso sí que tiée más espinas que un zarzal; pero no sa menester que yo te lo diga, poique tú tiées espejos en que mirarte, y si no, recuerda lo que le pasó á Cloto la *Mendruguito*.

—¿Y qué fué lo que le pasó á esa que usté dice?

—¡Pos ná casil! Que despreció á un *calé* más neto que el oro de una tumbaga que yo tuve, por un castellano más farso que Judas Iscariote, y al año no cabal había perdío jasta los lagrimales, y con un *churumbel* al cuadril tuvo que ganarse la vía diciendo la güena ventura, despreciá de tóos los gitanos y sin que naide le diese ni un mendrugo pá un caldisopa tan siquiera.

—Tendría el gachó que la tiró al balate mala sangre y pocos *parneses*.

—Ni güena ni mala, ni pocos ni muchos: una cosita rigular; pero asín semos tóos, que mos merecemos que mos emplumen.

—Sí, pero D. Luis...

—¡Válgame un divé! Lola, que yo no he mentao á naide; no seas esaboría. D. Luis es un mozo güeno, con la mar de luminarias bajo el párpado y con la antesala empapelá.

—Eso es por fuera; pero, ¿y por dentro?

—¡Cualquierita *diquela* lo que el gachó tieé en la recámara! Lo mesmito puée ser dulce como la almíbar, que amargo como las jieles. Si me preguntaras por Joseíto, ya sería

otra cosa, poique á ese lo conozco desde antes que naciera; por cierto que el probe gitainillo está por tí que brinca, y el chavalete como bien plantáo es una estatua, y como bonito una pintura, y como bueno, bueno de verdad, y cantando, cantando no hay en tóa la *Coracha* quien le lleve el pulso y no hay allí quien se atreva á dar un jipío delante de su presona, y además de toito eso que por tí, por mó de tí, le ha dao con la punta de los *pinreles* á la buena fortunilla.

—¿Y cómo y cuándo ha jecho esa hombrá, que yo no me he enterao?

—Poique tú estás en el Limbo y no tiées á tu vera más que un pajarraco que no te grazna más que lo que le conviene; lo que yo te digo es tan verdá como ese sol que mos alumbrá: Joseíto, por no jacerte una *chaná* y poique te quiere desde el tobillo al casco, se ha jecho el *lipendi* con la nieta del *Batatero*, Toñita la de los *Lunares*, que daría por lo que tú vas á desechar jasta los ojitos de su cara.

Momentos después salía de la habitación

el tío *Bitoque*, y murmuraba sordamente Lola viéndole alejarse:

—Pos lo que es la de los *Lunares* me las paga, y ¡vaya si le van á salir palmeras á esa *gachí* en donde yo la ponga los dátiles!

---



## CAPIÍTULO II

Eran las once de la noche, y el ya fresco relente había metido en sus respectivas viviendas á los vecinos que en la estación estival convierten el arroyo de la calle de *Miraflores* en amplísimo dormitorio.

Lola, con el preciosísimo ceño fruncido, escuchaba sentada en una de las sillas menos fuera de uso de su aposento á su parienta, que le decía:

—Dejemos sentao, que tú á D. Luis le pones papeleta de alquiler; que le echas al gato la buena suerte; dejemos sentao tóo eso, y ahora, dime qué es lo que vas á jacer tú con tu Joseíto, con ese gurripato que tiée ó debe tener orsiáo el paladar, que ayuna tóo el año

menos el día del Corpus; que el terno que lleva lo tiée pegao á la espina con goma laca pa que el viento no se lo quite; dime tú lo que vas á jacer: ¿vas á alimentarle con polos y con medios polos y con segurillas gitanas?

—Es que no tóos los tiempos son iguales.

—Vamos, hija, á tí te han jechizao; á tí te han cogío con liria y con espartos.

—Por los *sacais* de su cara que no me dé usté más tormento, que tengo ya la cabeza loca; yo por usté, por quitarle á usté de correores tan estrechos, le daría prensa al corazón, ajogaría este querer que tengo en lo más jondo del alma; pero ¿y si á los tres días de tirar á la calle lo que más estimo se pica el embrague D. Luis, qué va á ser de nosotras? Los nuestros nos pondrán la ceniza en la frente; el probetico de José me dará mi merecío, me escupirá en la cara, y yo me tendré que dir á *Gualmeína* pa que me lleve la riá cuando venga. ¿Es eso lo que usté quíee pa mí?; ¿es eso lo que usté á mí me quiere?

—¡Yo pa tí qué he de querer sino gloria santa! Yo veo las cosas por otros cristales que

tú; yo no he pensao, al aconsejarte eso, en naide más que en ti; yo el día menos pensao doy las boqueás, y antes de darlas yo quería ponerte en el sitio que tú te mereces. Ahora bien: tú crees que eso es un mal camino; tú quiées, mejor que caoba con D. Luis, pin-sapo con tu José. Pos allá tú, que yo á ti no te quiebro el gusto; y cuando aluego venga, le dices que le dé espuela al jaco, que por no verte yo á ti la cara disgustá, soy capaz de pasarme al moro.

Y al decir esto la vieja arrimó su rugoso semblante al de Lola, que la besó en la frente, exclamando:

—¡Por algo dicen por ahí que es usté más güena que la barsamina!

Cuando la vieja se hubo acostado, sentóse Lola en el poyo de la ventana; por el entreabierto postigo, desde el cual veíase toda la calle, penetraba la luz de la luna, abriillantando con sus destellos la hermosura de Lola: sus ojos de antilope, su tez obscura, sus labios rojos, sus dientes nítidos, su perfil oval, el gracioso busto envuelto en un pañuelo de crespón encarnado, la negra cinta de felpa

que le ceñía la garganta, y el percal rameado de su vestido.

Cuando más abstraída estaba Dolores, una figura desembocó por la esquina de la calle: era la de Joseíto, que avanzaba no guardando del todo el equilibrio, luciendo la bien poco flamante indumentaria, pero airoso, juvenil, con los hermosísimos ojos entristecidos y contraído el gracioso y acharranado semblante.

Joseíto habíase enterado que aquella mañana había hablado D. Luis con la *Clavellina*; habíaselo dicho *Narizotas*, su mejor amigo; cuando éste se lo dijo sintió frío, le dolieron las entrañas, y

—Voy á enterarme de lo que quería ese señorito, no vaya á ser cosa urgente,—murmuró con acento preñado de amenazas, intentando alejarse de su amigo.

—Que se te quite eso de la cabeza, *chavó*,—díjole *Narizotas*, sujetándolo por un brazo;—los hombres tién más *lacha* y más injundia y más sótano; ¡no fartaba más! Cuando Don Luis se ha arrimao á Lola, tendrá premisc; así es que amor con amor se paga, y te de-

jas tú de cosas esaborías, y te vienes conmigo, que hoy he jecho un trato y mos vamos á emborrachar, que no tóos los días se *pule* un penco con utiliáes, ni tóos los días puée uno jartarse de solera.

Y haciendo detripas corazón se fué Joseíto con *Narizotas*, y eran las once de la noche cuando aquél, después de dejar acomodado lo mejor posible para que durmiese el hartazgo del solera á su amigo en el hondilón de Roque, se dirigió, si no á obscuras del todo como su compañero, algo más que entre dos luces, hacia casa de la niña de sus pensamientos.

Joseíto, al llegar frente á la casa, con el sombrero atrás, los grandes, negros y rizados *tufos* sobre las sienas, permaneció algunos instantes silencioso, recostado contra la pared; no podía él irse sin hablar con la *Clavelina*; dolíale mucho la espina que le habían clavado en el corazón, y era preciso que ella se la sacara.

Recordó, pensando en aquello, las mejores armas conque hubo de conquistar un tiempo aquella graciosísima fortaleza, y echando la cabeza atrás, cantó con voz dulcísima, con

voz quejumbrosa, con voz llena de acariciadoras armonías:

Dicen que me has orviao  
por otro, gitana mía;  
el que tu querer me quite,  
pena tiene de la vía.

Aquella voz rítmica, ardiente y llena de ternuras y lágrimas; aquella copla, que era un lamento y una terrible sentencia, hizo explosión en el alma de Dolores, que, abriendo de par en par la ventana y echándose de bruces sobre el alféizar, exclamó con acento trémulo:

—¿Qué jaces, Jocelillo?

—Cantar pa no morirme de pena con tus partiítas serranas.

—Ven acá, lila, y dime lo que tiene el niño que yo más quiero.

Y José se acercó lentamente á la ventana, llegó á ella, se afianzó con ambas manos á los hierros, y mirando con ojos húmedos y brillantes y tristísimos á Lola, exclamó con voz que fué un arrullo:

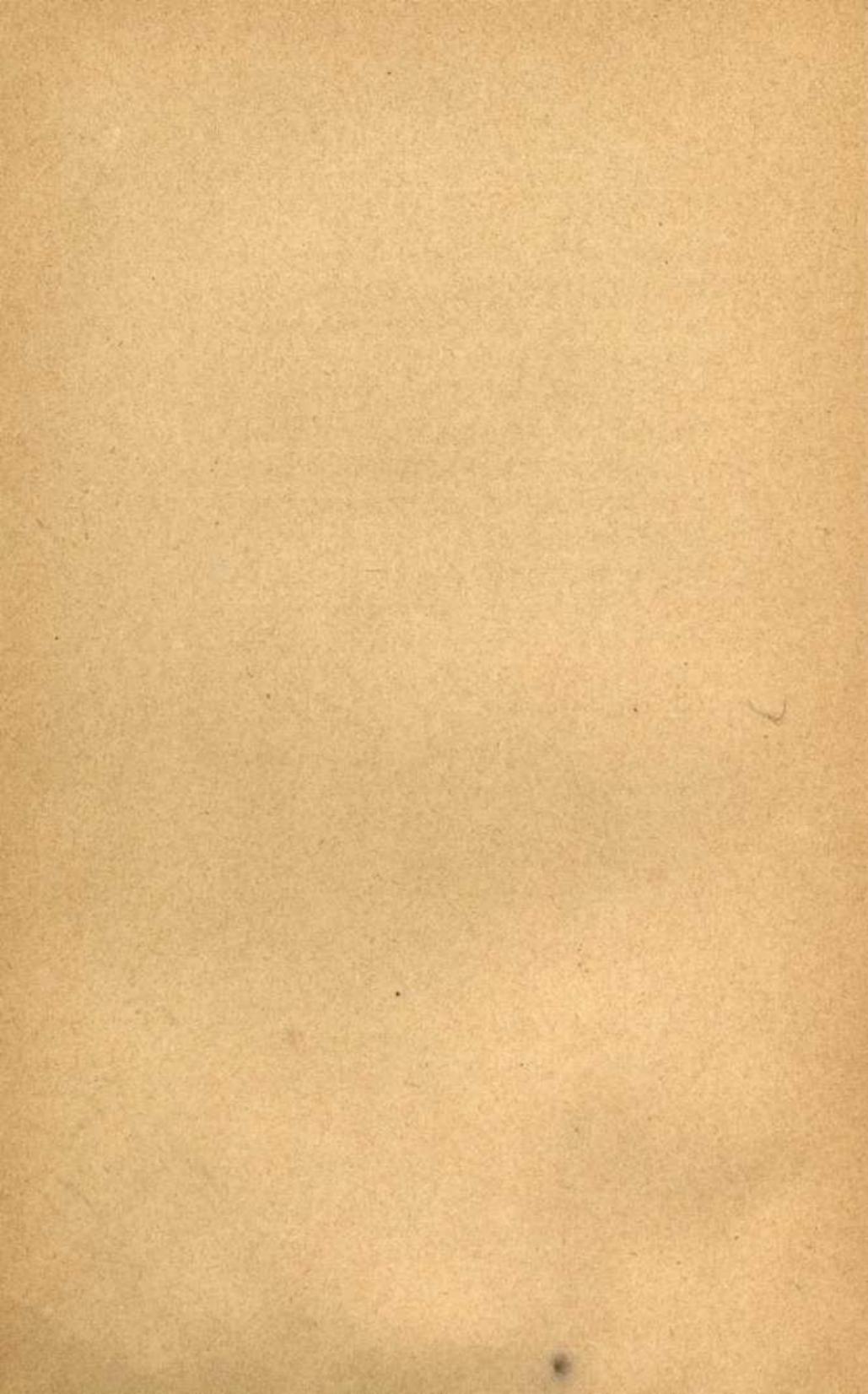
—Me habían dicho que me ibas á dejar por probe, y por desgraciao y por mal vestío.

.....

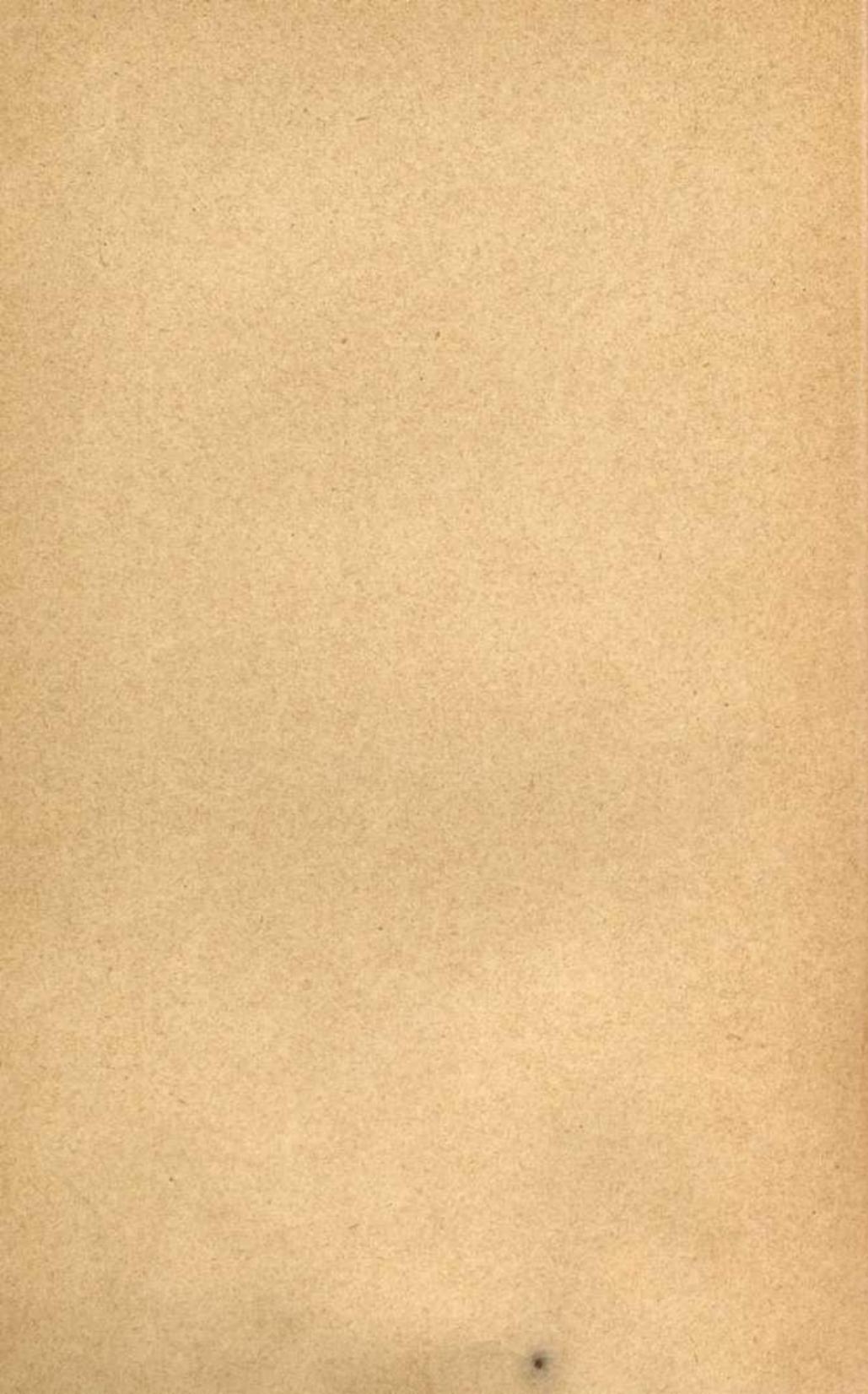
Y según nos contaron, cuando aquella noche D. Luis llegó á la esquina de la calle de *Miraflores* y vió á José al pie de la ventana de Lola la *Clavellina*, se puso pálido, frunció la frente, y, tras algunos instantes de indecisión, prosiguió su camino, murmurando con voz sorda y apenada:

—Mejor, más vale así; ha sido la vez única en que me he acercado á una mujer con el corazón en la mano.





# Gramática parda





## I

—Niña, ese paso más corto—dijo Antonio *el Garibaldino* al ver pasar por su lado á Petra *la Verderona*, que iba con un gran manto de Manila blanco y celeste y de larguísimo flecos; peinada en alto coco la rubia cabellera, recogiendo airosamente con una mano la falda de percal azul, luciendo el diminuto pie primorosamente calzado, y poniendo de relieve, al andar, todas las gallardías de su persona.

Petra no tenía aún veinte años cuando la sacamos á relucir, y cuatro habían transcurrido ya desde la noche en que el párroco del Carmen hubo de unirla en lazo indisoluble á Juan *el Veterano*, un buen mozo que

hacía treinta y cinco Otoños que andaba por el mundo, cuando tuvo la suerte de coger en sus redes, para siempre, á aquella palomita, una de las más blancas y más graciosas de todos los palomares de Andalucía.

Juan, que cuando llegó al puerto matrimonial llevaba ya corridos la mar de temporales amorosos, echó el ancla, brincando de gusto, pues además del cansancio que le dejaran á modo de estela aquellos pícaros temporales, sentía que la ensenada donde le había metido su buena fortuna era el Paraíso terrenal que había soñado como el último de sus refugios.

En el momento en que se encontró á solas con su Petra en su casa—la más suntuosa carnicería del barrio—díjole á aquélla entornando los ojos, sonriendo voluptuosamente y estrechándola la cintura:

—Ya sabes tú, delirio, que yo soy solito en el mundo, y que tóo esto es mío, y que yo soy más tuyo, que tuya es la sombra de tu cuerpo... Con que á vivir, que á tu vera la vida va á ser el disloque y el vértigo, y... dame un beso en la boca.

Petra, que venía de buena cepa y tenía sangre generosa y casi fotografiado á su hombre en el corazón, empezó á disfrutar de la vida con todas las libertades compatibles con su decoro y su modo de ser, prudente aunque jovial, y honradísima aunque un tantico aficionada á lucir el garbo y á despertar apetitos.

El nombre de su marido venía sirviéndole de respetable parapeto frente á los tenorios del barrio, que no osaban hipotecar el físico en aquel peligrosísimo terreno, cuando un día Antonio *el Garibaldino*, sugestionado por la hermosura de la carnicera y alentado por la buena suerte con que hubo de dar en el barrio las primeras cimbeladas, decidió ganarse de golpe y porrazo cartel para toda la vida, lo cual esperaba conseguir merced á sus veinte años, á su carita de porcelana, á sus hechuras dignas de ser eternizadas en mármoles, á su jarabe de pico y á la flamante indumentaria con que siempre realizaba los méritos estéticos de su persona.

Comenzó, pues, nuestro conquistador, á poner en juego sus hasta entonces irresistibles

bles baterías, á frecuentar la casa del *Veterano*, el cual no se dió cuenta de las perras intenciones del mozo, hasta que un día hubo de ver á éste asestar una mirada pérfida y acariciadora en Petra, la cual la contestó con una, si no igual, al menos llena de tentaciones y coquetería.

Aquel chispazo fué suficiente para que Juan intentase morderse el cielo de la boca; pero acostumbrado á desbravar impresiones, desbravó también aquella, y dijo sonriendo á su mujer cuando *el Garibaldino* se hubo marchado:

—La verdad es que el chavalete es mu simpático.

Petra contempló serenamente á su marido y le repuso con indiferencia:

—Sí que lo es.

Cuando *el Veterano* quedó á solas, púsose pensativo; presentía un temporal: ¡la mirada de Antonio había sido para él una á modo de linterna mágica, que además de iluminar el presente, había iluminado muchos pequeños detalles del pasado, hasta entonces por él inadvertidos! Hacíase preciso ponerse lentes

y clavar la pupila y recortarse las pestañas y sacar el capote, pues no era cosa que un hombre como él, un casi patriarca de los del *bronce*, se arrancara de frente contra un chotillo que tenía casi todavía el biberón en la boca.

Y pensando en esto, habíase reclinado Juan contra la pared, con los brazos cruzados sobre el pecho, una pierna sobre la otra, la cabeza inclinada, el rostro contraído y los hermosos ojos tristísimos y graves.

Petra lo vió desde la sala y se quedó mirándolo fijamente con extraña expresión: ¡habría sospechado Juan algo de las chiquilladas del *Garibaldino*? Aunque tal cosa hubiera pasado, no merecía la pena de ponerse de aquel modo. ¡Qué le importaba á él que le hicieran á ella la ronza todos los hombres del mundo, si para ella no había más hombre que él, y él, y siempre él!

Y al pensar esto, miraba y remiraba Petra, sin ser vista, á su Juan, que era realmente un buen mozo de cuerpo hercúleo y proporcionado, tez atezada, facciones enérgicas y correctas, pelo abundante y oscuro, cejas negrísimas y ojos de Dolorosa.

—Vamos, ¿qué es lo que tiées tú que estás tan pensativo?—preguntó Petra, saliendo de la habitación, al *Veterano*.

Éste levantó la cabeza, y sonriendo algo violentamente, le repuso con acento al parecer tranquilo:

—Ná, ¡qué quiées que tengal Que me aburro cuando no te tengo á mi vera, y no me miro en tus ojos y no huelo los capullos de tu boca.





## II

El día en que presentamos nuestros protagonistas á nuestros lectores, al oír Petra al *Garibaldino* recomendarle más corto el paso, volvió la cabeza y sonrió levemente al chaval, que se colocó á su lado.

—¿Adónde va tan de mañana el lucero de la tarde?

—A mi cortijo, á ver á mi aperaor, que estará ya rabiando por tenerme á su verita.

—Pues eso de la rabia no le pasa á él sólo, sino á otra persona que yo me sé y me callo.

—Hombre, ¿qué me cuenta usted? ¡Parece mentira! ¡Qué cosas se ven en el mundo!

—Sí, señora; ¡se ven unas cosas! Y si ese pobretico á quien yo me refiero no hubiera llegao con tanto retraso, otro gallo le cantara.

—¡Qué lástima, hombre, qué lástima! ¿Y es que se quedó dormío en alguna estación?

—Es que le dió adormidera el ángel de la guardia de otro *gachó* con más fortuna.

—¡Qué picardía, hombre, qué picardía! ¡Con que le dió adormideras! ¡Quién iba á pensar eso de un ángel de la guardia!

—Mire usted, niña; por los ojitos de su cara, no me hable usted así, que se me quita el pulso y se me eriza el pelo; mire usted que yo la quiero á usted más que usted se figura, más, mucho más, que á las niñas de mis ojos.

Y al decir esto, Antonio posaba su mirada insolente y lúbrica en el rostro de *la Verderona*.

—Hijo, por Dios, no me mire usted así, que parece que va usted á marnetizarme; ¡chavó con el niño, que parece que está pidiendo un trago á voces!

—¿Y si yo le dijera á usted que á pesar de eso del trago me estoy muriendo por ese

cuerpo, y le cantara á usted aquella copla que dice:

Por entornarte los ojos  
con mis labios yo te diera,  
si fuera el sol, toas mis luces  
y si el mar, toitas mis perlas.

Petra contempló como sorprendida á su enamorado, se puso un momento grave, y después, como arrepentida de su gravedad, se echó á reír y le repuso:

—Vaya, hijo, tome usted mucha tila, y vaya usted á que le den una friega de agua-rrás, á ver si le ponen en su lugar el sentío.

—No es eso lo que le hace falta á esta criaturita, sino que se le ablande á usted el corazón, y que me conteste usted con una chispitilla más de miramiento cuando esta noche vaya usted á casa de Lola.

—¿Y quién le ha dicho á usted que voy á ir esta noche á casa de Lola?

—Una *cañí* más güena que un relicario, que me ha dicho la güena ventura.

—¡Caramba, y cuánta sabiduría tiée esa señora!

—Y además, me ha dicho que yo esta noche la espere á usted en la esquina de la calle donde Lola vive, y que me arrime á usted cuando usted pase y que la cuente á usted toas mis penas, y que quizás contándoselas se le ablanden á usted las entrañas y me dé usted su pañolito pa que me seque los ojos.

—¿Pero es que va usted á estar allí con el corazón encogío?

—No es pa menos, y... ya me voy, que está usted ya mu cerquita de donde vive, y no es cosa que me vea con usted el hombre de más suerte de toíta España.

—¿Y qué le hace que le vea á usted conmigo?

—Le puée sentar mal y resentírseme la espina, y que yo soy mu fino y mu delicao de contextura.

\* \* \*

Cuando Petra penetró en la carnicería, estaba ésta solitaria; algunos restos de perniles

suspendidos de garfios dorados goteaban sangre sobre el mostrador; la luz del sol reverberaba en los grandes espejos que cubrían las paredes, en los brillantes zócalos de talladas maderas, en el suelo limpiísimo, en los dorados artesones y en los pesos, que relucían como ascuas de oro.

*El Veterano*, de codos en el mostrador, en mangas de camisa, un pañuelo de seda color de púrpura al cuello y la gorrilla de seda echada hacia atrás, con el rizado pelo sobre las sienes y la frente, contemplaba con melancólica fijeza las espirales de humo de su cigarro.

Al ver entrar á *la Verderona*, se incorporó lánguidamente; ella le sonrió de un modo forzado: la conversación del *Garibaldino* había puesto un tanto colérica y preocupada.

—Traes mal gesto; ¿has pisao alguna mala hierba?—le preguntó Juan mirándola con aire interrogador.

—¿Mala hierba? ¡Ninguna! ¡Como no sea hierba tonta! La única persona que me he encontrado ha sido á ese cataplasma de Antonio.

Frunció Juan el ceño; ya estaba él plenamente convencido de que aquel andaba buscándole tres pies al gato.

—¿Y qué cuenta ese mozo?—preguntóle *el Veterano* con voz ligeramente trémula.

—¡Qué quiées que cuentel ná—le repuso Petra doblando el mantón y dirigiéndose al interior de la casa.

Juan quedó un momento indeciso, y tras algunos instantes de vacilación, penetró tras su mujer en la trastienda, y

—Ven acá—le dijo con acento suave, al par que la cogía por la cintura y la sentaba sobre sus rodillas;—ven acá y dime que tiées: ¿no sabes tú, tonta, que cuanto en tí chispea en mí diluvia?

—¡Qué quiées que tengal ná, que no siempre está el guitarro pa soleares.

—¡Tó eso es mentiral! ¡Si tú no sabes mentir! ¡Si tú eres de oro de ley! ¡Si tú pa mí no puées llevar ná escondío en la faltriqueral!

—¿Pero es que una no puée estar de mal humor?

—Sí que puée estar; pero tu deber es decirme el por qué, manque mardita la falta

que hace que me lo digas, porque cuando se quiere á una mujer como yo á ti te quiero, se tiéen luces de bengala bajo el párpado, y se ven las cosas por dentro y por fuera.

—Eso es cuando se quiere mucho, y á ti ya se te va apagando la candela.

—¡Apagarse! ¡Pos si cá horita que pasa echa una hojita nueva el árbol de mis que-reles! ¡Si te quiero más que al sol que nos alumbra y que al aire que respiramos! ¡Si tú con tu cara, que ni pintá por pintores, me tiées loco! ¡Si tú eres el disfrute de mi cuerpo, y la alegría de mis ojos, y la varita de nardo, y la almásiga de claveles que me perfuman la víal! ¡Si contigo son durces hasta las agüitas de la mar salá! ¡Si yo no puéo vivir sin ti, y sin ti no quiero ni la gloria después de muertol

Y los ojos del *Veterano*, al decir esto, brillaban húmedos de ternura y febriles de pasión.

Petra, escuchándolo, se había puesto densamente pálida: había adivinado el por qué de aquel desbordamiento de frases ardientes y querellosas; había sentido rugir y llorar en

aquel acento una tempestad de celos y cariño; y rodeando con sus brazos mórbidos el cuello de su marido, mirándole con voluptuosa expresión, sonriendo dulce y lánguidamente, fué acercando con picaresca lentitud á los contraídos labios de Juan los suyos, rojos y fragantes, y antes de estampar en los de aquél el beso, exclamó con voz suave, dulcísima y acariciadora como un arrullo:

—Tonto, retonto, más entoavía te quiero yo á tí! ¡Yo, yo, que no quiero verme en jamás de los jamases más que en los ojos de tu carita morena!



### III

*El Garibaldino* estaba desesperado; Petra no llegaba, y ya iba á largar las velas y á ponerse en franquía, cuando una mano enérgica se posó en uno de sus hombros, y una voz conocida, voz varonil y de simpático timbre, la voz del *Veterano*, le hizo volver la cara sorprendido.

—Vas á pillar un costipao—le dijo Juan sonriendo irónicamente;—anda, vete, vete pa casa y abrigate bien, porque Petra no puée venir y me ha encargao te diga que te quites del relente.

Y mientras *el Garibaldino* se reponía de la terrible sorpresa, siguió *el Veterano* calle arriba murmurando:

—¡Y el que no sepa vivir, que vaya á Salamanca!



**El de la Umbria**





## CAPÍTULO PRIMERO

La venta del tío *Cachorrito*, el más duro de roer de todos los venteros de Andalucía, estaba situada á poco más de un cuarto de legua de Ardales, lindando con el camino, sombreada por varios copudos algarrobos y sin más atractivo, á simple vista, que lo pintoresco del paisaje que desde aquel sitio se domina y la deslumbrante blancura con que destacábase del fondo grisáceo de la montaña.

Malas lenguas, según los menos, y lenguas verídicas, según los más, aseguraban á casquete quitado, que era la mencionada venta un á modo de apeadero de la bizarra pléya-

de de contrabandistas y hombres de armas tomar que por aquellos tiempos felices traían á mal traer á los encargados de contrariar un tantico en sus propósitos á los próceres del *matute* en la accidentada serranía.

Y según cuentan y nos contaron, un día del mes de Octubre, día en que una brisa fresca y perfumada agitaba mansamente el ramaje; en que el sol lucía espléndido en un cielo intensamente azul; en que las sendas de las montañas parecían regueros de oro y un reguero también de oro la carretera; día en que cantaban las alondras, en riscos, en surcos y en breñales y en que el panorama, en fin, aparecía revestido de sus más ricas pre-seas, vióse avanzar en dirección de la venta del tío *Cachorrito*, al airoso trote castellano de un potro andaluz de cabos finos como pinceles, pecho robusto, aventadas narices, enarcado cuello y gran alzada, al *Niño de la Umbría*, uno de los más ilustres contrabandistas de antaño.

Lucía éste en la gallarda persona las por aquel entonces típicas galas de los majos andaluces: alto calañés inclinado sobre la sien

izquierda; amplio pañuelo de arabescos dibujos que le cubría casi del todo el negro y rizado pelo; marsellés de astrakán adornado con botonadura de plata; ancho ceñidor encarnado que hacía resaltar vigorosamente el blancor de la bordada pechera; calzón de punto que moldeábale la robusta pierna; vistosas polainas de largo correaje y grueso zapato armado de relucientes espuelas.

El aparejo de la fogosa cabalgadura no dejaba de estar en armónica relación con la indumentaria del gallardo jinete, y era ensadado y vistoso, lo mismo que el pretal de vivos colores y largo fleco y que el bordado atajarre que le flanqueaba las poderosas ancas; además de todo lo cual no habíase olvidado el *Niño* de suspender al arzón, la en sus manos temible escopeta, en cuya caja leíase en argentíferos caracteres, un «Dios te perdone» capaz de ponerle el pelo de punta al mozo más templado.

Antes de entrar de lleno en esta verídica narración, conviene que sepan los que nos leen, que en los treinta y pico de años que habían transcurrido desde el punto y hora en que

viniera al mundo nuestro héroe, habiase sabido ganar á pulso uno de los generalatos de la valentía, merced á su temple de corazón, á la dinamita que Dios había desleído en sus venas y á su habilidad suma en darle al más avisado un acosón y un disgusto.

Y no piensen por esto que era nuestro héroe hombre con cara de hiena y pupila de tigre hircano; ni lo piensen siquiera, que tenía el *Niño*, porque sin duda Dios así lo quiso, ojos grandes y negros, de plácido mirar en sus horas serenas, cutis atezado, arábigo perfil, boca rasgada, de gruesos labios y blanca dentadura, anchas y negras patillas y un cuerpo que más de cuatro envidiaban por su garbo y su fortaleza.

Y llegó el jinete á la venta, y paró el potro en firme al llegar, saltó ágilmente en tierra, echóle las bridas sobre las lucientes crines á su cabalgadura, y penetró en el edificio haciendo sonar á su vigoroso y acorde paso las relucientes espuelas, y no sin exclamar con voz llena y robusta:

—¡Ah, de casa, viejo *Cachorro!*

Y éste, que dormía sobre una manta ten-

dida sobre el limpio empedrado, cual sobre muelles cojines, siguió roncando apaciblemente, sin que fuera bastante á turbar su sueño la voz varonil y simpática del recién llegado, el cual, acercándose al dormido, aplicóle la punta de un pie con relativa dulzura á una de las escuálidas caderas.

No se equivocó, sin duda, en su procedimiento el recién llegado, pues al roce de su pie abrió el viejo los ojos, se incorporó gruñendo, restregóse fuertemente los párpados con ambas manos y exclamó tras un prolongadísimo bostezo, al par que se levantaba:

—¡Vaya un Dios y qué móos tiées tú de pasarle recaó al hombre que más te estima!

—Como que pa despertarlo á usté sa menester una salva y un repique.

—Como estaba solo poi que la vieja ha díó al pueblo y se pasa uno la noche en vela por si se descuelga algún murciélagó por estos vericuetos, ¡velay tú!, pos se duerme uno en el canto de un pelo y sin pedirle premiso á naide.

—Aprenda usté de mí, que no duermo más por Navidá y Corpus Cristi.

—Menos que tú dormía yo cuando tenía grasa en los gonces; pero platicando de otra cosa; tú estás dejao de la mano de Dios; ¡cudiao con venirse á estas horas!; á ti el día menos pensao te van á dar un crugío que te va á arder hasta el pelo.

—¡De menos nos jizo Dios! Pero no tenga usted cudiao, que eso entoavía está por ver.

—Sin cudiao me parió á mí mi madre y sin cudiao me he de morir, pero eso no quita que yo te tenga voluntá, y el que tú estés más loco que una yegua loca, y que yo pase un disgusto y se me desazone el cuerpo el día que te esconchen la cabeza de un balazo.

—Pos si eso pasa, que puée pasar, tal día hizo un año; y dejémonos ya de cosas amarguitas como la tuera y platiquemos de lo que más me duele y más me empuja y más me rempuja por las vereítas del mundo.

—Como tú quieras—repúsole el viejo encogiéndose de hombros,—pero lo primero sa menester que sea siempre lo primero, y lo primero ahora, y lo que más priesa corre, es meter tu *Cartujano* en la cuadra y decille á mi nieto que se encarama en la loma y que

se ponga de mirón, no sea cosa que se mos vayan á meter por las puertas los que no te puéen ver, y darían un ojo de la cara por mirarte tieso como un pitón y con el perfil afinao.

Y diciendo esto, el tío *Cachorrito* se dirigió hacia la puerta, mientras Pedro canturreaba una jobera, retrepándose en la silla y sin soltar la reluciente escopeta.





## CAPÍTULO II

Diez minutos después entreteníase el caballo en dar buena cuenta de una brazada de yeros en la cuadra; el nieto del tío *Cachorrito* oficiaba de vigía tendido entre los olorosos matajos del monte; la puerta falsa del edificio, abierta de par en par, convidaba á la fuga en caso de aprieto, y el *Niño* y el *Cachorrito* departían sentados frente á frente, no sin humedecer de vez en cuando el gaznate con sendos tragos del más oloroso licor que ha salido de vides montillanas.

—Y vamos ya á lo que más me importa. ¿Jace ya muchos días, agüelito, que no recrea usted los ojos de su cara mirando mi rosa de Jericó, mi manojito de flores?

—Pos dos ó tres jace no más; dos ó tres jace no más que la vide y hoy mesmito iba á darle otro vistazō, poique has de saber que desde la última vez que en ella se recreó tu presona, han llovío sobre ella la mar, però la mar, de esazones.

—¿Y eso poi qué? ¿Qué esazones han sío esas, agüelo? ¿Quién se ha eterminao á nublir el espejo en que yo me miro?

—Pos uno que anda mu emperraete en quitarle el azogao, y yo te lo digo poique sa menester dir poniendo pie en paré, no sea que la cosa se ponga más primatérica, y en fin, poique me parece á mí que yo debo decirte lo que pasa.

—Hable usted clarito y pronto, agüelo, clarito y pronto, que me tiée usted con el puñal al pecho y con el agua á la boca.

—No te soliviantes, hombre, no te soliviantes, ni corras tanto, que tóo se andarás; lo que pasa es que como tú con eso del alijo en Algeciras has estao sin cimbrear el talle por este partío dos semanas, pos, velay tú, en esas dos semanas...

—¿En esas dos semanas, qué?—preguntó.

le lleno de tremenda ansiedad Pedro al de la venta, el cual le repuso mirándole hosca-mente:

—Calma, *Niño*, más calma, que no soy costal, que ya llegaremos al remate, que hay más días que ollas y ná se queará por decir, Dios mediante.

—Pero pronto, tío *Cachorrito*, pronto, que me está jirviendo la sangre, que tengo el alma en un hilo y que me están dando ganas de darle á usté un tironazo de la lengua.

—Camará y qué súpito eres y cómo te refalas al hablar; y á mí no tiées tú que mirarme como si quisieras comerme, que sa menester que tú sepas que á mí no me parió la que me parió pa que se me engurruñara el ombligo por tan poquilla cosa; y sa menester que tú sepas también, que antes que tú ladraras me dolía á mí el colmillar de morder más y mejor que tú cien mil millones de veces.

Y al decir esto, el viejo retaba, en amenazadora actitud, al *Niño*, que tragando saliva y clavando sus ojos con sombría fijeza en los del ventero, le dijo con voz lenta y apagada,

voz que parecía querer disimular el probable y formidable estallido:

—Hable usted ya, y déjese usted de pamplinas y de cascabeles y de barrumbás que yo á naide se las aguanto; y si no estuviera usted ya tuteándose con Matusalén, ya me hubiera yo propasao, y ya estaría usted con tó el cuerpo dolorío.

Y al decir esto, el rostro de Pedro había perdido su plácida expresión, le brillaban ferrozmente los ojos y se crispaban sus manos.

—¿Tú propasarte conmigo; propasarte tú conmigo? El que se propase conmigo, que se merque la mortaja!

Y el viejo incorporóse convulso, lívido, arrogante, llevándose rápido y decidido la mano á la cintura.

Pedro, al ver su actitud, incorporóse también violentamente, fué á arrojar sobre el viejo, pero la razón hizo un último esfuerzo, y en lugar de acometer, dirigióse tendiéndole al par la mano al *Cachorrino*, el cual, interpretando mal su actitud, temiendo el zarpazo de la fiera, se hizo atrás, dando al aire enor-

me cuchillo, al que arrancó la vaina con los sumidos labios.

—¡Ah, bestia braval—rugió Pedro; y arrojándose sobre su adversario, no sin tener que esquivar su primera acometida, lo cogió por ambas muñecas; luchó breves instantes con él hasta domar aquel alma indómita en un cuerpo envejecido, y momentos más tarde, decíale al viejo con voz ligeramente fatigada, al par que le devolvía el cuchillo por la empuñadura:

—A ver si guarda usted ya eso y déjese usted de salías de tono, que ya no está el guitarra pa polos, ni pa medios polos tan siquiera.

El viejo dejóse caer jadeante sobre un costal, jadeante y bufando de cólera.

—Vamos, viejo acebuche, pelillos á la mar, ya pasó la mala hora,—díjole el *Niño* tras algunos instantes de silencio,—y ahora dígame usted, si usted quiere, qué es lo que le pasa á la niña de mis ojos.

—Sí que te lo diré, pero ya no mos veremos más en una misma vereca; ¿verdá tú que no mos veremos más?

—Hombre, eso será según y como usted quiera; pero yo le juro á usted por mi relicario, que lo sentiría, porque yo lo estimo á usted como á cosita propia.

—Muchas gracias por la estima en que tú me tienes, pero yo no quisiera volver á verte más, porque como es esta la primera vez que un hombre me jurga el pelo de la ropa... pos, velay tú, pudiera nacerme en el corazón una mala hierba y pudiera yo jacer contigo alguna porquería.

—Usted no es capaz de jaser ná sucio, con que dejemos ya eso y dígame usted qué es lo que le pasa á mi Pepa.

El tío *Cachorrino*, tras algunos instantes de sombrío silencio, dejó escapar un ronco suspiro, y dijo sin mirar á su interlocutor cara á cara:

—Pos lo que le pasa á tu Pepa es que jace diez ó doce días que el hijo del señor *Carro el Naranjero* anda más emperrao que *Chaquetón* en jacerte á ti un pie agua y á tu Pepa un desavío.

—¿Y mi Pepa qué dice á eso?

—Pos tu Pepa dice que nones hasta con

los labios cerraos y súa desprecio pa el mozo por tóos los poros de su presona; pero eso no impíe que esté pasando las de *Evelica*, poi que como su hermano le debe al señor Curro los cuatro ochavos que valen las cuatro cepas que es toa su fortuna, pos el hermano, que es más bruto que una yunta y se ha creío que el chaval quiere á su hermana con güenas intenciones, pos no deja vivir á la muchacha poi que la muchacha le ponga güen perfil al hijo del *Naranjero*. Esto es lo que pasa, y ahora tú harás lo que más gusto te dé ó lo que te salga del sótano, que á mí ya tóo lo tuyo se me importa más menos que un estornúo.

Al *Niño*, oyendo al anciano, habíasele ido poniendo cara de difunto, y al terminar éste de hablar, exclamó aquél con voz sorda y reconcentrada y como si hablara consigo mismo:

—Estará de Dios que yo me pase la vía jaciendo desávíos por esa jembra; por esa jembra tuve que matar al *Rubio Malato*; por esa jembra ando durmiendo al sereno y por esa jembra voy á tener que jurgarle de mala manera en el corazón al hijo del señor Curro.

—¡Y poi qué has de jurgarle también en el corazón á ese? ¿Es que tóo en este mundo no tiée más arreglo que una puñalá trapera? Una puñalá es el santolio y el santolio no se le da á naide jasta que comienzan las boqueás; lo que tú debes jacer es coger á tu paloma por el pico ó por la cola, ó por donde te dé la gana, y llevártela á tus palomares, y que Dios sus bendiga y que á ti te tenga de su mano y que á los demás no nos olvíe.

—Es que el hijo del Curro es un bocón al que yo tengo ganas de arreglarle la dentaurá; un Don Fantesía, que poi que tiée cuatro maraveíses se ha creío que tóo el monte es orégano, y sa menester dir enseñándole á ese señorito á respetar á los hombres y á las mujeres de los hombres.

—Eso es, y pa enseñarlo á respetar á los hombres y á las mujeres de los hombres, se le manda con la enseñanza al camposanto; eso no está ni medio bien tan siquiera.

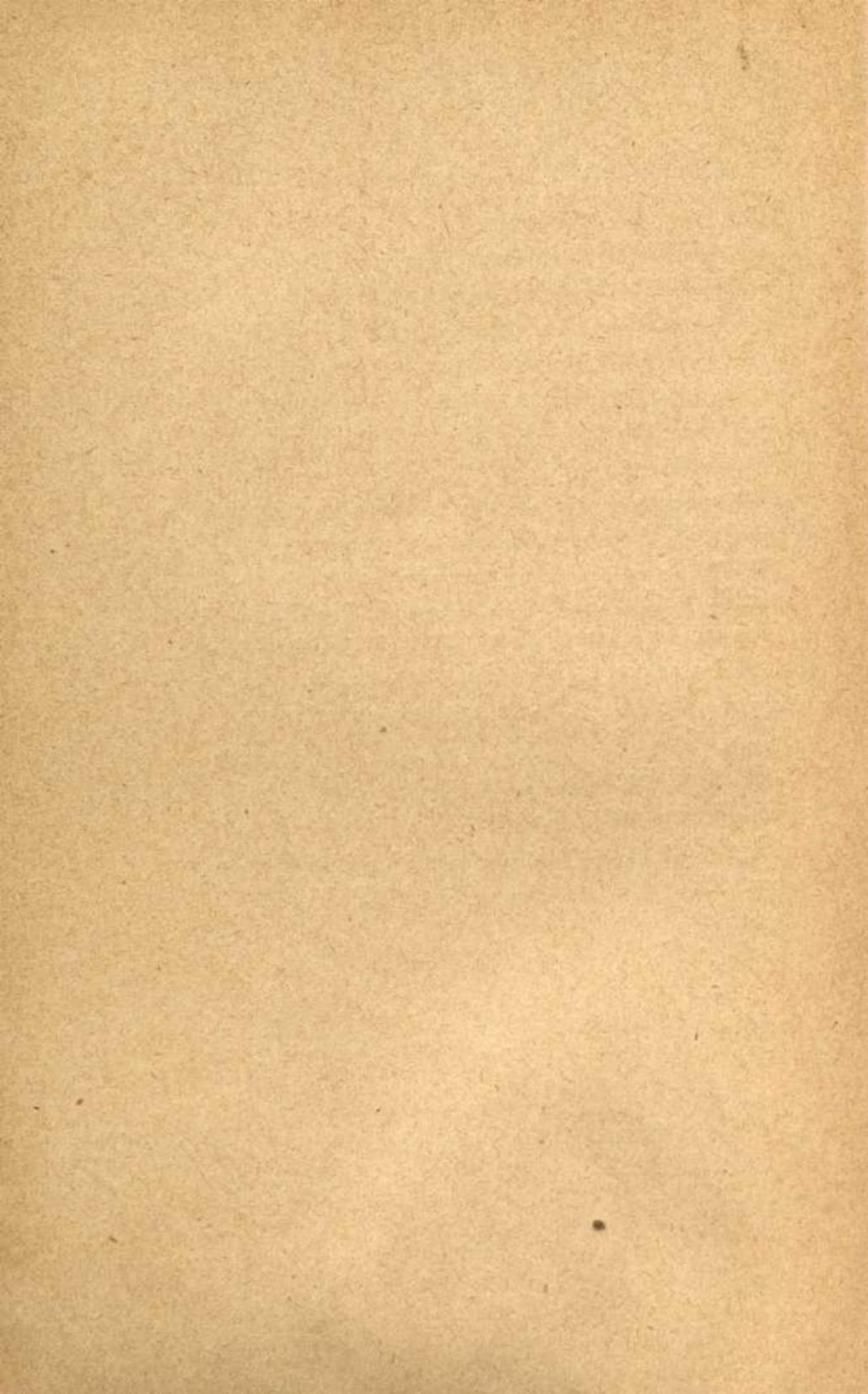
—No estará bien ni medio bien, pero eso es cuenta mía, agüelo, eso es cuenta mía, y á naide tengo yo que darle cuenta de mis acciones.

—También pudiera ser eso verdá, y la culpa me tengo yo; pero nunca es tarde si la dicha es güena; mas ándate con tiento, que el hijo del señor Curro no es manco y tiée arranque y también es capaz de jacerte á ti una estorsión ó un boquete, si es que se le proporciona.

—Güeno, más mejor, eso es lo que á mí me gusta; pero tan y mientras eso pasa, hágame usted el favor de dejarse caer por el pueblo y decille á Pepa que estoy aquí, y que la espero esta noche á las nueve en el puente del *Tejarillo*; y tan y mientras usted vuelve, voy yo á ver si ensueño con lo que más me gusta.

Y diciendo esto, incorporóse el *Niño* y se dirigió, sin soltar la escopeta, hacia el interior del edificio, mientras el viejo posaba en él una mirada preñada de amenazas y de rencores.







### CAPÍTULO III

Dos años antes del día en que comienza esta verídica narración, un domingo por la mañana, en que en la plaza del pueblo donde se eleva la iglesia, habíanse congregado todos ó casi todos los mozos del pueblo luciendo sus galas de las grandes solemnidades en animados corros y en desordenadas filas, para ver salir y entrar en el templo las bellidades de la villa con los mantones á modo de capuchas sobre las bien peinadas cabelle- ras, y al aire, merced á lo corto de las fal- das, el principio de la pantorrilla; una maña- na, repetimos, en que el sol en ardientes olas de luz y calor, caía sobre la tierra llenando de resplandores los blancos muros de los edi-

ficios, el azul intensísimo del cielo, el verde aterciopelado y de distintos matices que bordaba las rojizas laderas que circundan el pueblo; una mañana esplendente de Mayo, en fin, vieron salir del templo, entre otras, los apostados en la plaza, á Pepa *la Fabalina*; hembra de veinte y dos á veinte y tres abri-les, alta, recia, gallardísima, de seno arrogante y arrogante cadera, de rostro atezado, de facciones enérgicas, de ojos de gacela por lo negros y rasgados, y de leona por la expresión; de pelo negrísimo y rizado y abundante que le calzaba la frente, de labios gruesos y encendidos, labios de más bien severa que sonriente estructura, pie breve y arqueado y mano pequeña, pero embastada en el batallar del trabajo.

El *Niño de la Umbría*, que habíase visto precisado á dejarse caer aquella madrugada por el pueblo á todo el galopar de su cabalgadura, á la cual habíale rozado una de las redondas ancas una onza de plomo, destinada, sin duda, á más altos fines, y que en aquel instante contemplaba indiferente y solitario en uno de los extremos de la plaza el

alegre bulle-bulle de las devotas y los curiosos, al ver avanzar hacia el sitio en que se hallaba, á Pepa, al ver su casi varonil hermosura, movióse al empuje de la tentación; y cortándole terreno á la que avanzaba sin dignarse mirar á los que la requebraban, acercóse á ella con ambas manos en los diagonales bolsillos del marsellés, contoneando la airosa figura, y díjole encorvando graciosamente el busto y acercando de modo relativamente decoroso sus labios á la oreja más diminuta de las que por aquel entonces lucían en Ardales cordobesas arracadas:

—¿Se pudiera saber poi qué ha deiao la Divina Pastora su divina jornacina?

Pepa, al sentir tan cerca la voz del *Niño*, se revolvió iracunda contra el osado, pero al ver á éste, dulcificóse un tanto la hosca expresión de su semblante, y le repuso con voz irónica:

—Pus por una cosa mu fácil de adivinar; poi que le ha dao la repotente gana!

—No es mala esa razón, salero, pero á mí no me ha convenció, y si no me contesta usted con más respeto, la cojo á usted ahora mis-

mito por el talle, y me la llevo á usted á la sierra, y la mato á usted á fuego lento, porque ha de saber usted que yo soy pa las mujeres de mi gusto toíto un jierro candente.

—Güeno, pus al yunque con el jierro, y hágame usted el favor de dirse de mi veia, que no tengo yo ganas de esazones.

Y esto lo dijo la muchacha con voz intranquila é intranquila expresión, al ver desembocar por una de las calles adyacentes á la plaza al *Rubio Malato*.

Todos los circunstantes habían presenciado la escena, y todos, al ver desembocar en la plaza al *Rubio*, como todos estaban al cabo de la calle en lo referente á sus pretensiones cerca de aquella mujer, se miraron unos á otros presintiendo que algo iba á ocurrir si no se alejaba pronto el *Niño* de la *Fabalina*.

No dejó de presentir el *Niño* el recio temporal que se le avecinaba al ver avanzar al *Rubio*; comprendió por la torva expresión del rostro de éste y por la no disimulada inquietud de Pepa, que habíase metido en un mal fregado; pero como hombre acostumbrado á jugarse la vida casi á cara y cruz y casi dia-

riamente en la serranía por un puñado de *prensadas* de las de Canillas, pensó que algo más merecía hembra de tanto empuje y su reputación de hombre de pelo en pecho, y pensando esto, ni uno solo de sus músculos se contrajo, ni de sus labios huyó la sonrisa al oír la voz del *Malato*, que le decía con reconcentrado acento y procurando refrenar la cólera que le brotaba con siniestro fulgor por los entornados ojos:

—¿Tú no sabes que á mí me esazona el cuerpo que otro hombre, un hombre que no sea yo, le hable á esta jembra al oído, como tú acabas de hablarle?

—Hombre, yo no sabía eso; pero si á tí eso no te gusta, pos no tengas tú cudiao, ni te enfaes, que de aquí pa alante yo no platicaré con ella sin haberte pedío permiso.

Y el *Niño* dijo aquello con acento plácido, sonriendo dulcemente.

—Eso es quéa, compare; y cuando á mí me tocan á quéa, pos toco yo á rebato, digo, si es que tú me lo premites.

—Por premitío,—exclamó el contrabandista; y pálido y sereno se retrepó gallarda-

mente contra la pared, mientras la *Fabalina* alejábase con lento paso, no sin arrojar sobre el de la *Umbria* una desdeñosa mirada.

El *Rubio Malato*, tras seguir con la vista á Pepa hasta que aquella hubo doblado la esquina, se dirigió hacia uno de los grupos donde se comentaba sin duda su triunfo; pero no había aun dado dos pasos, cuando el *Niño*, siempre sereno, siempre con la sonrisa en los labios, dirigióse á él y preguntóle con voz ya algo temblorosa:

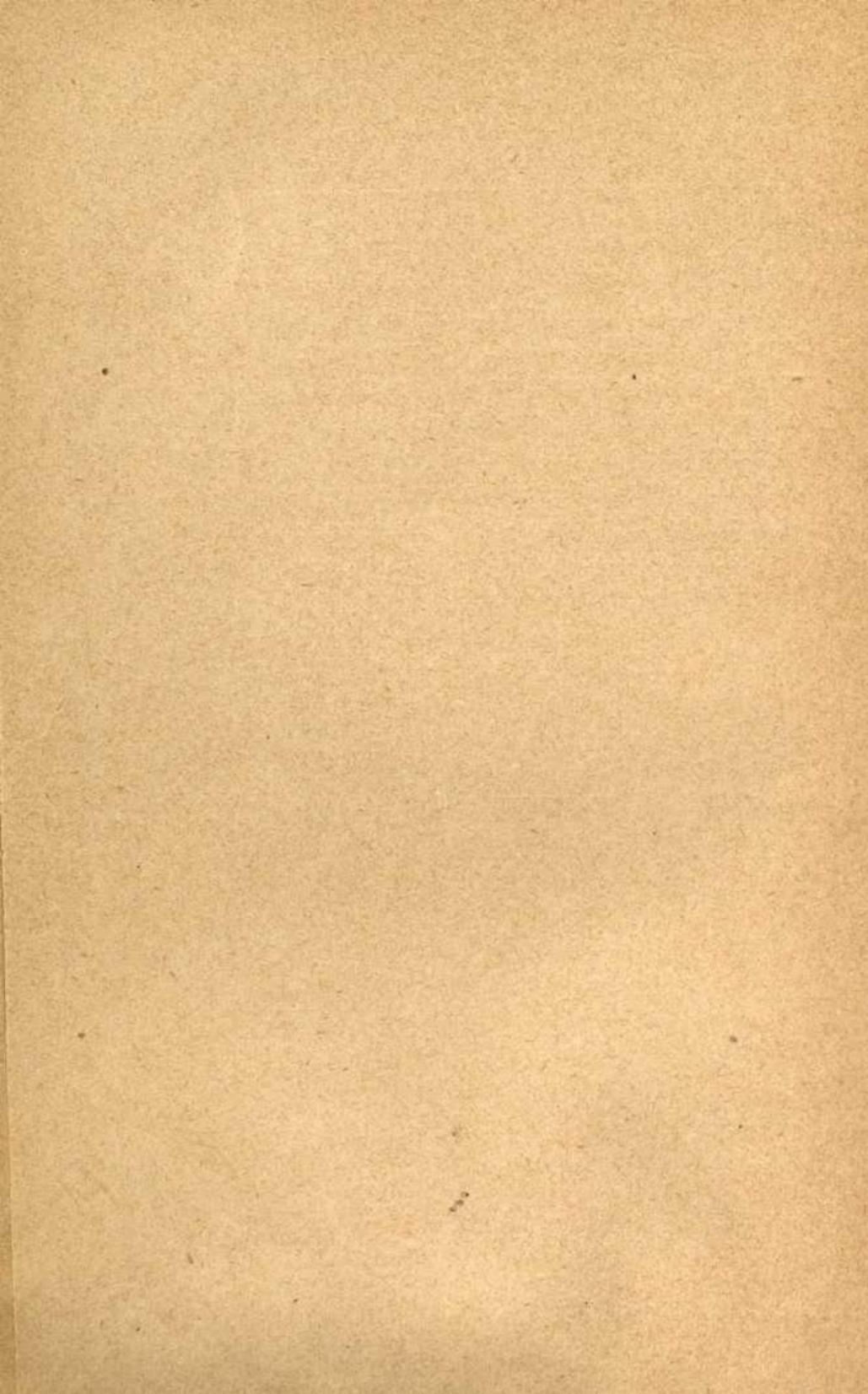
—¿Qué es lo que harías tú si yo te diera un guantazo?

Y aun no lo había acabado de preguntar, cuando sintió el *Rubio* caer sobre su rostro la endurecida mano del contrabandista, el cual, sabiendo sin duda cómo aquél las gastaba, aun casi no había acabado de asestar el golpe, cuando ya esgrimía en su mano derecha enorme y reluciente acero.

Y en vano los mozos, desparramados acá y acullá, corrieron al lugar donde ambos contendientes se acometían rápidos y valerosos, pues antes de poder intervenir en la terrible contienda, el *Rubio*, en una de las hábiles

---

acometidas de su adversario, detúvose de pronto, dejando escapar un á modo de jadeante rugido; se detuvo, repetimos, llevóse la mano al costado, con los ojos de par en par con horrible expresión de asombro, y cayó pesadamente entierra, mientras el *Niño*, tras guardarse la enorme navaja, alejábase rápido del lugar de la terrible ocurrencia, y cinco minutos después volaba jinete en su poderoso caballo por las empinadas laderas.





## CAPÍTULO IV

Como era de esperar, no pasaron muchos días sin que Pepa—á quien había llenado el alma y la sangre de cosas extrañas y ardientes la varonil hermosura del *Niño*—recibiera noticias del que por causa suya no podía ya penetrar en poblado á la luz del sol sin exponerse á un recado de los más urgentes y de los de peores consecuencias.

Y como era de esperar también, no transcurrió mucho tiempo sin que nuestros dos protagonistas se pusieran al habla, merced á los buenos oficios del *Cachorrito*, y poco tardaron también en convertir la incipiente inclinación en cariño irresistible, no sin que la

murmuración rompiera en tímido aletear y en cobardes balbuceos.

Algo de estos rumores hubo de llegar á oídos del hermano de la *Fabalina*, el cual, cogiendo un día á ésta por un brazo, le preguntó mirándola fija y amenazadoramente:

—¿Sabes tú, Pepa, que la gente te ha levantao un farso testimonio?

Pepa palideció ligerámente, y le repuso con voz firme, al par que se encogía de hombros:

—¡A mí un farso testimonio!

—Sí, á ti, á la hija de tu madre y de la mía, que esté en gloria.

—¿Y cuál es ese farso testimonio?

—Pos no dicen ná pa un muerto: dicen que arguien te ha visto platicar de noche con el *Niño de la Umbría*.

Pepa palideció, y no ligerámente, al oír aquello, pero hízose superior á sus inquietudes, y exclamó con acento algo trémulo:

—¡Eso es una calurnia! ¿Y quién ha sío el que te ha dao el notición? ¿Quién es el que dice que me ha visto platicar con ese hombre?

—¡Y qué sé yo quién es el que dice que

te ha visto! Pus si yo lo supiera, ¿no le hubiera recetao ya un colirio pa que se le aclarara la vista?

—Pos puées quearte tranquilo y seguir comiéndote la hogaza á gusto. Eso no es más que una calurnia, te repito.

—Eso dije yo cuando me lo contaron: eso es una calurnia; mi Pepa no es capaz de platicar á escondías de mí con ningún hombre, y menos con ese, que es un asesino, que asesinó al *Rubio Malato*.

—Eso sí que no, eso sí que no,—exclamó enérgica y rápidamente Pepa, retando con los ojos y la actitud á su hermano;—eso sí que no, á cáa cual lo suyo: que Pedro mató al *Rubio* cara á cara, cara á cara y sin ser él el provocaor, y eso lo vió toíto el mundo.

—No lo defiendas, Pepa, con tanto calor; mira que voy á creer lo que dice la gente, y si llego á creer lo que dicen, te mato y lo mato, y me mato.

—¡Y va á tener Dios que poblar otra vez el mundo! Vamos, hombre, y en qué trabajaras te ibas á meter, y qué faena más esaboría que te ibas á cargar. Yo lo defiendo poique lo

merece, y ahora puées creer lo que quieras; y el día que vayas á matarme me avisas, pa que te deje arregláa la hacienda y pa que me vista de limpio.

Y dando media vuelta, se alejó brusca-mente la *Fabalina*, mientras Cristóbal murmuraba mirándola alejarse:

—Con mucho calor defiendes tú á ese hombre, y milagrito será que no tenga yo que alicortarte de un ala.

Pasaron días y días, y algunos antes de aquel en que tan á pique de un repique hubo de estar el tío *Cachorrito* con Pedro, hizo su entrada en el pueblo, tras una ausencia de algunos años, el hijo del señor Curro, el *Naranjero*, mozo de veinticinco años, de biza-rra apostura, de rostro vulgar y rufianescos modales.

—Vaya una *gachí* superior que se ha he-cho la *Fabalina*, —dijole al *Cantinero*, su más íntimo amigo, al ver á aquella una tarde en la calle donde vivía.

—Pos déjala y no la jurgues, que respinga, —repúsole su amigo con acento misterioso.

—¿Y eso por qué?

—Poique ese es un mal balate; ese, según dicen, es terreno acotao, y el guarda del coto es una mala hora capaz de darle una esazón al lucero de la mañana.

—Hombre, ¿y quién es ese tan aficionao á dar desazones, quién es esa pantera?

—No digo yo que sea una pantera, pero sí que es un hombre arriscao y súpito y con la mano dura.

—Pero, ¿quién es él, hombre, quién es ese caballero?

—Pos ese caballero dicen que es el *Niño de la Umría*; eso dicen y no tendría ná de particular, poique como por mor de ella, sin que ella tuviera la culpa, mató al *Rubio*, que era un lobo rabioso, pos, velay tú, notendría ná de particular; y por más que yo no lo he visto, en estas cosas y en toas las cosas de la vía yo creo que vale más un por si acaso que un quién pensara.

*Toño* habíase quedado pensativo oyendo al *Cantinero*.

—Parece que la noticia no te ha sabío á azúcar de pilón,—díjole su amigo mirándolo irónicamente.

—Pues, hombre, te diré: me he quedao una miajita pensativo porque la cosa lo merece; pero sea verdad ó sea mentira, á esa *gachí* le pongo yo los puntos porque me lo pide el cuerpo, y entre darme yo un disgusto ó dárselo á otro, pues la verdad, me gusta más lo segundo que lo primero.

Y desde aquel día dió comienzo el hijo del señor Curro á trabajar la partida con todas las de la ley y con el decidido apoyo de Cristóbal, que no hacía más que pensar en la hipoteca tanto tiempo vencida, y en por qué Pepa cada vez que el hijo del señor Curro se le acercaba, ponía de tal modo el perfil y de tal manera echaba el habla del cuerpo y tales cosas le decía, que aquel no tenía más remedio que decidirse por la del humo y largarse rabo entre piernas, con las orejas gachas y con su amor propio convertido, según él le decía al *Cantinero*, en un jarambel y en un trapajo cualquiera.

~~~~~



## CAPÍTULO V

La sala principal del Casino estaba, como casi siempre, de bote en bote: todos ó casi todos los holgazanes y ricachos de la villa entreteníanse en matar en ella el aburrimiento jugando al dominó unos, otros á las cartas; ó arreglando el país y modificando las instituciones entre cortado y cortado de Faraján ó Jubrique.

—Oye tú, *Cantintero*,—exclamó el *Pecas* dirigiéndose hacia donde aquel estaba;—tú que vives al cabo de la calle, en ese mal barrio en que anda el *Toño*, ¿es verdá que el chavalete sigue más emperrao que nunca en que le jagan la autosia?

—Eso dicen, pero eso no son más que

pamplinas pa canarios; no poique al *Toño* se le engurruñe ná por ná, sino poique al mozo no le rempuja gran cosa la voluntá que le tiée á esa jembra.

—Eso que tú ices está pidiendo á voces una criba, poique tiée más paja que simiente; y esto no te lo digo poique lo haiga ensoñao, que yo digo lo que digo poique Su Divina Majestá me puso dambos ojos en la cara pa ver las cosas, y usté perdone amigo mi farta de conformiá con lo que usté acaba de oïcir.

Y el tío *Campeche*, que era el que había hablado, y que mientras hablaba había tenido en alto el as de oros, dejó caer violentamente la encallecida mano sobre la mesa, diciendo con voz gutural:

—¡Veinte en copas!

El *Cantinero* se encogió de hombros al terminar el viejo su perorata y exclamó dirigiéndose á uno de los corros:

—Siempre el mesmo; siempre resfalándose de la lengua más de lo que Dios manda y de lo que á su salú le conviene.

—Y qué se le va á jacer, si el hombre tiée

aseguro el perfil por las arrugas y los bitoques.

—Ahí está el *Toño*—exclamó en aquel instante el *Clavijano* con acento indiferente, abandonando el balcón desde el cual había visto llegar al hijo del *Naranjero*.

—¡Señores, á la paz de Dios!—exclamó éste á poco, penetrando en la sala con torvo semblante, el sombrero echado sobre la frente, las manos atrás y la cabeza inclinada.

—Camará y cómo te jiede el jálito—exclamó el *Cantinero* acercándose á su amigo, el cual permaneció silencioso y fuese al balcón seguido de aquél, que se dirigió á él de nuevo preguntándole:

—¿Quién te ha jecho hoy mal de ojo; es que has hablao por fin con la *Fabalina*?

—De hablar con ella vengo.

—Pos seguramente te ha dao una dentellá, poique lo que es las señas son mortales.

—Pues no te equivocas, porque si no me ha dado la dentellá ha sido por misericordia divina; chavó, si esa no es una mujer, si es una loba.

—¿Pero qué es lo que te ha dicho ó te ha jecho, ó en qué se ha propasao?

—Pues me ha dicho que no puedo andar de bruto que soy; que el mal ángel me dió al nacer un beso de cuerpo entero; que mi padre es un grajo y mi madre una lechuza; que cuando me dé la repotente gana le quitamos las cuatro obrás de viña; que no me puée ver ni en estampa, y en fin, qué sé yo, el delirio de cosas, y las que te he dicho las mejores.

—Pos por lo que se ve, la probetica de mi corazón es corta de genio; y tú á tó eso, ¿qué?

—¡Pues yo á tó eso, ná! Se me agrió la saliva y se me cortó el cuerpo, y á mí, que no me viene ná largo en el mundo, me vino larga esa *gachí*; pero no es eso lo malo: lo malo es que mientras más me pinchan las ramas más me gusta el carambuco.

—Pos yo, si tú me lo permitieras, me atrevería á darte un consejo leal, y ese consejo es que hay cosas que es peor tomallas que dejallas, y que jembras hay más que esazones y que arrimarse á esa mujer es dirse al colmenar sin careta.

—Es que además de lo otro, esta cuestión es cuestión de amor propio; y es que además yo cuento con la ayuda de Cristóbal.

—Güena ayúa ¡la del enterraor! Cuando una jembra está prendá de un hombre, y este hombre es un infortunao con cosas de macho y güenas jechuras, sa menester pa movella de su sitio cien yuntas y un terremoto.

En aquel momento, *Tobalo*, uno de los mozos del Casino, llegó á *Toño* y le dijo:

—Mostramo, ahí está el tío *Cachorrito*, el de la venta, que dice que tiée que platicar con su mercé de una cosa que á dambos sus interesa.

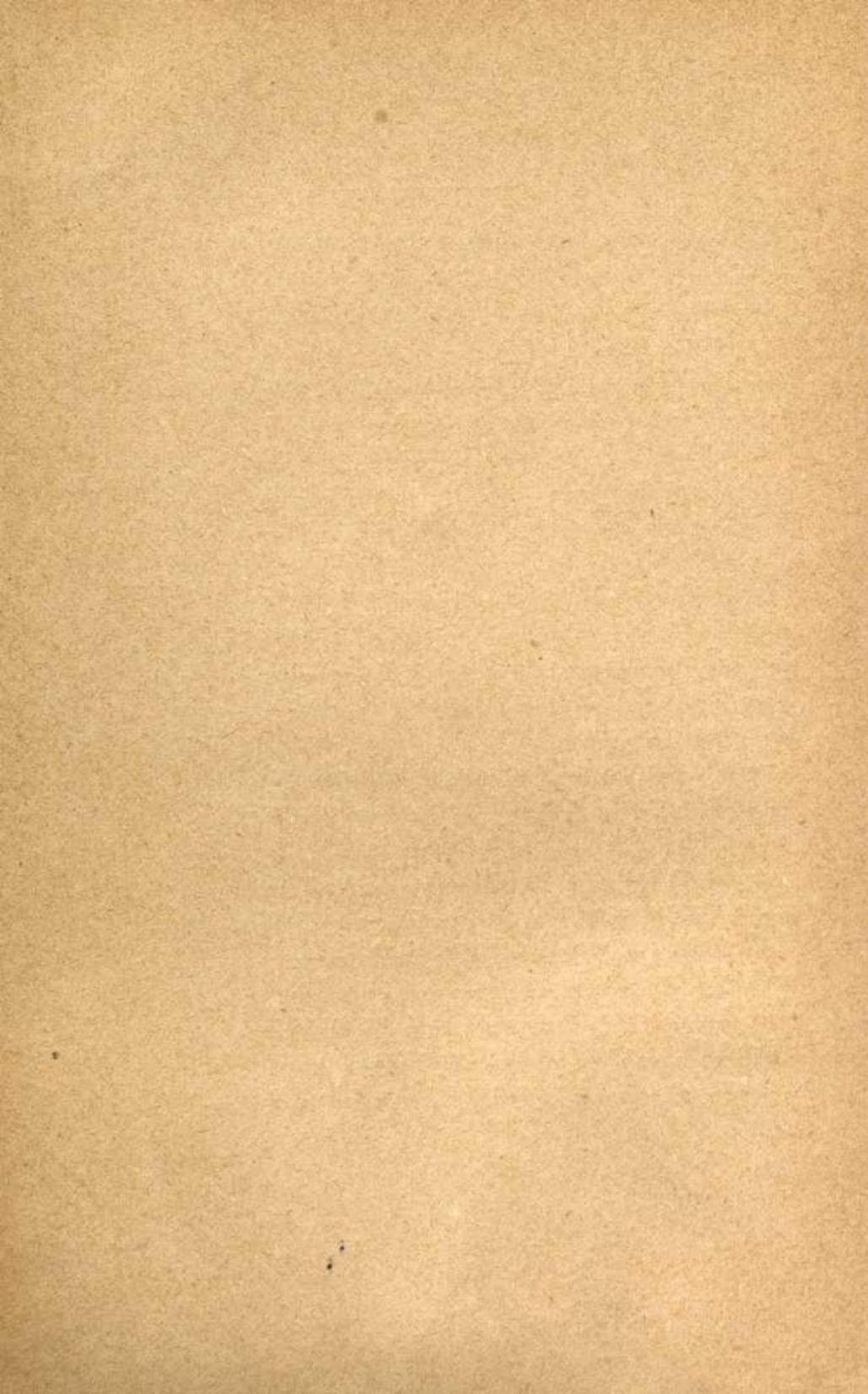
—Pues dile que suba —repúsole *Toño* con aire malhumorado.

—Me paéce á mí que no sube, que lo que quiere el agüelito es platicar á solas con su mercé.

—Anda, hombre, que cuando ese pajarraco se descuelga por aquí algo se traerá en el pico.

Y *Toño*, aunque rehacio y de mal talante, se dirigió hacia las escaleras, murmurando:

—Bueno estóy yo para pláticas y para aguantarle un tostón á cualquiera; en proporción está la tierra para almásigas de claveles.





## CAPÍTULO VI

El tío *Cachorrito* esperaba á *Toño* sentado en el patio, un patio enorme, entre huerto y jardín, lleno de arreates, sembrado de árboles frutales y sombreado por una añósima parra cubierta á la sazón de apretados racimos y de verdes pámpanos, al través de los cuales, al penetrar los rayos del sol dibujaban sobre el húmedo y enarenado suelo mil caprichosas siluetas de oro.

El ventero había soltado el mugriento *cacite* en un rincón, y destacábase con enérgico relieve en medio del reducido y pintoresco escenario, con su cuerpo anguloso y ligeramente encorvado; los ásperos mechones de pelo blanquísimo que se le desbordaban por

bajo el pañuelo de yerbas que le cubría la cabeza, atado sobre la nuca; con sus grandes patillas de boca de hacha tan blancas como el pelo; con su rostro rugoso y atezado, de larga nariz de pico de ave carnívora, la frente deprimida y toda hecha un fruncimiento, labios sumidos y ojos pequeños y casi ocultos por las pobladísimas cejas y los carnosos párpados, y con su indumentaria pobre y limpia y característica, la raída chaqueta corta de pañete con sobrepuestos de astrakán, la encarnada faja que cubriéndole desde el sobaco á la ingle, dejaba ver la pechera de la camisa blanca y zurcida y con aun visibles huellas de ya casi desaparecidos bordados; corto pantalón adornado de argentíferos caireles y viejas polainas de cuero, ya apenas orladas de renegridas correas.

El tío *Cachorrillo* estaba taciturno y sombrío; pensaba en lo que iba á hacer, y algo le escarabajeaba en el fondo del pecho; y tal vez hubieran vencido en él las buenas á las malas tentaciones, á no haber llegado tan pronto el hijo del *Naranjero*, que le preguntó con acento indiferente:

—¿Quién es quien mal le quiere que por aquí le envía, tío *Cachorrito*?

Este estrechó, incorporándose, la mano que aquél le tendiera, y así que se hubo alejado *Tobalo*, le repuso con voz un tanto apagada:

—Pos hombre, aquí me ha traído mi suerte mala ó güena; y si hubieras tardao una mija más, quizá me hubiera arrepentío y me hubiera largao otra vez á mis cubriles con lo que traigo pa tí; pero cuando te he jallao y has llegao tan á tiempo será porque Dios lo manda, y cuando Dios manda y el rey ofrece....

—¿Y qué es lo que usted se ha traído para mi de su bugío?

—Pus hombre, te diré: yo no sé si tú sabes que yo tengo en mi casa una varita de virtud, y que gracias á ella yo soy casi un je-chicero cuando me da la gana.

—Hombre, no lo sabía, pero cuando usted lo dice...

—¡Cuando yo lo digo firma el escribano! ¡Os bien, esta mañana me dijo mi varita de virtud una cosa que yo imagino que á ti te interesa mucho.

—¿Y qué es lo que le dijo á usted esa señora?

—Pos esa señora me platicó lo que te voy á decir; y apenas me dijo lo que me dijo, me vino el ricuerdo de la güena voluntá que yo sus tengo á ti y á tu padre; me acordé que tu padre en una ocasión me sacó en parma de una encrucjía en que me metieron unas malas lenguas que comías de cangros arrematen; me acordé de que yo te conozco desde que andabas á gatas, y me dije yo pa mi capote: El güen mozo de *Toñuelo* es una prenda, una prenda de estima, pero al mozo se le ha vuelto de espaldas la buena fortuna y se ha trompezao en su veréa con una jiena más bonita que el sol, y se ha prendao de esa jiena y le han caído cataratas en dambos ojos.

—¿Pero qué fué lo que le dijo á usted su varita de virtú?

—Pos mi varita de virtú me dijo:—Si es que tú tiés consencia y eres hombre agracío, sal ahora mesmito de estampía y vete al pueblo, y busca á *Toño*, y dile á *Toño* que si quiere curarse la ceguera sin méicos y sin

que naide le jurgue á los lagrimales, que esté esta noche á las nueve en punto cerca del puente del *Tejarillo*, frente por frente á la jaza del *Emplomao*, y que á los dos minutos de estar allí recobrará la vista; pero dile tamién que se vaya con retemuchísimo tiento y con muchísima pruência, poique pudiera toparse manos á boca con un tigre carnicero que está casi pregonáo, y que si se lo trompieza que ande vivo, que al que madruga Dios le ayúa, y que muerto el perro se acabó la rabia, y que al que se muere lo entierran, y que ya conoce el refrán que dice el muerto al hoyo y el vivo al bollo.

—Y oiga usted, abuelito, ¿se pudiera saber por qué esa varita de virtud ha dicho lo que ha dicho?: porque aquí ya nos sabemos de memoria que á usted no le ponen la carne de gallina los tigres carniceros.

—Tiées razón en preguntar, que cuando canta la cigarra, calor jace; pos bien, mi varita de virtú ha platicao lo que ha platicao por mó de varias cosas; poique yo á tí te estimo, poique á mí me gusta dar algo á cuenta cuando debo y yo le debo algo y más que

algo al señor Curro, tu padre, y además... además porque á mí me ha dao ese tigre un zarpazo; á mí, al *Cachorrino*, á mí, cuando ya no tengo juerzas ni pa disparar un retaco.

Y la voz del ventero vibraba sorda y huracanada, y le relampagueaban los entornados ojos.

Y tras breves instantes de silencio incorporóse el viejo, tendió la mano á *Toño* y se alejó, no sin decirle de nuevo á éste con voz todavía temblorosa:

—Y no te encargo ná, que ya sabes lo que me va en que se sepa el favor que acabo de jacerte.

—La piedra cayó en un pozo, agüelito, y hasta más ver.

Y el hijo del señor Curro, grave y pensativo, se dirigió hacia las escaleras.



## CAPÍTULO VII

—¿Oye, qué es lo que quería el *Cachorrito*?—preguntóle á *Toño* el *Cantinero*, al verle penetrar de nuevo en la estancia.

—Pos una mala faena que acaba de cargarse el angelito: ha venido á darme el soplo de que esta noche á las nueve estarán arrullándose frente á la jaza del *Emplomao* Pepa y el de la *Umbria*.

—Pero, ¿eso es de verdá?

—Vaya, y por cierto que la cosa me tiene caviloso.

—Y es pa poner caviloso á cualesquiera, poi que el viejo es mal bicho y uña y carne del *Niño*, y eso me güele mal, me güele á en-

cerrona de mala ley; y si eso es asina, como me supongo, no va á ser chico desengaño el que van á llevar dambos, porque lo que es tú, tú no vas esta noche á ninguna parte.

—Yo no sé lo que pensar, porque el viejo no tiene mal fondo, por lo menos nunca lo ha tenido; nunca ha hecho ninguna de las de Iscariote, y además el hombre parece resentido de verdad con Pedro; parece que á éste se le ha escurrió la mano con el viejo y el viejo está que arde.

—Mira, eso puée ser verdá, no digo yo que no, pero tamién pudiera no serlo; el *Niño* se habrá enterao de tus arrullos á su tórtola, y esto le habrá puesto la boca amarga; y como el hombre le tiée cierta aprensión á entrar en poblao, querrá sacarte fuera, y tú, tú estás mu delicao der pecho y no te sentaría bien el relente.

—Pos digan ostedes que no están mu misteriosos, camará—exclamó en aquel instante el *Pecas*;—están ostedes en peligro de muerte y sus estáis confesando?

—Es que le estaba preguntando al *Canti-nero*, callando pa que tú no te enteraras, si

segúas tan métome en tó como antes, ó si habías experimentao algún alivio.

— Como antes, hijo mío, ó mas peor que antes entoavía.

— Vaya, pues que te mejores y quedaos con Dios, caballeros,—exclamó en voz alta; y después, dirigiéndose á su amigo, le dijo casi al oído:

Y adiós, hasta la noche, Pepe; y no tengas cuidao, que por si acaso, lo que es el hijo de mi madre no se mete en lo que pudiera ser una ratonera.

Y tras estrechar su mano, salióse á la calle el hijo del señor Curro.

— En busca de su mercé venía yo,—díjole tropezándose con él en la esquina de la calle Cristóbal, el hermano de la *Fabalina*.

—¿Y para qué me buscabas?—preguntóle con aire sombrío el hijo del *Naranjero*.

— Pos pa mucho y pa ná; pa decille que no me vaya usté á tomar ojeriza por lo que ha pasao, porque yo no he tenío la culpa; mi hermana es asina, mu terca y mu llena de púas y mu cabezona, y por no dar su brazo á torcer es capaz...

—No te metas en decírmelo: yo me sé ya de memoria de todo lo que es capaz tu hermana.

—¿Y de qué es capaz mi hermana? —preguntó con aire inquieto y amenazador Cristóbal, á quien sin duda no le había sonado bien el modo desdeñoso é irónico con que Antonio hubo de pronunciar aquellas frases.

—Pues de qué sé yo, de algo; de cualquier cosa; de ir esta noche á las nueve, en punto, por ejemplo, á hablar con el de la *Umbría*, en el puente del *Tejarillo*, frente por frente á la jaza del *Emplomao*.

—Eso es mentira, eso es una calurnia, y ya estoy jarto; y al que me güerva á repetir eso le parto el corazón y le rompo las entrañas,—exclamó con voz ronca *Tobalo*, mirando fieramente á *Toño*.

No se inmutó éste ante la mirada de aquél, y le repuso con acento al parecer tranquilo:

—Pues yo soy el que te lo dice, porque á mí me lo han dicho también; y sobre todo, que la cosa es muy sencilla: con ir esta noche al sitio de marras, te enteras; y si es mentira,

mejor para tí y mejor para mí y mejor para todos.

Y diciendo esto alejóse el hijo del señor Curro, mientras Cristóbal le veía alejarse con mirada rencorosa.

— Yo iré al sitio de marras, y mañana mos veremos manque me dejes desnúo y al amparo de Dios en lo más jondo de un barranco.







## CAPÍTULO VIII

Sonaron las ocho y media en el reloj de la vieja iglesia, y Pepa, más engalanada que de costumbre, con el abundantísimo pelo graciosamente peinado y con el rostro radiante de júbilo, exclamó con voz emocionada, dirigiéndose á la seña Currita, su pariente:

— Yo me voy y güervo ensegüía; ya sabe usted, si viniera *Tcbalo*, le dice usted que he dío á casa de Pepa la *Hortelana*.

Y dicho esto, dirigióse á la parte posterior del edificio, atravesó el corral, abrió la puerta de éste y salió al campo, rápida y sigilosa.

La noche era fresca y apacible: el cielo aparecía esmaltado de estrellas, sin que una nube empañara su ámbito sereno; ligera bri-

sa hacía ondular suavemente las ramas de los copudos árboles; llegaban hasta allí desvanecidos los ruidos del poblado, y allá á lo lejos, las altísimas cumbres recortaban con sus lomos oscuros el fondo intensamente azul del horizonte.

Pepa caminaba trémula, vibrante de ansiedad y embriagada de gozo. Iba á ver al *Niño*, á aquel hombre, al que tenía metido en el alma, al hombre único ante cuyo ardiente mirar rendíase á discreción con todas sus fierzas y con todas sus indomables energías; iba á verlo, por fin, tras dos eternas semanas de ausencia: ¡quince días sin verlo!, quince días de angustias y de miedos horribles y de agonías inaguantables; no, aquello no podía continuar de aquel modo; ella quería, sí, quería compartir los peligros de muerte á los que por causa de ella habíase tenido que lanzar; además, se iba descorriendo la cortina, y su hermano Cristóbal podía hacer con ella una barbaridad el día menos pensado, y más, mucho más, desde que había tenido que echarle toda el agua al molino á causa de las pretensiones de Antonio.

Y absorta en sus meditaciones, iba Pepa saltando arroyos y escalando pendientes, cuando una voz robusta, voz de hombre, la voz del hijo del *Naranjero*, resonó en sus oídos, diciéndole con acento sarcástico y despechado:

—Cuidado con los baches, que se pudiera usted ensuciar los zapatitos, morena.

La *Fabalina* quedóse un momento inmóvil, llena de susto, de profunda sorpresa al verse vendida, pero su miedo no duró más que breves instantes; reaccionaron los vigores de su alma, y arrancando á correr, sujetándose las faldas con ambas manos, exclamó con trémulo acento:

—Estamos vendíos, estamos vendíos.

Nunca había corrido tanto la *Fabalina*, y cinco minutos después desplomábase rendida en brazos de Pedro, el cual, tras besarla con desesperado ahinco en la boca, preguntóle con voz intranquila:

—¿Poi qué has venío asín, ajogaita cuasi? ¿Poi qué le falta el jálito á la única alegría de este probetico desamparao?

—Poi que he pasao un miedo mu grande

por tí, poique mos han traicionao,—repúsole Fepa con voz jadeante, paseando su inquieta mirada por los contornos.

—¿Cómo que mos han traicionao?—exclamó sordamente el *Niño* acordándose del ventero.

—Lo que te digo: al venir pa acá me he encontrao un puñao de basura que estaba acechándome escondío en el olivar del *Callesero*, y ese montón de basura está rabioso, poique quería pa él lo que á ti solito te pertenece, y ese hombre tiée mala cara y tiée que tener podrías las intenciones.

—A ese hombre ya le explicaré yo el catecismo, conque déjate ya de sustos y de aprensiones y siéntate á mi verita, que me estoy muriendo de ganas de verte, y de oler el tomillo de tu boca y de oír cantar en ella el ruiñeñor de los quereles.

Y cuando el amor disponíase á dejar oír sus embriagadoras cadencias bajo un horizonte cuajado de melancólicos luceros, en un ambiente impregnado de silvestres aromas, un relámpago iluminó un instante uno de los especs breñales de la inmediata ladera, tro-

nó seco disparo de escopeta y exclamó el de la *Umbria* al sentirse quitado el sombrero del balazo:

—La vida te va á costar el calañés, cobarde!

Y arrojando de un empellón al suelo á la *Fabalina*, engancho rápido la manta en el cañón de la escopeta y encorvado, casi arrastra, y ondeando aquel á modo de pendón, lanzóse al puente, al asomar al cual un nuevo disparo iluminó el cercano breñal, y otra bala seseó lúgubrementemente en los oídos del contrabandista, que abatiendo al punto el engaño, echóse la escopeta á la cara, y

—Dios te perdone!—exclamó roncamente, al mismo tiempo que la nueva detonación parecía serpear por las profundas cañadas.

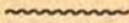
Y si dos minutos después hubiera podido brillar el sol, hubiérase podido ver á su luz, á Cristóbal revolcándose en su sangre y arrancando con manos crispadas las hierbas silvestres que cubrían á modo de alcatifa el lugar de la emboscada, y poco más allá, oculto por un corte del terreno, al tío *Cachorrino*, que murmuraba sordamente:

—Pos ya se vendió el pescao y se me acabó la venta, porque lo que es el hijo de mi madre no reza más en aquella ermita.

Y hubiérase podido ver también, allá lejos, muy lejos, al *Cantinero*, que decíale al hijo del señor Curro:

—¿No te decía yo que esta noche rellenaban carne con plomo en el puente del *Tejarillo*, no te lo decía yo?

Y mientras el uno se revolcaba con el pecho traspasado, y el otro buscaba mentalmente un escondite donde no le pudiera alcanzar la venganza del contrabandista, y el *Cantinero* felicitábase de su previsión, el *Niño de la Umbría* lanzábase al vertiginoso galopar de su potro *Cartujano* por los más ocultos senderos de la montaña, llevando a la grupa á Pepa la *Fabalina*, la que era para él, según él decía, su rosa de Jericó y su manojito de flores.



**Pepa la Gitana**





Manolín, al llegar á su casa, se tumbó en la cama á paladear el gozo que hubo de producirle la sonrisa de Pepa. ¡Dios de Dios! ¡Pepa le había sonreído! Verdad que su trabajo le había costado conseguirlo: diez meses de ronda, desempedrándole la calle, y sus ahorros gastados en adornarle con flores la ventana todas las noches, sin que ella lograra saber fijamente quién era el nocturno decorador de su reja.

Pepa, por fin, le había sonreído, y sonriéndole la veía flotar en su pensamiento, como engarzada en refulgente nimbo de luz divina, con sus grandes ojos de antílope, la negrísima guedeja partida en bandas sobre

la aterciopelada frente y trenzada sobre el vértice de la cabeza en graciosísimo coco; el perfil agitanado, la boca encendida y fragante como flor en capullo, la tez morena y sonrosada, el mórbido cuello ceñido por ancha cinta de felpa, el arrogante busto envuelto en rojo pañuelo de crespón, la falda, de percal oscuro, el microscópico pie calzado por brodequines de becerro blanco; gentil, risueña; vibrante de vida.

Manolín suspiraba, y cuando la última claridad del crepúsculo vespertino dejó de alumbrar la estancia, se puso en pie de un salto, tenía que vestirse para luego pasarse la noche buscando, como quien busca candela, por todo el barrio, á la tirana de su corazón y reina absoluta de sus pensamientos.

Ya estaba Manolín vestido con la ropita de cristianar, el amplio pantalón oscuro ceñido en la cadera y cayéndole en ligeras ondulaciones sobre las cañas de color marrón de los zapatos de charol; la holgada cazadora sin entallar y el sombrero negro de rígidas alas sobre la frente, cuando penetró en la sala su madre.

—Anda, anda, — exclamó ésta mirando á su hijo con la rugosa cara llena de gozo.  
—Pa que aluego digan que el nieto de mi madre no es el mejor mozo de toíta España!

—Eso es que tú me miras por el boquetillo del querer que me tienes.

—¡Yo quererte á ti!; ¡pos si no te pueo ver, charrán; si me estás quitando der mundo á puro darme esazones y tabardillos!

Y diciendo esto la vieja, arreglaba á su hijo la pechera de la camisa.

Manolín, cuando su madre hubo terminado de arreglarle la pechera, le rodeó el cuello con un brazo, y la dijo después de besarle con ahinco en las chupadas mejillas:

—¿Que tú no me quieres á mí? Mejor y más mejor; con eso tendrá más mérito el que yo no vea más que por los ojitos de tu cara.

—Eso es lo que tú tiees, mucha letra menúa, y mucho, mucho jarabe de pico y mucho...

—Güeno, ya está bien, pero me largo á escape, que esta noche voy á la feria con el

*Camtimplora* y el *Pimpi* y el *Niño del Serro-jazo*.

—¿Y aónde vas tú con esas tres púas?

—A buscar un ruisseñor que de cuando en cuando se me para á cantarme en la tablita del pecho.

—No será mal ruisseñor el que á ti te canta.

—Más y más bonito que una onza de oro y más y más bonito que una rosa de piti-miní.

—Pos no te fíes tú de ese pajarito, que es un pajarito con la sangre más negra que el jumo y que el betún y que...

—Pero, ¿qué es lo que te ha hecho á ti ese lucero pa que lo tengas como lo tiees atravesao?

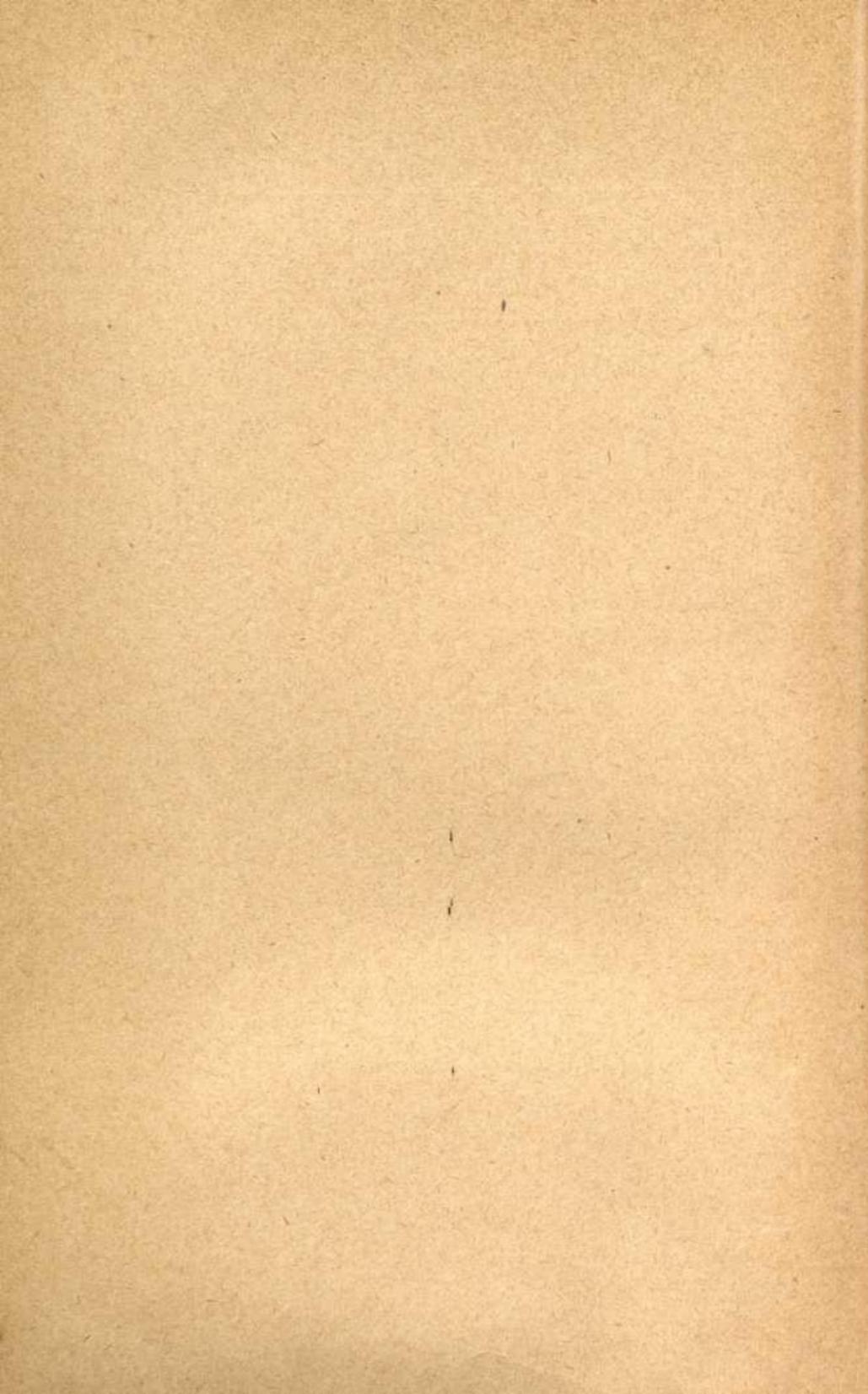
—¿A mí? Ná, pero es que yo sé más dormía que tú dispierto, y me parece que ese es un mar camino pa los *pinreles* de la prenda que yo más quiero.

—Tú no estás bien der tó; á esa *gachí* no le lleva naide er purso en lo de güena más que la que me hizo el favor, ó el disfavor, de echarme al mundo.

---

Y diciendo esto, se dirigió Manolín á la escalera, mientras la vieja se dirigía al balcón, donde permaneció hasta que su hijo hubo traspuesto gallardamente por la esquina.

---





## II

La multitud se apiñaba en las calles del *Molinillo* que desembocan en la plaza donde siempre es situado el real de la feria; todo cuanto el barrio encerraba de mérito por aquel entonces, las mujeres de más trapío, los barateros de más renombre, los más atildados *menosos*, vestidos todos de pontifical, lucían allí sus gallardías á la luz de la relativamente espléndida iluminación á la veneciana.

Destacábanse enérgicamente las tiendas de las buñoleras con sus cortinajes rojos de urdimbre barata, sábanas blanquísimas y múltiples banderolas; las atezadas sacerdotisas de aquellos templos erigidos al amor, al

aguardiente y á la masa en su punto, mariposeaban, unas deteniendo al transeunte con la sonrisa más zalamera y el chiste más picante en los labios y la tentación en la típicamente engalanada persona, en tanto las compañeras, las inutilizadas por los años para el oficio de cimbel, vigilaban las sartenes colocadas en las improvisadas hornillas.

Volteaban vertiginosamente los *tíos vivos* al son de la monótona música de la murga; adoptaban rapaces y rapazas bélicas actitudes en los caballos de madera; pregonaban los vendedores sus mercancías al frente de sus portátiles establecimientos, y resonaban vibrantes y sonoros los cantos populares al son de las bien tañidas guitarras.

En casa de Pepa habíase improvisado el más brillante *jolgorio*. Pepa había bebido más de lo que por su fortaleza le era permitido, acosada por *Toño el Cabezota*, y esa por mí y esta por ti y aquella por el Espíritu Santo, era lo cierto que sentíanse ya los bebedores capaces de hablar de tú hasta á la Trilogía divina.

Pronto empezó á nublarse el cielo de aque-

lla noche de solaz y *Yunque*, el *Cabezota*, el *Miquelo* y el *Mulete* empezaban á ponerse un poquito pelmazos; al primero se le había reverdecido el amor que hubo de sentir meses atrás por Pepa, la cual, caldeada por el alcohol, lo miraba traidora y sonriente, con los ojos entornados y adormecidos, levantado el espléndido seno y retrepada gallardamente en la silla.

—¡Que baile el tango el *Cabezota*!—gritó tambaleándose Pepe *Narices*.

—¡Sí, sí, que lo baile!—gritaron muchos de los que formaban la alegre concurrencia.

—Y tú, ¿qué dices á eso? ¿Lo bailo ó no lo bailó? — preguntóle á Pepa el *Cabezota*.

—Ya lo creo que sí. ¡Pos no faltaba más!

—Es que yo no hago ná de baldē, es que yo bailo, pero si tú me das después esa rosa que tiés puesta en tu pelito negro.

—Eso sí que no: esta rosa es de un duende, y si te la doy pudieran hacerme mal de ojo.

Y al decir esto miró furtivamente Pepa á

Manolín, que oía la conversación pálido y ceñudo, distante de ella algunos pasos.

—Cá, mujer, cá, á ti no hay quien te haga mal de ojo tan y mientras á mí me llegue el sol á la cara.

—¡Que se la dé!—gritó *Miquelo*, mirando con estúpida expresión de borracho á la muchacha.

—Pos anda ya, y baila ya, y asín que bailen veremos si te la doy.

Manolín al oír aquello se puso livido y se mordió los labios.

El *Cabezota*, al son de las guitarras y del acorde palmoteo, se lanzó al centro del patio. Bien hacía la fama en pregonar su maestría en mover las extremidades pedestres. Bailó *Toño* con gracia inimitable, como si estuviera descoyuntado el cuerpo, con ademanes raros y lascivos, fingiendo ora el espasmo brutal en sus más chavacanas manifestaciones, ora la caricia suave; ya cansancios voluptuosos, ya febriles energías, y al par que todo su cuerpo tomaba parte en aquella rimada bacanal, su rostro reflejaba aquel á modo de deleitoso paroxismo y sus ojos bri-

llaban á veces con ardiente intensidad de fiebre, á veces con dulcísimas molicias y plácidos enervamientos.

La terminación del baile fué acogida por una salva de aplausos y el *Cabezota*, embriagado, arrugado el traje, sudoroso, deshecho el lazo del rojo pañuelo de seda que le servía de corbata, con el sombrero en la coronilla, se dirigió á Pepa y le dijo con acento entrecortado por la fatiga:

—Vamos á ver si me das esa rosita que me he ganao con el sudor de mi frente.

Pepa vaciló un instante, volvió á mirar á hurtadillas á Manolín, le irritó su mirada amenazadora.

—Vaya, hijo, toma, y Dios quiera que no me pase na malo,—dijo Pepa dando la flor á *Toño*, que se la colocó orgullosamente en la solapa de la cazadora.

—Que Dios se lo pague á usted, Pepa,—dijo á ésta en aquel momento Manolín, con voz llena de reproches.

Quedó Pepa confusa un punto, y después, sobreponiéndose á su turbación, repúsole con acento ligeramente irónico:

— Pos mire usté, se me había orviao como las cosas orviás que usté me la había pedío.

— Ya se ve, no tié ná de particular, ¡soy yo tan poquilla cosa!

— Eso digo yo: ¡cómo es usté tan poquilla cosa, no tié ná de particular!—exclamó el *Cabezota* sin mirar á su adversario.

Pepa se echó á reir; el vino se le había puesto sobre la prudencia y sobre las buenas intenciones.

— Pero tó se puée arreglar: se la píe usté á *Toño*, y *Toño* se la da á usté y tan agradeció.

— Eso digo yo, ¿verdá, *Miquelo*? Me la píe á mí y yo se la doy y tan agradeció!

Manolín contempló con extraña expresión á Pepa, y después, revolviéndose amenazador contra el *Cabezota*, dijo á éste, al par que lo cogía violentamente por un brazo:

— Pos ya lo está usté oyendo, mocito, ¡qué se le va á jacer! De menos nos jizo Dios, que nos jizo de un soplo y de un tentón y de una chispa de polvo.

El *Cabezota* miró con terrible expresión á su adversario; las gentes que rodeaban á los

protagonistas de esta escena se abalanzaron al grupo, hombres y mujeres, protestando todos de la mala sangre de Pepa; pero de pronto todos se replegaron violentamente, formando corro alrededor de los combatientes; el *Cabezota* esgrimía ya tremendo cuchillo en la siniestra mano; Manolín, valiente y sereno y sin arma alguna, esquivó de un salto la primera acometida de su enemigo, pero al hacerlo resbaló, cayendo violentamente contra el suelo.

Un grito terrible se escapó de todas las gargantas; todos los circunstantes retrocedieron espantados, cerrando los más pobres de espíritu los ojos para no ver la terrible escena; el *Cabezota*, rugiente, rencoroso, horriblemente embriagado, se arrojó sobre el caído, y fué á hundir en sus espaldas el formidable acero; pero en aquel instante supremo, Pepa la *Gitana*, con el hermoso semblante contraído, flameantes los negrísimos ojos, se acercó de un salto á *Cabezota*, arrancóle el cuchillo de la crispada mano y la rosa de la solapa de la chaqueta, al mismo tiempo que se incorporaba rápido Manolín, y al par que daba á

éste la codiciada flor, gritó con acento ronco al *Cabezota*, al par que le golpeaba con el microscópico pie de andaluza:

—¡Cobarde! ¡Cobarde! ¡Cobarde!

Y mientras *Cabezota* luchaba por levantarse, mirándola con expresión de idiota, Pepa se alejó, llevándose casi á rastra y ayudada por varios de los concurrentes á Manolín, que oprimía en la crispada mano aquella rosa que la noche anterior hubo de poner convulso de pasión en la florida reja andaluza de Pepa, la gitana más bonita del barrio de *Capuchinos*.



# **El Calicata y la Primorosa**





## I

Las dos acababan de sonar en el reloj de San Pablo cuando Juan el *Calicata* desembocó en la calle de la *Trinidad*, marcando gallardamente el paso, el amplísimo pavero gris sobre la sien derecha, abierta la obscura cazadora para mejor lucir la nítida pechera y grave y cejjunto el varonil y bronceado semblante.

El sol canicular caía como abrasadora y deslumbrante caricia; no obstante lo cual, Lolita la *Primorosa*, una de las hembras de más cartel del barrio, lucía tras los hierros de su reja su busto espléndido, velado por un pañuelo de crespón, su tez aterciopeada, su pelo indomable y negrísimo, pei-

nado graciosamente y desbordándosele en bucles sobre la nuca, y sus ojos húmedos, apasionados y luminosos.

Lola aguardaba á Juan impaciente y febril; desde la noche anterior tenía el alma en un hilo, y cuando su madre, extrañada de su malestar y desasosiego, hubo de preguntarle aquella mañana dónde, cuándo y de qué manera le había picado la tarántula, le repuso impetuosamente:

—Es que tengo la cabeza loca; es que ese arrastrao me va á quitar del mundo; es que estoy desesperadita; es que yo anoche me cargué una malita faena.

—¿Y qué fué lo que hiciste tú anoche?—le preguntó la seña Rosario, avanzando hacia la muchacha con aire amenazador.

—No hay que tener malos pensamientos, madre; no hay que tener malos pensamientos, que lo que hice yo anoche no fué más que citar pa hoy en mi reja á Juan el *Calicata*.

—Jesús, y qué mal traguito me has hecho beber; yo creí... ¿pero tú estás loca perdía? Tú estás dejá de la mano de Dios; ¿pa qué

quieres tú hablar con ese jartico de roar? ¿No comprendes que puede enterarse el señor Frasquito, y si el señor Frasquito se entera, va á llover con sol y se lo va á llevar toíto el demonio?

—Mire usté, madre, el señor Frasquito se sabe ya de memoria que yo no lo quiero, que no lo puedo querer manque me aspen, y manque me emplumen y manque lo fundan de nuevo, y el pícaro viejo, por darle gusto á su presona, entra con toas como la romana del diablo, y lo mismo que pasa por tó, pasará porque yo hable con el *Calicata* una vez tan siquiera, y si no quiere pasar que no pase, y que se purgue y que lo parta un rayo.

—Eso es ponerle cédula á la felicidad y al vivir con desahogo, y suscribirse á un turno de hambre y á otro de vigilia.

—Será tó lo que usté quiera, y pasará lo que pase, pero yo hoy, yo hoy, á las dos, hablo con el *Calicata*, y si no hablo, me pudro.

—¡A las dos! ¡pa que nadie se entere!; se te habrá queáo el sentío *bajeando*.

—Sí, á las dos, á las dos; yo no soy mujer de tapujos ni tengo por qué taparme.

—Pues, hija mía, que con tu pan te lo comas, y ya veremos en qué acaban estas misas.

Y diciendo esto salió la vieja de la sala, murmurando algo que no le hubiera sido muy grato oír, sin duda, á Juan el *Calicata*.





## II

Este llegó á la reja hecho un mar de confusiones; dolíale el corazón al dar aquel paso: él le debía á su maestro, el señor Frasquito, hasta el aire que respiraba; él sabía que su maestro estaba más loco que un cencerro por la *Primorosa*; que aspiraba á casarse con ella; que era para aquel, esta aspiración, el jardín donde se recreaba su pensamiento; todo esto se lo sabía él de memoria, pero también sabía que no había noche en que no se desvelara pensando en aquella mujer, ni ocasión en que, al verla, no se le incendiara la Santa Bárbara de los deseos.

Juan había peleado, como hombre de co-

razón que era, por no jugarle una mala partida á su protector; había resistido muchísimo tiempo las provocativas miradas de su ídolo, pero la noche anterior al día en que lo sacamos á relucir, hubo de tropezarse por casualidad en casa de Pepe el *Toboso* con ella, y ella habíale dicho con acento trémulo y tembloroso:

—Por mó de usted se va á hacer un mal chapuz en el barrio aonde yo vivo.

—Que me prendan si entiendo lo que me acaba usted de cantar, salero!—le repuso Juan sonriendo dulcemente.

—Entonces es que acaba usted de llegar de la tierra de los tontos perdíos.

—Y lo que siento es no haberme quedao en alguna de sus estaciones.

—¿En cuál de ellas?

—En la de «*Mutis* y á pasar penas», que es la estación aonde deben quedarse los hombres agradecíos y de cutis y de punteras en los zapatos.

—Hombre, ¿y no me podría usted explicar eso más despacio y más mejor y con más sosiego?

—¿Y cuándo se lo voy á explicar á usted sin hacerle un pie agua á alguien que yo estimo mucho más de lo que usted se figura?

—Pues mañana á las dos en mi reja, si es que usted quiere.

Juan fué á protestar, á buscar una evasiva, pero Lola, alejándose de él, había pegado la hebra con Pepa Romero y la *Niña* de los *Claveles*.

Se convenció nuestro gallardo protagonista de que él había hecho cuanto humanamente se puede hacer en casos tales, no obstante lo cual, al llegar al día siguiente á la reja, iba sombrío y como asustado.

—Vamos, buenas tardes, Lola, buenas tardes; aquí me tiée usted ya de cuerpo entero — dijo con voz trémula.

—Más bien podía usted decir de cuerpo presente. ¡Vaya una cara, *chavó!* Parece usted un repatriao.

—Qué quiere usted, yo soy así; cuando me escarrío me duele el corazón, y me pongo amarillo y se me agrandan las ojeras.

—¿Y qué es lo que le ha pasao á usted pa descarriarse?

—Pues me ha pasao, que yo vide una vez en un jardín una rosa de *chipé*, la rosa más rebonita de toitos los jardines del mundo, y me puse á cavilar que en si yo lograba coger aquella rosa me iban á nacer alas de la alegría; y cuando más embelesao estaba yo pensando estas cosas, vide á un pobretico viejo, al que yo quiero más que á las niñas de mis ojos, y el viejo me dijo: A tí te quea mucho terreno que correr por el mundo toavía, déjame á mí esa flor, que yo ya dentro de ná voy á dar el último porrazo y... velay usté lo que me ha pasao; y asín me tiée usté muriéndome hace la mar de tiempo, y sin poder tomar la medicina por no ver al viejo con el corazón encogío.

—Pero es que si la rosa, esa rosita que usté dice, no es pa usté, no va á ser tampoco pa el viejo, porque á ella no le da la repotente gana.

—¿Es verdá eso? No me engañe usté, por los ojitos de su cara; mire usté que va usté á quitarme de golpe y porrazo una montaña de encima.

—Pues alíviese usté, hijo mío; yo le juro á

usté por la salud de mi madre, que antes de ser pa el señor Frasquito, me tiro á la mar de cabeza.

Una hora después se alejaba Juan el *Calicata* de Lola la *Primorosa*, con la mirada chispeante y murmurando sordamente.

—Pos ya lo que tenía que pasar pasó, y válgame la Divina Pastora, que se me quita el jálito de pensar lo que va á decir cuando se entere mi probetico maestro.





### III

Cuando á la mañana siguiente penetró Juan en la barrilería, lo hizo inquieto y pesadoso, comprendiendo que ya la mala intención habría enterado del pé al pá, de lo ocurrido la noche anterior, al señor Frasquito. Durante todo el día no despegó los labios; le llenaba de angustia la mirada triste de su maestro, y al llegar la hora de dar de mano, después de soltar las herramientas y el traje de batalla, se dirigió hacia la puerta de salida, en cuyo dintel estaba aquél, el cual al verle llegar le dijo con acento sordo:

—No te vayas, que tengo que hablar contigo dos palabras.

Todos los compañeros de Juan se miraron

unos á otros con expresión de disgusto, como si adivinasen la tempestad que se le avecinaba al *Calicata*.

Este no chistó siquiera, y con los ojos bajos siguió al maestro, que lo llevó á un extremo del patio y le dijo:

—No te he llamado más que para decirte...

—Ya sé yo lo que va usted á decirme, y que me maten de una puñalá trapera entre clavícula y clavícula si no lo siento yo más que usted; pero hay cosas en el mundo que no se puéen remediar, y yo seré tó lo que usted quiera que sea, pero que le conste á usted, maestro, que yo lo quiero á usted como usted se merece.

—Muchas gracias, Juan, muchas gracias; yo también lo he sentío, pero, en fin, ya no hay que hablar más de eso: á lo hecho, pecho; yo te he llamado para decirte que desde mañana...

—Sí, ya lo sé, si ya sé lo que va usted á decirme: que desde mañana no vuelva á poner los pies en el taller—exclamó Juan con profunda tristeza.

El señor Frasquito le miró sonriendo me-

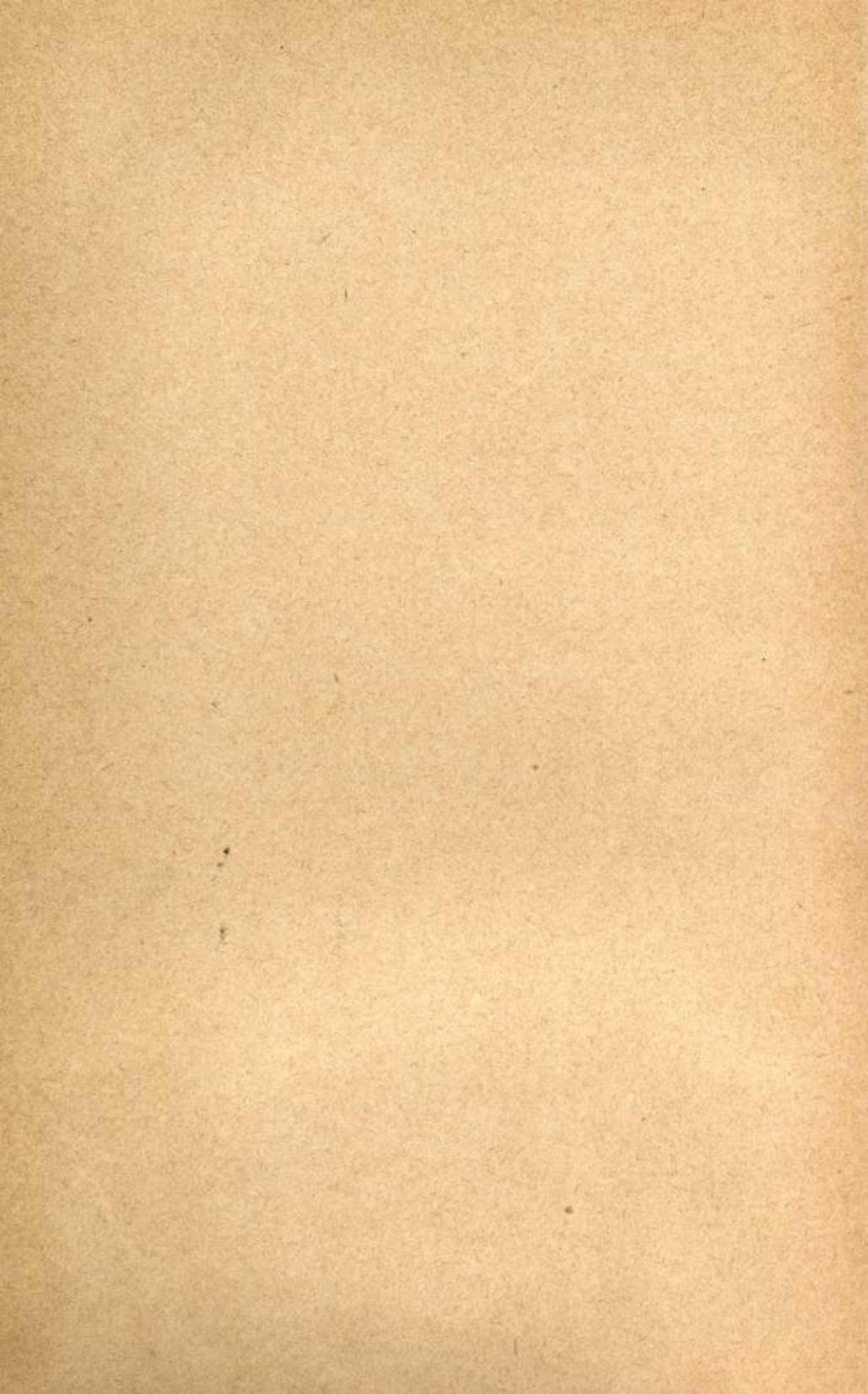
lancólicamente y siguió diciéndole lentamente:

—¿Me dejarás acabar, hombre? Te he llamado para decirte, que desde mañana tienes una peseta más de jornal para que te cases pronto con Lola.

Y al terminar de decir esto dió el señor Frasquito media vuelta y se alejó brusca-mente de Juan, para ocultar sin duda las lágrimas que se le habían asomado á los ojos al dar el último adios á la última de sus ilusiones.



**Una hombrada**





La noticia corrió en el barrio como por regueros de pólvora: *el Niño de la Canela* habíale dado sin ton ni son, y sin venir á qué, una bofetada á *Pepe el Pelusilla*, el más íntimo de sus amigos, y por ende el mozo más bueno, más leal, más humilde y de menos *condinga* de los que por aquel entonces lucían el garbo y las buenas hechuras en el barrio de la *Goleta*.

Cuando le narraron la hazaña de su hijo al señor Paco el de los *Belones*, antiguo catedrático de los del *bronce*, que, según cuentan, hubo de narrársela el señor Perico *el Virutero* en el hondilón de *Pepetín Tatovías*,

arrugó el frontis aquel decano de los hombres de médula y de empuje, y exclamó asestando en la mesa un puñetazo.

—Eso que tú dices no puée ser; mi *Toño* entoavía no ha hipotecao la vergüenza.

—Pos quien á mí me lo ha dicho es *el Cotufas*, y *el Cotufas* no miente nunca por las mañanas trempano.

Media hora después decíale el de los *Be-lones* á su hijo, sentado frente á él, bajo el verde parral del patio de su casa:

—Vamos, hombre, cuéntame esa hombrá que has hecho hoy, y después púrgate y descansa, que tendrás el cuerpo dolorio.

—El corazón es lo que me duele; pero en cambio tengo la consencia más y más blanca que el arminio y que la leche y que las espumitas de la mar serena.

—¡Mucha blancura me parece á mí, chavó, tanta blancura!

—¿Pero usted se cree que si yo no la tuviera asín no estaría yo metío en un sótano? Cuando yo estoy tan tranquilo es porque el guantazo que yo le he dao al *Pelusilla* ha sío una obra de caridá que le he jecho.

—¿Pero es que el probetico de Pepe tenía algún flemón en las encías?

—No, señor; lo que tenía era lo que tiée y lo que tendrá hasta que se muera; un tabique en ca ojo y un melocotón en el sentío.

—Y tú le has querío quitar los tabiques y el melocotón con un tortazo en un pómulo, ¿no es eso?

—Lo que yo he querío jacer es lo que he jecho; y pa que no me hable usted más con ese retintín que me está poniendo el cuerpo desazonao, le voy á decir á usted la verdá, como si fuera usted un confesor.

—Pues comienza, porque tan y mientras no te laves la ropa sucia, no me llega la camisa al cuerpo.

—Pues vamos á ver lo que á usted le parece esto; supóngase usted que usted tiée mi edá, y mi sangre, y es usted lo voluntarioso que soy yo pa las mujeres; y supóngase usted que además tiée usted un amigo que es pa usted la Consagrá, y que este amigo tiée una mujer con dos *sacais* primos hermanos del tifus, una boca que es una tumbaga de corales, un

cutis que es raso, un monte de pelito anillao más negro que la endrina, unas hechuras que ni fabricás á torno, un pecho con el que se cubre como los palomos de casta, una cintura que es un torzal, una caera que yo no sé cómo no troncha la cintura, unos pies que hay que verlos con lentes, y además de to eso un metal de voz, y un vagío, y un andar, y una gracia, y un ángel y un qué sé yo en toíta ella, que al que la ve le da hipo, y se le aclara la vista, y...

—Y se le estrecha la americana; vamos, hombre, déjate ya de primores y al grano, que es lo que interesa.

—Es que cuando me pongo á hablar de ese querubín se me alegra hasta la campanilla.

—Mal hecho.

—¡Y si eso no se puée remediar! La flor del gusto nace aonde le da la repotente gana.

—Pero cuando nace en mal sitio, se jace lo que con la cisaña y con los jopos en los jabares.

—Güeno; pos ahora supóngase usté que

cuando está usted á la vera de esa maravilla, á esa maravilla se le entornan los párpados, se le duermen los *clisos*, y mirándolo á usted sin pará ni fonda, se requetemuerde los labios y ca suspiro que suelta suena como un barreno y le falta aire que respirar; y cuando habla con usted lo jace como *Perico el Tartamúo*, y cuando le da á usted la mano le jace á usted los *dátiles* serrín de corcho, y un color se le va y otro color se le viene; y cuando mira usted con segunda á otra *gachí* cualesquiera, pone una cara que jace que se le erice á usted el pelo.

—Está bien, hombre, enterao; pero ahí de los machos con quinqué y con decencia y con güenos procederes; yo en un caso asín, sargo de estampía y no me vuelve á ver esa mujer ni en retrato.

—Pos supóngase usted que sale usted de estampía, y dándose un martillazo en el gusto por no colgarse esa palomita en la bandola; y que cuando ha jecho usted la hombrá y está usted curándose el sitio dolorío, viene en busca de usted su amigo, como quien busca candela, y le píe á usted casi por Dios y por

su Santísima Madre que vuelva usted por su casa; y no para, ni vive, ni sosiega, jasta que lo consigue, y eso una vez, y otra, y cien veces más; supóngase usted to eso, y dígame usted lo que usted haría en ese caso.

El viejo prócer de la valentía permaneció silencioso y rascándose sin necesidad la cabeza algunos instantes, y después murmuró, encogándose de hombros:

—La verdá es que toas las armendras no son mollares.

—Qué han de ser mollares tóas las armendras; pos bien, demos por suponto que eso de salir de pies es grilla y no canta; y que tampoco yo le puedo decir á Pepe que es un mal garabato el garabato aonde ha colgao su felicidad y sus quereles, porque eso sería darle una puñalá traperera; y que además esas cositas no las jacen los hombres que se estiman y tiéen lacha y tiéen injun-  
cia y tiéen lo que Dios manda que se tenga.

—Es verdá—murmuró el señor Curro, que seguía sin encontrar solución al problema y como buscándola con las uñas entre los mechones de su blanquísimo pelo.

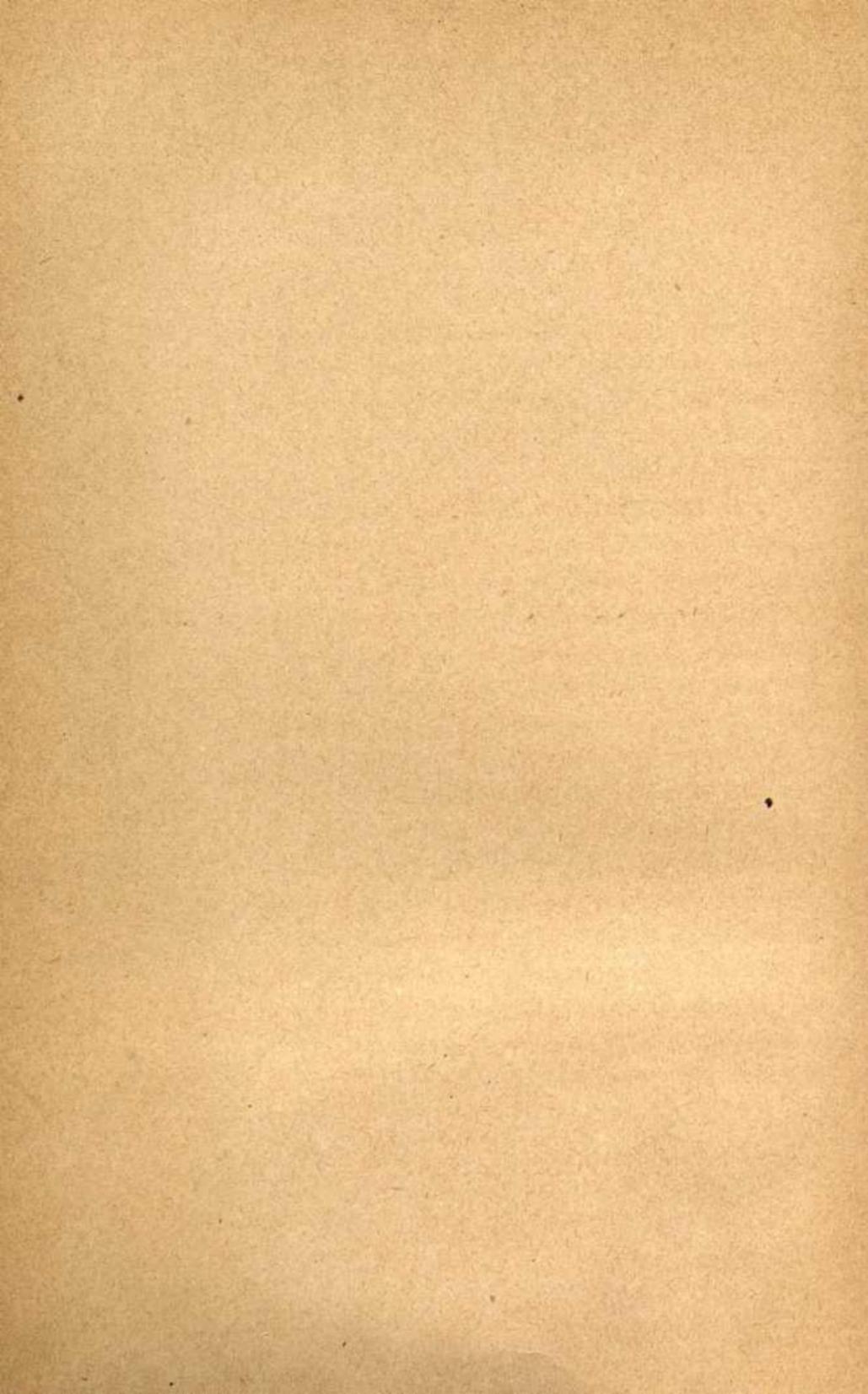
—Vaya si es verdá; como que no había más vereas que una pa salirse del mar camino, y esta mañana, después de pasarme cavila que te cavila las horitas de la noche, me levanté de mal *arate* y enrabiao, y con ganas de pelear, porque ca día que pasa voy sintiendo que esa jembra echa más raíces en mi presona; y como me alevanté con los tendones atirantaos, me dije yo: «hoy le quito la esclusa al río, pa que se salga de madre»; y me fuí á tomar la mañana á ca del *Pitañoso*; y estando en ca del *Pitañoso* llegó Pepe, como si lo hubieran llamao con campanillas, y comenzó á decirme que me fuera con él, y yo que no, y él que sí, y dale que le da á la matraca; y me dieron jachares, y pensé yo que un guantazo podía ser el unto de la Malena, y entoavía no lo habia pensao cuando alevanté la mano y estiré el purpejo, y ¡pum!, le aticé la bofetá, la única bofetá que yo he dao en el mundo que me haiga dolío lo que me ha dolío esta; y ahora dirá usted si ha sío ó no una hombrá la que yo he jecho con el *Pelusilla*.

—¡Vaya!

Y el viejo se incorporó con el rostro radiante de orgullo, y estrechó entre sus brazos, como hacía ya muchos, muchísimos años, no lo estrechaba, al *Niño de la Canela*, el más famoso de los mozos de pelo en pecho del barrio de la *Goleta*.



**¡Pitejo!**





Juanillo dió una última chupada al cigarro y se dirigió hacia el coche fúnebre, á cuyo lado lo aguardaban sus compañeros de penas y fatigas.

El cortejo, formado en su mayoría por hombres de pelo en pecho, vestidos todos con las ropas de las grandes solemnidades, departían en grupos á pocos pasos del fúnebre vehículo.

—¡Ha sío una lástima; era un relicario por lo buena y lo bonita y por lo mujer de su casa!—exclamó Curro Cárdenas, alisándose suavemente los rizados *tufos*.

—¡Sí que ha sío una lástima, que era la probetica un pasmo; y aluego que parecía

estar derramando salú por tcitos los poros de su presona!

—Es que á veces, á Dios se le van las pa-jaritas. ¡Quién se lo iba á decir á la probe hace ocho días!

—¡Ocho días! Hace tres la vide yo en cá de la Encarnación; asín es el pícaro mundo; se alevanta uno un día tuteándose con la salú y con la felicidad, y al llegar la noche, ¡pataplún! mi gozo en un pozo; la mortaja y cuatro velas, y una misa, si hay quien la pague.

La conversación fué interrumpida por el rumor producido por la caja al ser sacada del coche por los enterradores.

Juanillo metió el hombro como sus compañeros, y la comitiva dirigióse lentamente hacia uno de los patios de zanjas.

El recinto apenas si tenía algo de fúnebre en aquellos instantes. El sol inundábalo todo, decorando con su intensa luz los blancos mausoleos, de elegantes cúpulas, enhiestas cruces y arcángeles de abiertas alas; el obscuro ramaje de los árboles, donde algún que otro pájaro píaaba alegremente; el verde mus-

go que alfombra á trechos las angostas alamedas, y la cercana perspectiva que desde allí se contempla con sus rojizas laderas, sus graciosos caseríos y su horizonte, en aquellos momentos radiante y luminoso.

Cruzó el cortejo por entre los suntuosos panteones, turbando con sus pasos la solemne quietud, y á poco deteníase al borde de una zanja recién abierta, donde se respiraba el vivificante vaho de la tierra caliente y humedecida.

Detúvose el cortejo—repetimos;—descansó el féretro al borde de la zanja, y mientras los enterradores se limpiaban el copioso sudor con el dorso de la mano unos y con la manga de la chamarreta otros, Curro Cárdenas quitó la tapa que cubría el cadáver y el pañuelo colocado sobre el semblante.

Todos los concurrentes al acto arrojaron sobre éste una última mirada.

—Probetica, y qué desfigurá que se ha quedao—exclamó Curro con voz sentida.

Juanillo posó sus ojos indiferentes sobre el cadáver; pero al ver á éste, al ver su rostro afilado, su color de marfil viejo, su pelo

negrísimo, que se le desbordaba en enmarañadas guedejas sobre la almohada, sus labios lívidos, que dejaban al descubierto la preciosa dentadura; al ver á la muerta, repetimos, reflejó su rostro amarguísima sorpresa y— ¡Lola!—exclamó con voz de rudas inflexiones, acercándose bruscamente al féretro.

Cubrió de nuevo la faz de la difunta el representante de la familia con el blanco pañuelo; cerróse la caja, y momentos después era ésta izada por los hercúleos brazos de los enterradores sobre la abierta fosa, mientras en la comitiva comenzaba la dispersión de los menos obligados y el capellán, cumplido su deber, se alejaba con paso lento.

—¡Con cudiao!—gritó Juanillo con aire amenazador á uno de sus compañeros al verle aflojar bruscamente la cuerda, y

—¡Con cudiao!—repitió mirándolo iracundo, al ver chocar el féretro contra uno de los ángulos de la zanja.

—Pos no estás tú mu melindroso que digamos—exclamó aquel en tono de zumba.

Juanillo cogió sombríamente el azadón,

llenólo de tierra y soltando de nuevo se alejó algunos pasos.

—Vamos, hombre,—le dijo uno de sus compañeros—jecha tierra pa que arrematemos pronto.

Juanillo se hizo el distraído, y cuando ya se hubieron alejado todos, cuando se encontró á solas, sentóse en un extremo de una losa, posó triste y grave los ojos en la tierra recientemente apisonada, y

—¡Probe Lola! —exclamó con acento ronco y meditabunda expresión.

Y al conjuro de aquel nombre, recordó aquel día en que vió por primera vez á Lola, á Lola derramando á puñados la gracia, la juventud y la hermosura. ¡Cuán bien lo recordaba todo! Era un domingo por la noche; habíase ido adornado con su ropa de lujo al *Zazo*, no á bailar, sino á tomarse dos copas y á ver bailar á las mejores hembras del barrio; cuando llegó estaba aquello que no había donde echar un alfiler; ¡cuántas mujeres lucían allí su garbo, sus crujientes vestidos de percal, sus pañuelos de vistosos colores y su pelo orlado de flores!

El aire que se respiraba allí acalenturaba la sangre; él se sintió al respirarlo como con sed de bulla y de amoríos y de algazara, y se bebió más copas de las que se había propuesto, y de pronto se tropezó con Lola en medio de aquella multitud; la vió balancear voluptuosamente su cuerpo en brazos de un hombre de gallarda apostura al compás de de la música.

Recordó lo que sintiera á la vista de aquella mujer; recordó sus horas de ronda tenaz, de constante asedio al ídolo; las noches que pasara en vela llorando sus desprecios, y recordó también la frase aquella con que Lola hubo de poner fin á sus pretensiones, aquella palabra que un día le escupiera, sí, que le escupiera; aquella palabra con que anatematizara su oficio, su honrado oficio, el que heredara de su padre y el que él legaría á su hijo, si alguna vez llegara á tenerlo.

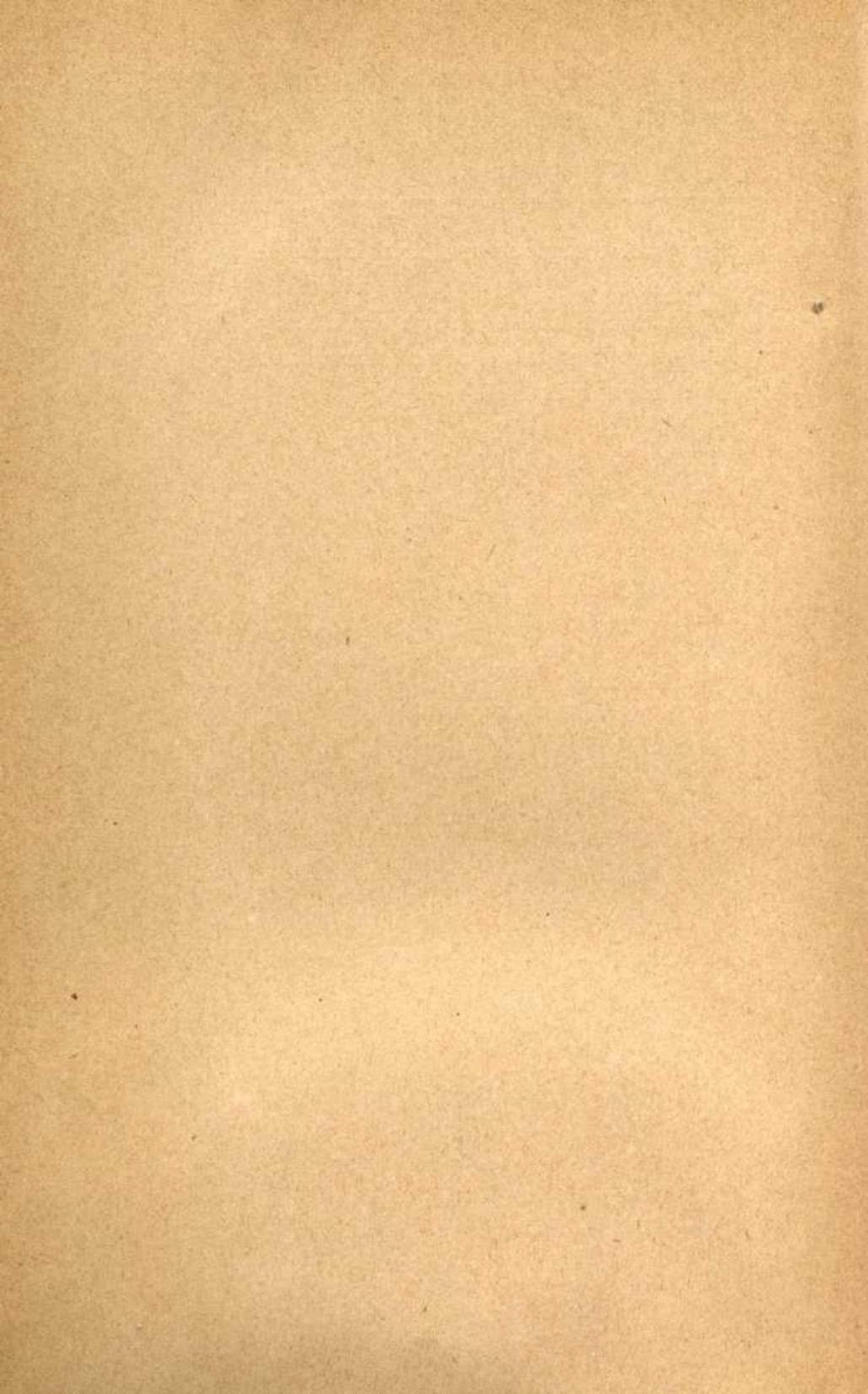
Y recordando aquella época de su vida, al pensar que ya estaba á sus pies bajo tierra la única mujer á quien había querido, sintió que se le humedecían los ojos, y exclamó con

---

sordo acento, al par que se alejaba cabeceando tristemente:

—¡Quién le iba á decir que iba á ser yo uno de los encargaos de echarle tierra encima de su carita morena!





**La niña de los Claveles**





Cuando el *Zurdo* y el *Campechano* penetraron en el hondilón del *Pipirigaña*, antojóseles un oasis aquel á modo de túnel flanqueado de renegridas cuarterolas, de muros enormes y enormes pilares, todo húmedo y sombrío y resguardado del sol estival, en la puerta, por amplísimo cortinón encarnado.

Cuando nuestros dos *punto y coma* hubieron cruzado el dintel, quitáronse los airosos *paveros*, se limpiaron el copiosísimo sudor y

—Vaya un diíta, camará, vaya un diíta — exclamó el *Zurdo*, respirando á pleno pulmón el fresco ambiente de la taberna.

—Oye, tú—dijo, dirigiéndose al tabernero el *Campechano*;—á ver si nos lleva ahí dentro una miaja de petrolio con que nos alivie-mos este terral que se nos ha metido en la sangre.

Momentos después, y tras haber apurado algunas copas de un aguardiente capaz de pegarle fuego al cielo de la boca de cualquiera, exclamó el *Zurdo* dirigiéndose á su amigo:

—Y ahora que ya nos hemos refrescao el paladar, vamos á ver si yo me entero de lo que le ocurre al mejor mozo de España.

—Pero si lo que á mí me ocurre lo saben hasta las golondrinas.

—Eso que saben hasta las golondrinas lo sé yo también y no trino en ningún alero; y lo que yo sé es que has querío meter la pata en el noviajo de Juan con la *Niña de los Claveles*; por cierto que no me explico yo, camará, de qué se ha enamoraó esa *gachí*, porque lo que es el mozo tié por cara un cólico, y cuando habla parece que estornuda, y cuando no habla parece que le han cor-tao el estornudo.

—Pos ahí verás tú; es que yo soy más desgraciado que el *Postigo de San Agustín*.

—¿Que tú eres desgraciao? Pos si tú, camará, eres primo hermano de la buena fortunilla; pos si á tí te echó tu madre al mundo hasta sin dolores, pa no tener que quejarse y que no te molestara el ruido; y si no, ven acá, desagradeció de Dios, ven acá y dime qué es lo que á tí te hace falta. Tú eres un mozo con los años en la boca entoavía; con un postín, vaya, con un postín de príncipe, manque no esté bién que yo te lo diga; y además eres bueno, y tiées coraje; y dos manos para eso de la ebanistería que son dos primores; además tiées un corralón en la calle de la *Puente*, que te mete, que quieras ó que no, cuatro *lúgan*as tó los días en la faltriquera, y además de eso toas las mejores mujeres del mundo están por tí con el alma en un hilo y con el corazón en un ay; con que ya ves tú, mala hora, cómo si te quejas, te quejas de vicio y porque te ha dado por quejarte como te pudiera haber dado por salir por seguirillas gitanas.

Y el *Zurdo*, satisfecho de lo redonda que le había salido la plática, apuró otra copa de aguardiente, limpiándose después el negroísimo bigote con el dorso de la encallecida mano.

—Esos son los cristales con que tú me miras—repúsole el *Campechano* con voz ronca y apenada—los cristales con que tú me miras; pero manque fuera verdad tó lo que tú me dices, ¿de qué me sirve á mí eso? Ya ves tú lo que me ha pasado con *la de los Claveles*.

—Pero, ¿qué ha sido lo que te ha pasado á tí con ese portentoso?

—Pos tú verás; ya sabes tú que esa jembra es pa mí la *Consagrá*, y lo es porque tiene una cara que mete miedo de bonita, con dos ojos negros que son dos rayos que me partan y una mata de pelo negro que cuando lo suelta no puede andar porque se le enreda en los tobillos, y una boca que sin moverse muerde en el corazón al que la mira, y un cutis que me río yo de toíto el terciopelo del mundo, y un pecho que puede servir de andas pa la Custodia, y unos

remates que son dos púas de trompo minino y unos andares, y...

—Basta ya, hombre, basta ya por el amor de Dios, que se me está agriando el estómago y se me está secando la boca.

—Pos bien; el primer día que yo me tiré á la cara á esa *gachí*, que fué en casa de Jo-seito el *Cucurucho*, adonde estábamos convidados pa oír cantar á la *Pipiola*...

—Que por cierto que se trae la mar de infundios cantando esa mujer.

—Sí que se los trae; pos verás tú: cuando yo aquel día me tiré á la cara á la *Niña de los Claveles*, perdí el tarto, se me agiló el paladar, y me arrimé á ella, y empecé á arrullarla, y ella empezó á reirse y á timarse de golpe y porrazo y zumbío; y así íbamos entrando en el terreno de la verdad, cuando se nos arrimó Pepilla la *Belonera*, que tú sabes lo descará que es.

—Sí que lo es; y con muchísimo salero que tiene.

—Sí que lo tiene; pos bien, se nos arrimó la Pepa y se encaró conmigo, y como quien hace una obra de caridá, me dijo que esta-

ba haciendo un papel de estraza y que iba á quedar peor que el mismísimo *Fabones*.

Yo al principio tomé aquello á broma; pero luego agucé el sentío y ví que la de los *Claveles* se timaba con un ojo conmigo y con el otro con el *Boqueronero*, que estaba de palique con Lola la *Presumía*; y vi que el *Boqueronero* me miraba de una manera... de una manera, vaya, yo no sé cómo decírtelo, pero la verdá es que su modo de mirar me emberrenchinó la sangre; y como me la emberrenchinó, me alevanté, y ya alevantao le timé al mozo y me lo llevé al patio; y ya en el patio, por decirle algo, le dije que pa mirarme á mí se comprara unas gafas con los cristales ahumaos.

—¿Y qué te contestó el *Boqueronero*?

—Pos ná; agachó la cabeza, se fué á la calle, volvió á poquillo rato, se sentó otra vez á la vera de la *Presumía*, y cuando vió que yo lo estaba mirando, metió mano al bolsillo de la chaqueta y... chavó! entoavía se me enciende la sangre na más que de pensarlo.

—Pero, ¿que fué lo que hizo?

—Pos lo que hizo fué sacar unas gafas

con los cristales ahumaos y ponérselas y... suponte tú lo que pasaría.

—Ya me lo supongo, ó mejor dicho, de eso ya me enteré yo.

—Güeno, pos se armó la bronca, y nos separaron con las pecheras arrugás y con dos ó tres tendones encogíos, porque el gachó no es de to comer; y por cierto que no me lo he vuelto á tropezar, y quiera un *divé* que no me lo tropiece.

--Y eso, qué día fué?

—Pues eso fué el jueves; pero, ya verás tú, porque ahora entra lo bueno.

—¿Y qué es lo bueno?

—Pos lo bueno es que esta mañana, al pasar por la calle donde vive la de los *Claveles*, ví á ésta en la ventana puesta de tiros largos, y más graciosa que toíta España, y apenas me vió la *gachí*, me hizo señas de que me arrimara, y me arrimé, y no puedes figurarte tú lo que me dijo esa mala sangre de tóo el año.

—¿Qué fué lo que te dijo?

—Pues lo primero que hizo la señora fué amarrarme del tó, pidiéndome mi palabra de

hombre que yo haría lo que ella me pidiera, y no digo yo la palabra, el corazón le hubiera dao yo si me lo hubiera pedío.

—Ya me está á mí oliendo eso á chamusquina.

—Vaya; y tan á chamusquina. Suponte tú que así que me tuvo tó lo sujeto que la dió la repotenté gana, me dijo: Oiga usté, so buen mozo; ahora que ya me ha dado usté su palabra de hombre, que pa los hombres como usté es más firme que una escritura, ahora le voy á poner á usté boca arriba las cartas; y le voy á decir á usté, que desde hace más de un año estoy yo queriendo al *Boqueronero*, y el *Boqueronero* me está queriendo á mí, y nos estamos queriendo de contrabando, porque mi madre no puede ver á mi Juan ni en pintura; y el favor que yo quiero de usté es que cuando venga esta noche el *Boqueronero* á hablar conmigo por la reja, esta noche y la otra y toas las noches, porque yo ya he convencio á mi vieja, no meta usté la patita ni me dé usté otra desazón como la que me dió usté en casa del *Cucurucho*.

Yo, chavó, me quedé hecho una pieza, sin saber qué decir, y yo no sé si hubiera echao por una mala trocha; pero la *gachí*, que es más viva que un tiro, se me adelantó, y antes que hubiera podío pestañear siquiera, siguió diciéndome:

—Ya sé yo que las gentes dirán que estoy más loca que un cencerro, y que mi Juan no tiene ni una viga de donde ahorcarse, y que es más feo que un bayonetazo; y lo será, yo no digo que no, pero á mí no me lo parece y me gusta á rabiarse, y lo quiero más que á las niñas de mis ojos y más que á los huesos de mi cuerpo.

—¿Y entonces, por qué desde un principio no me dijo usted eso?—le pregunté yo, sin poder casi echar el habla, y mordiéndome la palma de la mano.

Cuando yo le pregunté esto, la jembra bajó los ojos y se puso más amarilla que la cera, y se echó casi á llorar, y casi llorando me dijo que tenía razón, que ella había hecho una picardía, pero que la perdonara, que cuando yo llegué á casa del *Cucurucho*, estaba ella peleá con el *Boquero*; que el *Boquero*-

*nero* estaba dándole *chingares* y celeras con la *Presumía* y que ella quiso vengarse, y que por eso estuvo timándose conmigo, pero que me pedía perdón y la mar de cosas; y vamos á ver ahora, ¿qué hubieras tú hecho en mi lugar, hombre, qué hubieras tú hecho en mi lugar?

— ¡Pues ná, lo que tú habrás hecho fijamente: decir que sí á tó y venirte en busca de un amigo á quien contarle tus penas. ¡Eso es!

— ¡Pues eso es! Y ahora, ¿qué hago yo?... Díme tú, ¿qué hago yo ahora?

— ¡Pos qué has de hacer!; tener paciencia y toser cuando te dé la rabia en el galiyo. ¿No te has dejao ya poner la camisa de fuerza, loco perdío? Pos si te la has dejao poner y has empeñao tu palabra de macho con esa *gachí*, no te queda más remedio que comer-te las yemas de los dedos y darle al tiempo lo que es suyo, y esperar á que se lleve en el pico ese grajo á esa paloma torcaz y á que se jarte de sus grazníos la paloma, y á que un día te levantes con la buena fortuna de cara y...

---

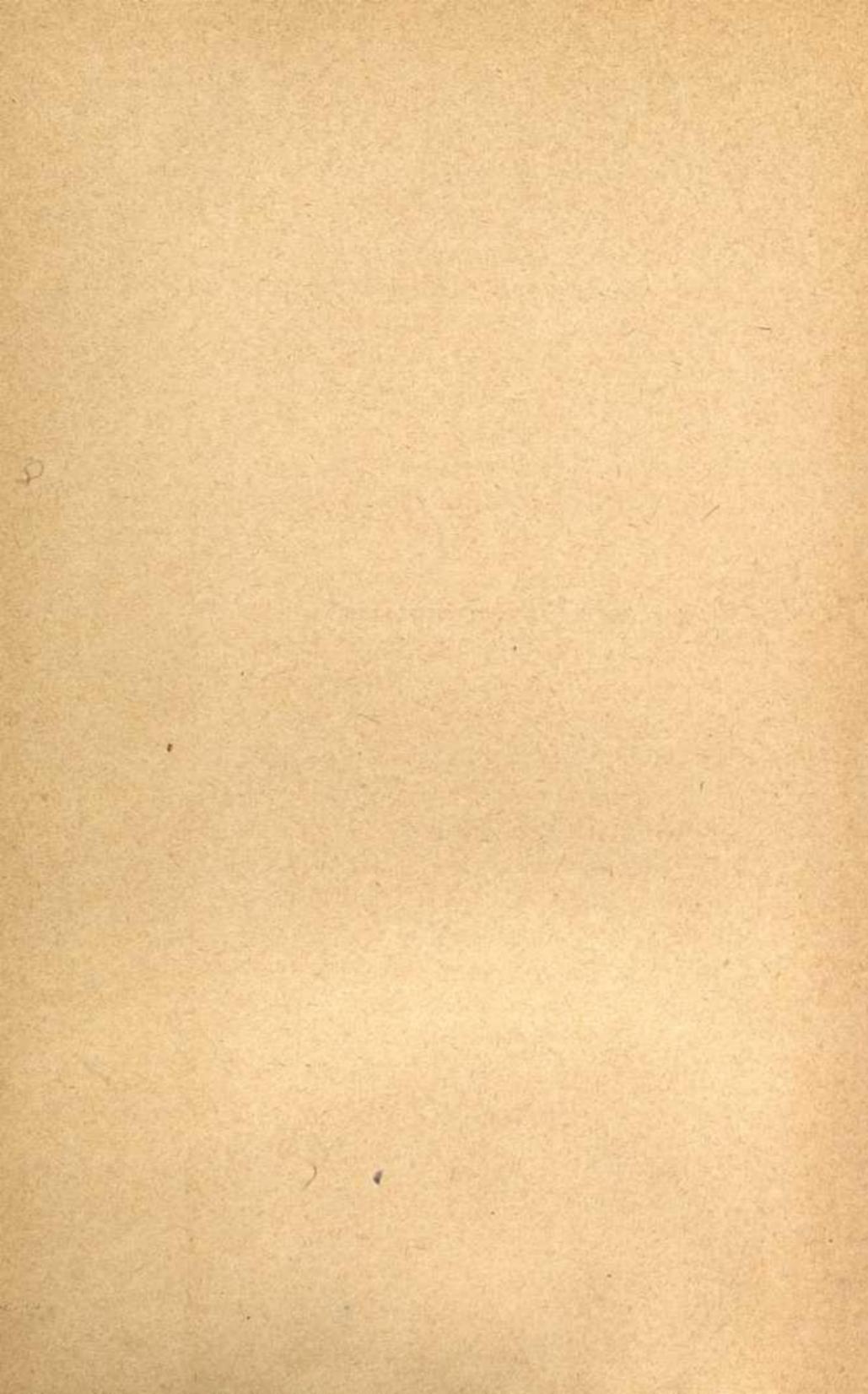
Y no dijo más el *Zurdo*, sino que repique-  
teando diestramente los dedos, cantó con  
ácento ronco, y dulce y sugestivo:

Dále, *gachó*, tiempo al tiempo  
que si no el tiempo se enoja:  
que es posible que otro trille  
y que tú el grano recojas.





**Una partida serrana**





La tentación, luciendo sus más espléndidos ropajes, habíasele aparecido á Carmen la *Gitana* diciéndole con persuasivo acento:

—No seas tú lila, mujer, no seas tú lila; el señor Juan el *Cano* tiene más monedas de cinco duros que poros tú en tu graciosísima persona, y estarás con él como los propios ángeles, y tu boca será medida, y por peras que pidas tendrás perales, y en cambio Pepillo el *Cacaratusa* es un dislocao de toas las articulaciones; verdad es que el primero peina canas cuando descuida el tinte, pero no es mal mozo, y tiene arranque y cartel, y muchas tan buenas como tú darían esto y lo otro y lo de más allá, por embragarlo á su

varilla; y además, que con el *Cacaratusa* no se va á ninguna parte, porque ese *gachó* es un *Viva la Virgen* y un furgón de cola cargadito de malos procederes y un hombre, en fin, que en cuanto se le seque el árbol que le da sombra *parma* de *gazusa*, ó va á tener que merendar tan solamente cuando se dé de cara con algún alma caritativa.

Y cuando la tentación callaba, incorporábasele en el pecho la simpatía que desde hace años atrás hubo de sentir por Pepe, y le gritaba con voz un tanto imperiosa:

—¿Y qué va á ser del *Cacaratusa* cuando tú lo dejes por un puñado de pesetas llenas de pringue? El *Cacaratusa* será un *Viva la Virgen*, un furgón de cola cargadito de malos procederes; pero el *Cacaratusa* es el primer hombre que te supo acalenturar la sangre, y el *Cacaratusa* no tendrá los *parneses* que el *Cano*, pero ¿á dónde va el *Cano* por sus ojos, ni por su carita morena, ni por el garbo de sus andares, ni por sus hechuras, ni por su gracia en el decir, ni por sus méritos cuando canta?

Y en esta lucha estaba Carmen, sentada

en el patio, contemplando sin ver el carcomido y limpio brocal del pozo, sobre cuyo borde trasudaba el renegrado cubo en cristalino goteo; el enorme lebrillo sobre el cual la tía *Perdigones* retorció, no sin retorcer su cuerpo al par, la ropa recién lavada; la sucia balastrada de madera del piso superior, y las verdes ramas de la higuera que destacábanse radiantes de luz y color iluminada por los matinales destellos.

Y no sabemos cuánto tiempo hubiera permanecido absorta en sus meditaciones, á no salir al patio, ligera y riente, arrastrando con acorde rumor las rotas chinelas, al aire los atezados brazos, juvenil y hermosa, gallardísima y despeinada, Pepa la *Quinquillera*, la cual, al ver á Carmen tan abstraída, díjole sonriendo irónicamente:

—¡Chavó, niña, y qué perfil! ¿Es que te vence hoy alguna hipoteca?

—No es mala hipoteca la que me vence; lo que tengo es ya la cabeza loca, pero loquita del tó de tantísimo cavilar.

—Pos yo tú, maldito si me daba tormento.

—¿Y qué sería lo que tú harías en mi lugar?

—Pos yo, ponerme el corazón en la palma de la mano y dejarlo que tirara por donde fuera más de su gusto.

—El corazón es un mal delantero, Pepilla, pero mu mal delantero.

—Sigún y cómo; yo, hija mía, como quiero mejor hambre á gusto que pan con desazones... Pero, en fin, en eso cá uno piensa como piensa, y de tó ha de haber en el mundo, lo mismo barrigones que estrechos de cintura, y sobre tó, que más sabe el loco en su casa que el cuerdo en la ajena.

Y diciendo esto se alejó Pepa, canturreando dulcemente:

Por toito el oro del mundo  
yo no te vendo, serrano;  
que pa mí el oro no es oro  
si no viene de tu mano.





El *Cacaratusa* estaba desesperado; no era para menos. Lo que el *Cano* iba á hacer con él era una perrada que estaba pidiendo á voces una puñalada en mala parte. ¡Ganarle por dineros la niña de sus ojos, la alegría de su corazón! Aquello era una infamia del *Cano*, de aquel hombre á quien él había respetado siempre como si fuese la Custodia; de aquel hombre que se decía el mejor amigo de su padre, y aquel hombre era el que iba á meterle hasta el mango el cuchillo en el pecho, y él tendría que agachar la cabeza y que beberse sus lágrimas; no, y cien veces no: él iría á verlo, él le pediría con muy buenos modales que no le quitara su rosa

de Alejandría, él se lo suplicaría de rodillas si fuese preciso, y si el hombre se emperraba en arrancarle las entrañas, oh, entonces él le probaría que no es necesario haber salido de quintas para saber jugarse el corazón hasta con el lucero del alba.

Y pensando esto dirigióse nuestro protagonista al Mercado, penetró en aquel á modo de dédalo flanqueado en todas sus vías de puestos de frutas y verduras, de reducidos cafetines, de puestos de recoba y de pequeñas carnicerías, sobre cuyos sucios mostradores de mármol goteaban sangre los destrozados perniles de vaca; cruzó por entre la resonante y abigarrada multitud que discurría en animado bulle bulle por todo el recinto, y sin parar mientes en el brioso vocear de los vendedores, en el preñado de amenazas disputar de los arrieros, llegó á donde el señor Juan, con el amplio *cordobés* tirado atrás, desabrochado el cuello de la camisa y desabrochado el chaleco, para dar toda la amplitud necesaria al crecido abdomen, dictaba con voz ronca las más oportunas disposiciones para la mejor colocación de sus mercancías.

El *Cacaratusa* sintió flaquear un tanto su entereza á la vista del *Cano*, y tal vez hubiera desistido por lo pronto de sus propósitos, á no haber sido interrogado por aquél, el cual, al verlo, le preguntó, al par que se limpiaba la sudorosa frente con un enorme pañuelo:

—Pepillo, qué es lo que por aquí te trae? ¿Es que vienes á comprar habas con chícharos?

—No, señor; es que si usted me lo permite, yo quería hablar con usted dos palabras—repúsole el *Cacaratusa* con acento trémulo.

—Pos sa menester que te esperes una hispilitilla á que yo arremate.

Y esperóse Pepe, y diez minutos después preguntábale á éste el señor Juan, después de apurar de un trago una copa de *Yunquera* en la taberna del *Zurdo*.

— Con que vamos á ver, chaval; vamos á ver qué es eso que tú tiées que decirme tan en secreto.

Pepe tragó saliva, y después, con acento lleno de temblores, exclamó:

—Señor Juan, usted me perdona, pero usted

sabe mu bien que Carmen la *Gitana*, es pa mí la consagrá; que yo á esa *gachí* la quiero más que á Dios; eso lo sabe usté, señor Juan, ¿verdá que usté lo sabe?

—¡Vaya!

—Pos bien—siguió el *Cacaratusa*, con voz honda y sentida;—pos bien, á mí me han dicho que usté, usté, un hombre á quien yo siempre he mirao como con lentes, un hombre á quien yo siempre he respetao y he querío; usté, el más mejor amigo de mi padre, en fin, quiere y piensa quitarme la única flor que yo me he trompezao en las vereítas del mundo.

El señor Juan sonrió irónica y bondadosamente, y dijo al par que sacaba la enorme petaca:

—Hombre, te diré; eso de quitarte yo lo que tú dices que es tuyo, no me lo he propuesto, y yo nunca tomo ná contra la voluntad de su propietario; es mu verdá que á mí Carmen la *Gitana* me gusta, ¡vaya si me gusta!; pero si esa *gachaíta* te quiere á tí, pos está más claro que el sol que nos alumbrá que no me querrá á mí, y que esta noche

cuando me arrime á su vera pa que me conteste—porque has de saber tú que es esta noche cuando me tiene que contestar—pos cuando esta noche, te repito, me arrime á ella, me mandará á buscar espárragos en la sierra ó á jacer puños pa joces.

—¿Y si no lo manda á usté á jacer puños pa joces?

—Pos si no me manda á jacer eso, entonces es que tú le importas á ella lo que á nosotros la torre del *Tiro*; y en ese caso, soy yo el que se cuelga á la bandola esa palomita blanca, y tú, en vez de afligirte y de mirarme con los ojitos atravesaos, me deberás vivirme eternamente agradecío.

—Pero si es que yo no puedo consentir que nadie mire tan siquiera á esa mujer tan y mientras el cuerpo me jaga sombra—exclamó el *Cacaratusa* contemplando á su rival con decidida y sombría fijeza.

—No eches por ese camino, chaval; que por ese camino no se llega nunca conmigo á buena parte; yo, porque sí, porque me lo pide el cuerpo, porque te estimo, porque te he visto en pañales y no fué una vez sola la

que me llenaste de papilla la americana, te voy á jacer una proposición.

—¿Y qué proposición va usted á jacerme?

—Pos mira, yo esta noche, cuando me arrime á la *Gitana*, no le daré *coba* mucha ni poca, no le preguntaré más que si son pares ó si son nones, y si me dice que nones, yo mismito trabajo la partida con tu padre pa que éste te premita casarte, y yo te nombro mi tiniente general en el Mercao, y además te regalo cien *machacantes* pa los dulces del casorio.

—Muchas gracias; pero ¿y si dice que pares?

—Pos si dice que pares es que no quiere que sean nones, y entonces soy yo el que se casa, y tú no tendrás ni una chispitilla de aprensión si se te engurruña el ombligo.

---



### III

—Eso sa menester que tú me lo digas delante del *Cacaratusa*, pa que el *Cacaratusa* se entere, y aluego que se entere alevante ya de una vez el vuelo y no vuelva más por el palomar de mi gusto.

Carmen palideció densamente, quiso detener al señor Juan, que se había dirigido hacia la esquina, pero no pudo conseguirlo, y á poco, pálida y trémula, inclinaba los ojos ante los centelleantes y tristes de Pepe, que le dijo con voz sorda:

—Mu buenas noches, Carmen; me ha dicho el señor Juan que estás decidía á casarte con él, y yo quería que me dijeras tú si eso es asín con tu boquita de coral.

Carmen permaneció silenciosa, sombría, con los ojos bajos y deshaciéndose los largos flecos del pañuelo encarnado de crespón que se atersaba sobre su arrogantísimo seno.

Pepe, al ver su silencio, se clavó las uñas rabiosa y desesperadamente en las palmas de las manos, y díjole con voz ronca:

--Mira, Carmen, que el que calla otorga.

Y Carmen continuó silenciosa é inmóvil, y el *Cacaratusa* exclamó tras breves instantes de horrible incertidumbre:

—Está bien, ya estoy respondiéndole; quédate con Dios, y que Dios no te lo tome en cuenta; y usted, señor Juan, quédese usted también con Dios y que sea usted mu dichoso.

El *Cano* contempló irónica y compasivamente al muchacho, y cogiéndole por un brazo le preguntó con voz cariñosa:

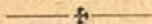
—¿Estás ya convencido de que esa jembra no te quiere á tí el canto de un pelo? ¿Estás ya convencido de que valen más cinco duros que toíta una primavera?

—Sí, señor Juan, estoy ya convencido.

—Pos eso es lo que yo me había propuesto, mejor dicho, lo que se había pro-

puesto tu padre; y como ya ná tenemos que jacer aquí, podemos dirnos, que ya volveré yo pa lo del casorio cuando refresque el tiempo, porque lo que es ahora no me atrevo yo á dir á la parroquia con la calina que jace.

Y tras dar las buenas noches el viejo, con la voz más melosa del mundo á Carmen, alejóse cogido del brazo del *Cacaratusa*, mientras aquella se mordía los labios con ira reconcentrada y se arrancaba los largos flecos del pañuelo de crespón que se le atersaba sobre el arrogantísimo seno.





**Cosas de hombre**





Cuando el tío *Pizarroso* llegó á su casa, las sombras empezaban á invadir el á modo de embudo formado por los montes, en cuyo fondo blanqueaba el edificio, al borde de una cañada llena de piedras enormes y espesos macizos de adelfas.

—Pos di tú que te has dormío en un *cajorro*—exclamó la tía Tomasa al ver llegar al legítimo dueño de su orondísima persona.

—Pos no me he dormío, ni tan siquier he estao á dormivela.

—Pos entonces habrás estao de picos parados en algún abrevaero del monte.

—¡No ha sío malo el abrevaero!

—Pos entonces, ¿áónde te has metío, alma condená?

—Pos en ninguna parte: una miaja que me entretuve en la encrucijá del *Tomillo* con Juan el *Rumboso* y *Toñico* el *Pastañeta*, y... ¡arza pa entro, *Pimentona*, arza pa entro!

Y esto lo dijo asestando una cariñosa pal-malda en una de las poderosas ancas á la mula, á la cual habíale quitado el aparejo mientras hablaba.

La cabalgadura, á la cariñosa insinuación, tomó lentamente el camino de la cuadra, mientras el *Pizarroso* sentábase sobre un capacho, junto á su hermano el *Totovías*, un viejo enjuto y grave que entreteníase en hacer tomizas para los usos domésticos, mientras el porquero, un rapaz greñudo y andrajoso, contemplaba con famélica expresión, desde la puerta, la gran olla que hervía sobre las enormes trébedes de hierro en la chimenea.

—Y ¿qué es lo que dicen el *Rumboso* y el *Pastañeta*? ¿Tantas cosas tenáis que contar, que si se entretienen ostedes una miaja más volvéis tóos á vuestras casas con barbas corráis?

—Y dale, mujer, dale, no seas asina; si

me he entretenío ha sío por decirle al *Rumboso* con toas las veritas de mi alma y con tó mi metal de voz: «¡Ole con ole por los hombres machos con toas las de la ley!» ¡Vaya sí es una prenda el viejo! ¡Y con un corazón más grande que una cantera!

—Y eso ¿poiqué? ¿Te ha regalao alguna vestiura pa el *Corpus*?

—No, señora, que lo que ha jechito vale más que tó eso; el *Rumboso* ha puesto esta tarde su bandera en lo más artico del monte.

—No es una noveá en él; ¡ese es de los que siempre se la han traío!—exclamó con voz gutural el *Totovías*;—pero, á la fin y á la postre, dinos ya lo que ha jecho, que la olla mos espera gruñe que te gruñe.

—Pos ha jecho lo que sus voy á contar. Figúrense ostedes que Rosalía, la del cortijo de la *Embocaura*, que es un pasmo de bonita y que tié un cuerpo que es una parma...

—¡Una parma! Un parmito, ¡más ropa que carne!—dijo con tono desdeñoso la tía Tomasa.

—¡Eso ya sus lo dirá el *Pastañeta* cuando se case con ella!

— ¡Pos no estás tú mu atrasao de noticias! Rosalía ya no se casa con el *Pastañeta*, porque se le ha cruzao en el camino ese que dices tú que es una prenda.

— A eso voy, mujer, á eso voy; es mu verdá que el *Rumboso* se le cruzó en el camino, y que, como el hombre tié más fanegas de tierra que nozotros abejas en los panales, al padre de la Rosalía, que es un agonioso, la avaricia se le puso de pie, y cogió á su hija y le dijo que como gorviera á mirar á *Toñico* les iban á caer cataratas en los ojos á dambos, y que era menester que se pegara manque fuera con liria una sonrisica en los labios pa cuando hablara con el viejo; y la muchacha no entendió de chiquitas, y cuando se le puso á tiro el *Rumboso* se le echó á llorar, y le dijo que lo que quería jacer con ella era una picardía; que ella no podía peinarse ni despeinarse en el mundo más que pa su *Toño*; y tan y mientras ella le decía esto al señor Juan, el otro andaba diciéndole á grito pelao á tó el que lo quería oír que no había de parar hasta sembrarle al viejo una almáciga de plomo en el

corazón, ó el jierro de su cuchillo en la mismísima boca del estómago.

—Y eso era lo que se merecía por dir á meter la pata en unos güenos quedeles, valiéndose de que el padre de Rosalía es un «tó pa mí» de cuerpo entero y *Toño* es un probetico desmamparao.

—Tú no estás bién enterá, Tomasa; en estas cosas sa menester ajondar pa verles el fondo. Cuando el hombre se prendó de Rosalía, cuasi naide estaba enterao de esos quedeles, poique se querían de contrabando; y lo que pasó fué que el *Rumboso*, que jacía ya cinco años que no veía á la muchacha, se la topó una tarde en el pueblo, y al hombre se le reverdeció la sangre, y el hombre está más sólo que una esparraguera, y la zagala es güena y es bonita, y el hombre no sabía ná de sus amoríos; y cuando el hombre se enteró, ya él le había hablao al de la *Embo-caura*, y ya el *Pastañeta* andaba de atajo en atajo aconsejándole que se pusiera bien con Dios y que jiciera testamento.

—¿Pero es que no vas á acabar nunca?  
¡No ves que se va á pegar la olla!

—Ya arremato. Pos bien, esta tarde, miajita antes de que yo llegara, el *Rumboso*, que iba pa el lagarillo del *Zegrí* montao en su *Ceniciento*, que es un jaco que vale un millón, al dir á dar la vuelta al olivar del *Tardío*, se topó manos á boca con el *Toño*, que estaba acechándolo entre las pitas de la linde.

Naturalmente, al echárselo á la cara, el señor Juan se comió la partía, poique estaba al cabo de la calle en lo tocante á las bocanás del otro; pero el hombre, que es prudente, se jizo el lila, y no hubiera chistao tan siquiera si el otro no se le hubiera atravesao en el camino, con la escopeta montá en la mano, diciéndole que se apeara pa hablar de la Rosalía.

Y miá tú lo que son las casolidades; en aquel mesmísimo momento desemboqué yo en la encrucijá, poique esto que yo sus he contao, esto lo sé yo por boca del *Rumboso*.

—Y no acabarás, y la olla gruñe que te gruñe.

—Ya acabo, jambrón, ya acabo. Pos bien, yo, al ver aquello, miré por si encontraba

un boquete por donde colarme, pero el señor Juan, al verme llegar, me gritó riéndose:

—No te vayas, *Pizarroso*, no te vayas, que me conviene que veas la corría.

Y diciendo esto, saltó en tierra con la misma agiliá con que yo saltaba en mis moceáes, y endispués de jecharle las riendas sobre las crines al *Ceniciento*, le dijo á *Toño* al mesmo tiempo que se iba pa él:

—A ver si bajas ese juguete, chaval, poi-que si se te va el tiro y güelo la pólvora, no vas á volver á estornuar en toa tu vía.

—Coja osté la suya, mostramo, cójala osté, poi-que esta tarde me queo con osté, ú osté se quea conmigo.

Y esto se lo decía el *Pastañeta* reculando, jaciéndole puntería, con la cara del color de la gayomba y con los ojos espaventáos.

—¡Yo qué he de quearme contigo! Yo no mato volantones.

—No se acerque osté, y coja osté su escopeta; mire osté, mostramo, que hoy le jago yo á osté yesca el pecho.

Y entoavía no había arrematao de icirlo,

cuando le dió gusto al deo, y ¡púml ¡vaya un berrío que dió la vizcaína!

—Y qué, encarnó?

—Un plomo en un brazo na más, un plomo perdiguero; pero, camará, yo no he visto hombre más vivo ni más bravo que el *Rumboso*; entoavía no se había arrematao el estampío, cuando la escopeta de *Toño* y el cuchillo que éste había sacao estaban en la cuneta, y *Toño* en el suelo, sin poer mover un remo, tan y mientras el señor Juan le decía con acento enfureció:

—Eso que tú has jecho no se jace; los hombres no pelean sino como Dios manda; ¿y si yo ahora te diera lo que te mereces?

—Démelo osté; máteme osté, mostramo; máteme osté, poique si hoy me ha faltao la puntería otro día me pué no faltar....

—Anda y alevantáte, y vete, y otra vez no jeches tanta pólvora, poique con tanta pólvora no se le da un tiro á un cerro.

Y diciendo esto, él mesmito alevantó al *Toño*, y le volvió las espaldas, tan tranquilo como si detrás tuviera una pareja de la benemérita.

—¿Y el *Pastañeta*?

—Pos el *Pastañeta* se queó mirándolo y mirándome como atontao; endispués recogió la escopeta y el cuchillo, y de pronto, cuando ya el *Rumboso* iba á montar, tira las jerramientas y se va pa el viejo, y baja los ojos, y le dice como si de pronto se hubiera vuelto tartamúo:

—Mostramo, perdóneme osté; pero yo estoy loco, yo estoy desesperaíto; yo soy un probe, yo no tengo más calor en el mundo que mi Rosalía, y quitarme á mí mi Rosalía es sacarme el corazón del pecho, y es darme garrote vil, y es...

Y al decir esto, se le llenaron los ojos de lágrimas como puños; y miren ostedes, á mí tambien se me mojaron las parpagueras, poique la verdá es que aquello lo dijo el mozo de un móo... Ya ven ostedes cómo lo diría, que el *Rumboso* le tendió la mano y le dijo:

—Peazo de bruto que eres, ¿poiqué no has hablao asín antes? ¿No comprendes tú que desde el punto y hora en que tú quisiste que me fuera á rumbo de valentía, yo no

podía dirme, y que necesitaba antes de dirme probarte á tí y á tó er mundo que me iba poi que me daba la gana, poi que yo no le hago á naide estorsiones, y además que yo no estoy tan loco que quiera casarme con una jembra prendá de otro hombre? ¿Tú no comprendías eso, peazo de bruto que eres, tú no lo comprendías?

Y ná, que se dieron las manos, y que se fué *Toño* y que yo acompañé un ratico al *Rumboso* y que me he venío tó el camino diciendo: «Ole con ole por los hombres machos con toas las de la ley», y lo he venío diciendo con tó el metal de mi voz y con toas las veritas de mi alma.

Y momentos después humeaba el sabroso contenido de la olla en el enorme barreño donde la hubo de volcar la tía Tomasa, y sentábanse todos alrededor de la reducida mesa, á la oscilante luz de un enorme candil suspendido del alero de la chimenea, donde entre ramos de verde romero brillaban, como si fuesen de oro, las grandes calderas y los limpísimos peroles.

## **El arranque del Galigardeta**





## I

Era el *Galigardeta* un buen hombre, bueno desde la punta del encanecido pelo á las de las caladas punteras de los brodequines, y por ende casi un buen mozo, á pesar de haber perdido la negrura, otras veces brillantísima, del cabello, la tersura, un tiempo aterciopelada, de la tez y las elasticidades años atrás maravillosas de sus músculos.

No obstante estas partiditas serranas de los años, daba gusto verle, que se le veía casi siempre sentado en la puerta de su barbería, limpio, risueño, atildado, luciendo la gallarda persona donde empezaba á marcarse la curva abdominal más de lo que la

estética ordena; el redondo semblante de ojos azules, en los que, rezagada la juventud, vertía sus últimos resplandores; el pequeño bigote, ya matizado por las primeras escarchas, y la blanquísima dentadura, que diera envidia á más de una y á más de dos divinidades del distrito.

Además de todo lo expuesto era nuestro héroe la quinta esencia, el no cabe más en lo que respecta á finura de modales, á mansedumbre de espíritu, lo cual le hacía ser mirado con cierta desdeñosa conmiseración por los que, por aquel entonces, tenían puesta cátedra de duros de corazón en el barrio de la *Goleta*.

Era lo cierto que ya había llegado nuestro hombre á los cincuenta años, sin que nunca hubiera tenido necesidad el barquito de su vivir á gusto, de arribar á las costas de las grandes desazones, en compañía de Pepa, su mujer, una exbuena moza que, según afirmaban, era almíbar y esencia de romero, y de Manuel, su hijo, el chaval más gracioso y con más coraje de la tierra de los boquerones, cuando hubo de cogerlo una

turbonada de Levante y tocóle la quinta á Manuel; y como andaban levantiscos y peleadores los betuneros de la manigua antillana, allá fué exportado el mozo, llevándose para allá en la mochila las alegrías de sus ilustres progenitores.

La mañana en que sacamos á relucir al *Galigardeta* era una de las muchas espléndidas con que nos obsequia nuestros inviernos; el sol, penetrando en la barbería, iluminaba regiamente los espejos de antiquísimos marcos de caoba; los reducidos tableros de piedra empotrados en el muro y cubiertos de limpios cachivaches de porcelana; los antiguos y lustrosos asientos; las viejas banquetas forradas de descolorido yute; la primorosa jaula, donde un canario deshacíase en alegres y sonoros trinos, la guitarra, adornada en el mástil con cintas de ya mustios colores, muda desde la partida de Manuel, y los grandes anuncios de taurómacas fiestas que decoraban las paredes.

Ensimismado y sombrío estaba el *Galigardeta*, cuando penetró en la barbería el *Calderero*, gitano distinguido, soguillero de

profesión y el más famoso cantador de guajiras y soleares de toda la tierra baja.

—Güenos días—exclamó éste al penetrar en el establecimiento, echándose hacia atrás el un tanto mugriento *sevillano*, y limpiándose la frente con un pañuelo que hubiera podido pasar por una colcha camera.

—Güenos te los dé Dios, y á mí no me orvíe.

—Vaya un diíta, *chavó*, pa un repique con una *gachí* de *órdago* en lo más jondo de un precipicio.

—¿A onde vas tú con tus huesos, que están ya jechos badanas?

—¡Várgame un *divé*, que tiées malas intenciones! ¿Y qué te pasa á tí hoy, que tiées la cara que no es cara, que es un puñao de virutas? ¿Has tenío carta de tu *chorrel*?

—Carta he tenío.

—¿Y qué te canta ese potro sin se-  
rreta?

—Que, Dios mediante, dentro de tres semanas lo tendremos aquí, con más cruces en el camisolín que tiés tú hormiguilla en la dentaura.

—Pos, camará, entonces, ¿á qué viene el empalmar las cejas y el arrugar el frontis?

—Velay tú lo que son las cosas; aquí aonde me ves de cuerpo entero, tengo la sangre más negra que el jollín, y que el betún, y que el jumo de pez y que la tinta china.

—Se te ha orviao la jiel de los calamares.

—Güeno, pos añidele la jiel y entoavía farta algo.

—Pero *camará*, ¿que es lo que á tí te pasa?

—Pos lo que á mí me pasa es que al *Garañón* se le ha puesto en la sesada llevarle el purso á mi Manuel en sus quereles con Rosario, y eso no puée ser, ni este cura lo puée consentir.

—Pos valiente cudiao me daría á mí que lloviera estando yo bajo techao; ¿á tí qué te importa que ese mal *arate* se salga por peteneras en tanto y cuanto la chavala no le lleve el compás con los brodequines?

—Es que tú no sabes de la misa la media; es que Paco Córdoba no ve más que por los ojos del *Garañón*, y, la campanilla que le pida éste, la campanilla le da el otro; y además, que parece que hay por medio unos

*parneses* que el *Garañón* le tié emprestao al Córdoba, y como el Córdoba tié muerta la mitá de la presona y no lo pué ganar, velay tú, está embragao por dambas alas; asín está la probetica Rosario que se la puée ajogar con un cabello de arbino.

—¿Y qué dice Rosario?

—¡Qué va á decir! Que no se casa con el *Garañón* manque la aspen, y manque la emplumen, y manque la jagan catite; pero cuando dice eso se acuerda de su padre y ¡dejuero! se tira del coco, se muerde los purpejos y se le saltan las pestañas.

—¡Várgame la Pastora! ¡Y que no haiga quien le achate un pómulo á ese mal ángel!

—Tó será que á mí me siga la calentura, que si me sigue, yo te juro que no hay en tó er mundo quien le quite á mi Manolo su que-rubin, tan y mientras esté yo á su verita.

El *Calderero* sonrió, encogiéndose de hombros. ¡Qué cosas se le ocurrían al *Galigardeta*!



## II

El *Garañón* estaba que brincaba de gusto; Paco Córdoba acababa de prometerle á Rosario. Verdad que la muchacha era para él un erizo, pero ya haría él con las púas un adorno para la mesa-consola, que por algo habíale concedido su Divina Majestad el jarabe de pico más dulce de la tierra y la más irresistible caída de párpados.

Cuando nuestro hombre penetró en el hondilón del *Manuso* ya estaban aguardándole en él los que formaban su guardia pretoriana: el *Tururú*, el *Ventolera*, el *Quinquillero* y el *Pollo del Clavijete*.

—A ver, tú, *Manuso*, el diluvio universal en dos cañeros—gritó el *Garañón*, al par que

se sentaba entre sus compañeros de *juegas* y *valentías*.

Ya habían dado fin aquellos ternes á no sabemos cuántos cañeros, cuando penetró en el hondilón el *Galigardeta*.

—Güenas tardes, caballeros— dijo con acento irónico, haciendo una exageradísima reverencia y quitándose el *pavero*.—¿Me dan ustedes permiso pa enjuagarme el cielo de la boca?

—Hombre, güeno, concedió; pero sin repetir. A ver tú, *Manuso*, dale yelo con agua á ese probetico anciano— exclamó el *Garañón*.

—Dios te lo pague en granzones y en afrecho, güen mozo, que estás pidiendo á voces un albardón y una collera y una baticola de esparto.

Todos aquellos ternes, súbditos humildes del *Garañón*, cerraron los ojos para no ver de qué color tenía las entrañas el *Galigardeta* y no los abrieron hasta oír á aquél decir con acento ligeramente trémulo:

—Señor Juan, ¿á usted lo ha visto el méico?

—Te juro que me ha visto, me ha visto y

dice que lo que tengo es un asiento de valientes de cartulina en la mismísima boca del estómago; y me ha dicho que sa menester que me purgue ó que me tome un vomitivo, y como Rosario me ha asegurado que pa vomitivos el *Garañón*, velay tú, por eso he venío.

—Pos me parece á mí que ha echao usted en mal sitio los chambeles; pudiera usted escapar con el cuerpecito estroncao.

—Y que mañana no vamos á tener quien nos haga la limpieza del cutis—dijo el *Quinquillero*.

—A tí te mando de un guantazo al *Gurugú* pa que jagas penitencia.

El *Quinquillero*, al oír la amenaza, se incorporó violentamente, pero el *Garañón* le detuvo con mano férrea, y le dijo:

—Cuando hablo yo, ustedes se callan; déjalo que arremate, que asín que arremate nos pedirá perdón y nos cepillará la americana.

—Tóo pué ser, pero tan y mientras, te diré que, ó no güerves á poner tus ojos en Rosario, ó te va á salir un tumor en cá poro de tu cuerpo.

—Pos ni que fuera usted la peste bubónica, *chavó*; no haga usted eso jasta que me vista de limpio; por vía e la Verónica, señor Juan, váyase usted, hombre, váyase usted, y jaga usted una novena al santo del día, y dele usted gracias á Dios de que me ha cogío hoy jechito de guayabas y de caramelos.

—Y si tú no te quiées molestar, le doy yo un *torti*, y pa buscar la dentadura va á necesitar un foco eléctrico—exclamó el *Pollo* con acento despreciativo.

—No, primero el *Garañón*, y asín que lisie al *Garañón* te lisiaré á tí, y después al que quiera, que pa toítos hay canela en el especiero.

Y al decir esto, alzó el brazo el *Galigardeta*, y, ¡Dios de Dios!, no fué bofetada la que asestó el barbero en las orondas mejillas del *Garañón*! Aquello fué el terremoto de la Martinica.

Rodaron sillas, banquetas, buenos mozos, y «dejádmelo solo, ó mato al que se le acerque»—exclamó el ofendido, con voz de trueno, dando al aire la enorme faca, que desenvainó con los dientes.

Al acento imperativo, despótico, vibrante del *Garañón*, se replegaron todos, formando corro alrededor de los adversarios, que, ágiles, valerosos, con los semblantes contraídos por la rabia, se acometieron con bestial empuje, retando á la muerte con indomable fiereza, saltando con agilidades felinas, dejando escapar roncós estertores de cólera, adivinándose mutuamente la intención en los ojos, y se prolongó la lucha durante algunos minutos, hasta que, falto de fuerzas, el viejo resbaló en uno de los avances y cayó desplomado, soltando, al caer, la cachicuerna navaja.

Un murmullo de satisfacción acogió la caída del anciano, y—ahora sí que te va á salir á tí un tumor en cá poro—exclamó el *Quinquillero* mirándolo rencorosamente; y no pudo continuar hablando, porque el *Garañón*, al par que levantaba al caído, exclamó mirando sombrío y amenazador á su amigo:

—El *Galigardeta* es un macho, y á los machos se les respeta, y al que no los respeta delante de mí, lo mato.

—A quien tiées tú que matar, *Garañón*,

es á mí, porque no matarme á mí es matar á mi Manolo —exclamó con acento trémulo y conmovido el barbero.

—Ni yo lo mato á usted, ni usted me mata á mí, ni yo ya me caso con Rosario; está usted contento?

Y el abrazo de Vergara no fué abrazo, si se le compara con el que se dieron aquel día, el *Garañón* y el *Galigardeta* en el hondilón del *Manuso*.

**Churrete**





I

*Churrete*—según nos cuentan las más viejas comadres del barrio—era uno de los más famosos prohombres de los de mano pronta y faca al cinto, buena persona, un tanto aficionado al mosto y un mucho á los jarapos con ó sin randas; gran tañedor de vihuela; con dos manos que eran prodigios, lo mismo para untar de saliva las orejas al más terne, que para peinar las cartas y tirarle el pego al más avisado de todos los puntos y puntos y comas de Malagueta la bella.

Muchas habían sido las veces en que nuestro protagonista hubo de ser puesto á la sombra con los debidos miramientos, con los que exigía su reputación de hombre capaz

de jugarse el corazón á pares y nones; pero tales aldabas tenía nuestro héroe y tales simpatías para con los encargados de hacerle sentir el peso de la justicia, que éstos, no obstante ser linceos muchos de ellos, no encontraron jamás motivos suficientes para enviarle á pasar una temporada distante de sus lares.

Y no piensen los que en nuestra narración nos siguen que era nuestro hombre de rostro adusto y preñado de expresiones siniestras; que tenía el tal, ojos azules y diáfanos, tez rubicunda, gordiflonas mejillas, bigote rubio y sedoso, y era de regular estatura, algo crecido de abdomen, más que medianamente bien formado y con unos pies dignos de competir con los de más aristocrático abolengo.

*Churrete*, que además de por sus dotes ya citadas distinguíase por su elegancia en el vestir y por la soltura y gallardía con que llevaba sus cuatro trapos, como él llamaba su indumentaria, en el momento en que lo sacamos á escena, gozaba de uno de esos períodos en que, merced á una afección ocular de

las autoridades, cuatro padres de familia podían ganarse honradamente la vida oficiando de sacerdotes de la veleidosa fortuna, ó de pulcros prestidigitadores delante del tapete que con su color siempre simbolizó la esperanza.

Y, como siempre le ocurría en tales períodos, sentíase nuestro hombre feliz por poder tirar cinco duros si se presentaba la ocasión en cualquier esquina, prodigalidad de la cual era una de las primeras en alegrarse la *Cartagenera*, una muchacha fresca, rolliza, apretada de carnes, con ojos negros y adormecidos, frente estrecha, cabello obscuro y abundante, que por aquel entonces era la encargada de alegrarle las horas de ocio al grande hombre.

Tres meses hacía que la hembra citada desempeñaba á conciencia, y por ende á gusto su cometido, después de haber sido dictadora, durante un año, de *Sardinita*, un mozo como un roble, avieso y mal encarado, y al cual, si por negruras de tripas ahorcaran, hubieran visto sin duda sus contemporáneos haciendo juegos malabares en *Martiricos*.

Según cuentan y nos contaron, ya estaba la *Cartagenera* hasta la punta del pelo del *Sardinita*, cuando un día hubo de tropezarse con *Churrete*, el cual, al echársela á la cara, sintió de pronto comezones de enterarse de muchas cosas veladas por el percal, y guiñóle un ojo á la prójima, la cual sonrióle descaradamente, diciéndole al mismo tiempo:

—A ver si se cura usted ese párpado, que tiene el mal de San Vito.

*Churrete* se decidió al abordaje, y pegándose á ella todo lo que permite el decoro en público, tal uso hizo de sus armas, que á los dos días de aquel encuentro, al volver á su sala con alcoba el *Sardinita*, encontróse con que había volado aquella que hacía grata las horas de su borrascosa vida.

Enterado de quién era el que tan mala partida había jugado, decidió vengarse á su modo, ó sea, hurtando la persona y esperando ocasión propicia en que, sin tener que ponerse frente á frente á su adversario, pudiera embutirle en el corazón el más grande de sus cuchillos.

Calló, pues, como un muerto, devorando

su pena y su despecho, y hasta tuvo valor para sonreír cuando una tarde díjole *Churrete* en la taberna con descarado cinismo:

—¿Sabes tú que es una *gachí* superior la *Cartagenera*?

Sonrió *Sardinita*, repetimos, sonrió encojiéndose de hombros, y le repuso al que él ya tenía condenado á muerte:

—No, no es mala *gachí*, pero suda mucho en verano.

Al mes no cabal ya estaba *Churrete* cansándose de su nueva conquista, y como hombre ducho que era, decidió en beneficio de sus por aquel entonces escasos haberes, establecer á la *Cartagenera* poniéndola al frente de una taberna, negocio siempre pingüe si es una hembra de algún postín la encargada de emborrachar á los parroquianos.

Y no vaciló *Churrete*; y ocho días después de haberlo pensado, apareció una mañana la *Cartagenera* al frente de un establecimiento de cuatro metros en cuadro, compuesto de un vasar con pretensiones de estantería, un mostrador más ancho que largo, cuatro docenas de botellas, seis barriles pin-

tados de blanco, unas cuantas copas y una cortina encarnada que velaba el dormitorio de la garrida propietaria.

Y tan buenas mañanas hubo de darse ésta, que á las dos semanas era la suya la taberna más favorecida del barrio, y ella la más respetada de las que á tal negocio dedicábanse, gracias á sus entradas y salidas, á lo equitativamente que sabía repartir una de cal y otra de arena, sin permitir, no obstante, que ninguno de los más osados le pusiera un dedo en sitio de los que tenía la exclusiva su famosísimo amante.

Éste, que había empezado, como siempre hacía, á retroceder, sólo iba á verla de vez en cuando, allá de higos á brevas, lo que á ella sabíale á hieles y á almendras amargas, á pesar de lo cual enmudecía como una muerta, porque una vez que quiso pintarla de cresta y de espolones, armóse la de Dios es Cristo en el zaquizamí, y amanecieron las mesas patas arriba, la estantería por el suelo, un par de docenas de botellas desboquilladas y la dueña con más cardenales que la Corte Pontificia.



Son los domingos días de holganza, sobre todo para los humildes, para aquellos que se pasan las semanas enteras en los talleres, y para los cuales tal día simboliza un oasis en el desierto de sus cuotidianas tareas.

La calle de la *Magdalena* está situada casi extramuros y compuesta en la mayoría de casas-matas, todas ó casi todas de reciente edificación y en la cual se respira, al par que el vaho vivificante del campo próximo, el renegrido humo conque se empenachan constantemente las altísimas chimeneas de las fábricas inmediatas.

Era un domingo por la mañana el día en que hacemos penetrar á nuestros lectores en

la citada calle, donde á las primeras luces del día empiezan á destacarse los edificios y á entreabrirse las puertas de éstos para dar paso á tal ó cual vecina que, con el rostro aún abotagado por el sueño, da sueltas en el arroyo á cluecas, rapaces y rapazas, ó á tal ó cual vecino que saluda al día con algún prolongado bostezo que emite poniendo los brazos en cruz, las piernas en tensión y tornando los ojos al cielo.

Si penetramos en una de las citadas viviendas nos encontraremos en una á modo de antecámara limpia y reluciente como patena, sin más mobiliario que varias sillas de *Vitoria*, una mesa de pino sobre la cual se destacan dos copas de cristal y una panzuda botella sobre un plato, y en las paredes, y en marcos de paja orlados de cintas de colores en los ángulos, algunos cromos de colores chillones representando algunas majas que hacen perder el punteado á algunos frailes barbudos y barrigones, con sus picarescas actitudes y tentadoras sonrisas.

Una puerta en el fondo da paso al patio, un pequeño patio, en uno de cuyos lados está

situada la cocina; bajo un sotechado y junto á ella destácase la orza de la legía y el enorme lebrillo de lavar, mientras el resto del patio está invadido por pintadas macetas en pintorescas agrupaciones.

Antes de llegar á la puerta del fondo hay otras dos; á derecha una y otra á la izquierda, dando ésta paso á la sala de actos de la familia, una habitación decorada como casi todas las de los acomodados del barrio, con una estera de junco casi virgen de pisada, una cómoda sobre cuyo tablero de piedra destácase dentro de un fanal, y entre dos ramos de flores contrahechas, un Niño Jesús algo más rollizo y más coloreado en la mejilla y de rostro más bobalicón de como pudiera soñarlo el más tibio de los creyentes.

Además de la cómoda destácanse allí varios sillones de caoba, un tanto en mal uso, y una mesa de centro y dos butacas de rejilla, casi improfanadas aún por humanas asentaderas.

La otra puerta conduce al dormitorio, casi totalmente ocupado por el lecho matrimonial, en el cual dormita Pedro, mientras Ma-

ría, su gallardísima cónyuge, lanzándose fuera del lecho, arquea los brazos sobre la cabeza para sujetarse el pelo, poniendo de relieve muchos de los encantos con que hubo de dotarla pródiga Naturaleza.

Antes de proseguir conviene que sepan los que nos leen que era Pedro, según voz del pueblo, de la madera de que se fabrican los tontos y los santos moralmente considerado, y en lo que á lo físico respecta hombre agradable y de medianos atractivos; y cuanto á sus dotes intelectuales ya las podrán ir apreciando nuestros lectores.

María, hembra de veintiocho abriles, tenía agraciado semblante, ojos pequeños pero vivos y relampagueantes, nariz ligeramente arremangada, labios encendidos, pelo negro y de reflejos azulados y cuerpo que era un derroche de gallardía y plenitud y de morbideces.

—Vamos á ver, te vas á levantar ó no?— preguntóle María á su marido, al par que se abrochaba la bata de percal con que había cubierto sus estéticas é irresistibles baterías.

—Sí, ya voy—murmuró Pedro, tomando

posesión de toda la cama con sus cuatro robustas extremidades.

—Sí, ya voy; me parece á mí que hoy te pide á tí el cuerpo

«que yo te traiga, mocito,  
el desayuno á la cama.»

—Cá, no, no te metas en eso; no me des más que un traguito de aguardiente, porque... ¿ves tú? ya se me había olvidado decírtelo; hoy almuerza con nosotros el compadre.

—¡Cómo que almuerza con nosotros el compadre!

—Sí, mujer, se me olvidó decírtelo anoche; pero anoche nos jugamos el almuerzo al *tute*, y ya se ve, me tocó perder, y... ya se ve.

—Eso es, eso es, ¡qué apreturas tienes tú con el compadre! Y eso que sabes que no me gusta, que te tengo dicho que no quiero que venga á mi casa ese hombre; y tú, tú, á lo ovejita mansa, siempre te has de salir con la tuya.

—Pero, mujer, no te inrites: la cosa no tiene ná de particular.

—No tiene ná de particular; no tiene ná de particular—exclamó María remedando la voz bronca de su marido;—no tiene ná de particular, y ahora gástese usté lo que no tenía usté necesidá de gastarse, y eche usté el pulmón soplando en la cocina pa llenar la barriga á ese perdis de *Churrete*.

—Mujer, no tengas tan mal genio; sa mester vivir con to el mundo, y el compadre no es mala persona.

—¡Que no es mala personal! Pos si no tiene por donde el diablo lo deseche; pero como el hombre es un *guapo*, ya se ve, como es un *guapo*, tú no quieres perder ocasión de traerlo á tu casa, como si trayéndolo te pusieras dos galones.

Pedro, como siempre, eligió la callada por respuesta y sólo dijo al mismo tiempo que se cubría la cabeza con la sábana:

—Bueno, lo que tú quieras, pero avísame cuando haya escampao

—Chalao del tó, que estás más chiflao que el *Melenas*,—murmuraba momentos después María en medio del patio, mientras se llenaba en el grifo el cántaro del

---

agua. — Sí, más chiflao que el *Melenas*; cuidado que está ciego con ese hombre; y eso que me duele la boca de decirle que no quiero que me lo traiga... Luego dicen que las mujeres... como si una mujer fuera una estaca... ó el monumento de Torrijos; vamos, hombre, que no hay justicia en la tierra.

Y grave y meditabunda levantó de un tirón el cántaro y se lo colocó al cuadril, continuando su soliloquio á regañadientes.





### III

Ya hacía media hora que Pedro habíase marchado á la barbería, y ya estaba la mesa puesta y á medio condimentar el almuerzo, cuando *Churrete* penetró en la casa, no sin antes pedir con voz ronca el correspondiente permiso.

—Buenos días, comadre—exclamó dirigiéndose á ésta, que, no obstante su mal humor, habíase engalanado más de lo que era de esperar, acordándose de sus matinales protestas.

—Buenos días—contestó—sin mirar al recién llegado, al par que colocaba los platos sobre la mesa.

--¿Y diga usted, comadre, el compadre dónde está? ¿Está durmiendo todavía?

—No señor, ha ido á afeitarse; pero tardará poco.

—Ojalay que tarde mucho: eso es lo que yo quisiera.

María hízose la desentendida y prosiguió su tarea, la cual tuvo que interrumpir cuando aquél le dijo con acento un tanto imperativo:

—Oiga usted, so mala sangre, hágame el favor de mirarme, que todavía no le he visto á usted hoy lo negro de los ojos.

—¡Pos no se ha levantao usted hoy mu caprichoso! ¡Ni que estuviera usted en estao interesante!

—Me está dando á mí el corazón que si usted sigue tan mala como es usted conmigo, el día menos pensao la cojo á usted así...

Y *Churrete* se incorporó y dirigióse sonriente hacia su comadre, como si quisiera demostrarle de modo práctico lo que pensaba hacer con ella; pero María colocóse, utilizando la mesa como parapeto, y exclamó con acento al parecer irritado:

—Cuidaíto con propasarse, compadre, cuidaíto, que hasta ahí podrían llegar las bromas, y si se arrima usted más el canto de un pelo voy á desportillar en su cabeza el azucarero.

—¿Pero no comprende usted, so desportillaora de azucareros, que esto no puede seguir así, que yo estoy por usted más loco que una cabra, que yo me estoy muriendo de ganas de decirle á usted, solitos en un desierto, la mar de cositas buenas?

—Pero hijo, por Dios y por su Santísima madre... usted cuántas mujeres necesita? Si en medio año lleva usted catorce mil trapicheos; la Rosario, la Curra, la Remilgos, la Paloma, la Salaita, la Cartagenera y qué sé yo cuántas más.

—Pos toítas esas juntas no valen para mí lo que un entornamiento de párpado de esos ojos tan charranes ni lo que...

Y Churrete vióse obligado á suspender las hostilidades al sentir abrirse la puerta, la cual dió paso á Pedro, que llegó con la cara aun cubierta de polvo y vestido con las ropitas domingueras.

Después de darse el correspondiente apretón de manos sentáronse los compadres en la puerta, en tanto María terminaba de condimentar el almuerzo.

*Churrete* y Pedro entretuvieron la espera charlando hasta por los codos; el uno de hombradas y desplantes y travesuras, y el otro de los talleres, de los despotismos del maestro, del dedo que se hubo de despanzurrar de un martillazo y de otras nimiedades por el estilo.

Y ya empezaba á languidecer la conversación cuando por la encajada puerta asomó la cabeza María diciendo con acento seco y vibrante:

—Vamos, menos palique y á almorzar, que la sopa está en la mesa.

—¡Santa palabra!—exclamó Pedro incorporándose y tirando la colilla, no sin antes darla un último chupetón y devolver el humo por boca y nariz en azuladas espirales.

—Pos cualquiera diría que me daba usted de almorzar por compromiso al verle á usted el perfil—dijo *Churrete*—mirando de hito en hito á su comadre.

---

—Pos no me levantaría ningún falso testimonio—repúsole aquélla volviendo bruscamente las espaldas al terne famoso y al buen hombre que habíale dado por marido la buena ó mala fortuna.

~~~~~





#### IV

*Sardinita* iba de mal en peor: el recuerdo de la *Cartagenera* no se apartaba un punto de su pensamiento; era tan honda la huella que hábale dejado en el alma aquella mujer, que las noches las pasaba insomne, rabioso, horriblemente despechado y celoso y acariciando planes de venganza; todas las mañanas lanzábase á la calle dispuesto á llevar á cabo una faena de las que ponen el pelo de punta, pero la luz del sol es prudentísima consejera, y era preciso que el burlado amante echase la galga hasta encontrar ocasión propicia en que poder, sin grave riesgo, hacer una porquería con *Churrete*.

Cuando *Sardinita* se enteró de que la

*Cartagenera* habíase establecido en la calle del *Cristo*, sintióse algo consolado, y el primer día en que se atrevió á pasar por delante de la taberna, cerró los ojos, el segundo los abrió un poco, el tercero miró á hurtadillas hacia el fondo del establecimiento, y al cuarto se detuvo y contempló un instante, todo trémulo y emocionado, á la mujer querida, que al verlo volvióle las espaldas dominando su turbación y sus temores.

*Sardinita* se mordió los labios, se le crisparon los dedos y hubo un momento en que pudo temer con razón la interesada, que le diera su merecido aquel hombre; pero éste se acordó de su rival y se alejó calle arriba con vacilante paso.

Pasaron días, muchos días y no pudo por menos *Sardinita* de percatarse del alejamiento de *Churrete*; y haciendo indagaciones andaba por conocer el motivo de aquella actitud de su dichoso adversario, cuando una tarde que se entretenía en consolar su pena cantando á media voz en la puerta de la barbería de Pepe el del *Miriñaque*, llegóse á él el señor Curro Clavijo, un *calé* auténtico y

desvergonzado, de pelo encanecido, mugriento marsellés, pantalones que un día fueron de pana, ancho ceñidor, azul todavía á trechos, zapatos de baqueta y un sombrero al cual apenas si le quedaba de tal el nombre.

—Un *divé* te bendiga, güen mozo.

—Que nos bendiga á los dos y eso es lo que vamos ganando—repúsole *Sardinita* al viejo con acento desapacible.

—¡Cualquiera diría, oyendo el metal de voz con que me has platicao, que yo te había pisao un pie ó te había mentao á tus di-tuntos!

—Es que tengo tomá la voz y que me duelen las caeras.

—Me parece á mí que lo que á tí te duele es otra cosa, y perdóname si yo me entrometo en lo que tú dirás que á mí no se me importa un *pitoche*.

—Pero si yo no digo ná, agüelito; si yo no digo ná.

Eso ya lo sé yo, pero yo *chanelo* más que *Lepe*; yo veo en lo obscuro más que un ar-bino; yo tengo la mar de cosas claras metías en la moyera, y además, que yo soy neto y

cabal, porque neto y cabal me echó mi madre al mundo y yo á cá cual le doy lo que le pertenesce, y yo sé que á tí te sobra razón pa estar más negro que el jollín; pero no te apures, que el que la jace la paga, y á la *gachí* que á tí te jugó tan mala *chanaita*, ya le ha entrao la calentura de que se tiée que morir, y yo te aseguro que esa *gachí parma* en cueros vivos y más solita que una esparraguera en el monte.

—¿Y eso, por qué lo dice usted?—preguntóle al viejo *Sardinita*, que oyendo á aquél había abandonado el canto y empezado á ponerse pálido y trémulo.

—Pos eso lo platico yo porque lo sé de mu buena tinta; porque lo he ensoñado, y yo las cosas que no sé, las ensueño tales y como son.

—¿Y qué ha sío lo que usted ha ensoñado?

—Pus lo que yo he ensoñado, ha sío que un buho se llevó un día una chamariza creyendo que era una canaria, y en cuantico se enteró de que no era la pájara lo que se había creío, metió la chamariza en una chamaricera y empezó á dar salías, y cá salía más

larga la una que la otra, y en una de las salías se topó con otra pájara á la que él le tenía afición, y esta es la pájara que va á darle á tu chamariza su merecío.

—¿Y se puée saber, quién es esa nueva pájara?

—Y qué sé yo; pero cualquiera en el mundo puée tener una comadre y cualquier comadre se puée llamar María, que ese es el nombre de la Mare de los Pastores.

—Me parece á mí que esa pájara no es para ese pajarraco, agüelito; esa pájara es de las de buena casta y está emparejá á su gusto.

—Tú no sabes, *chavó*, la fuerza que manda un mantón de Manila de los de cien *machacantes*, y lo bien que le sienta un mantón así á una jembra de güen trapío.

—Y eso está usté seguro de que no es grilla.

—Vaya, cuando yo te lo digo... y si no preguntáselo á quien tú quieras, que tó el que tú quieras te lo dirá en secreto.

Momentos después, alejábase *Sardinita* de la barbería; iba lleno de rencoroso júbilo;

aquello que le habían contado era preciso que él en persona se lo repitiese á la *Cartagenera*; quería gozar introduciéndole poco á poco, muy poco á poco, en el corazón el puñal hasta la empuñadura.

Y gozando anticipadamente de su venganza, se dirigió rápido y decidido hacia la taberna de la mujer que había sido su encanto y que á la sazón era su más terrible martirio.





## V

Algunos días antes de aquel en que tuvo lugar el diálogo anterior entre *Sardinita* y el señor Curro Clavijo, *Churrete*, en celebración del día de la comadre, había invitado á ésta y á su marido á merendar en el campo, invitación que fué acogida por Pedro con verdadera alegría y por su mujer con no poca tibieza y no pocas vacilaciones.

El escenario elegido para aquellas horas de esparcimiento no podía ser más brillante: á un lado el mar azul, intensamente azul y orlado de ligeras espumas que iban á morir en las caldeadas arenas, en tanto algunos barquichuelos surcaban las dormidas ondas al viento el blanquísimo velamen.

Al otro lado, las primeras estribaciones de los montes perfumaban el ambiente con sus olorosas retamas y alegraban la perspectiva con sus intensos y variados matices.

Acá una añosa palmera, allá algunos verdinegros olivos hacían evocar orientales panoramas, y las edades que murieron, las ruinas de un pequeño castillo que aun remata la cumbre de un monte, donde ya en lugar de la trompa guerrera sólo resuena la arábica canturía conque procura distraerse de la monotonía de su trabajo el rudo campesino.

Al llegar al lugar elegido para aquel día de expansión, sentáronse los tres, rientes y sudorosos, á la sombra de un árbol, y arrojaron, más que colocaron en tierra, el cesto atiforrado de fiambres, la hinchada bota del vino y la indispensable guitarra, guitarra adornada en el mástil, como es de rigor, con un puñado de cintas de vivísimos colores.

La comadre embestía de hermosa: una pérfida bata de percal moldeaba sus inci-

tantes magnificencias de formas; lucía arrollado al cuello el pañuelo de seda encarnado que hubo de colocarse en la cabeza al salir de su casa; brillaba al sol su pelo negro, orlado de flores y peinado con gusto exquisito y graciosamente echado al desgaire; sobre los hombros lucía el mantón de Manila blanco y grana que habiale regalado *Churrete*.

Cuando aquella mañana se lo llevó éste, ella no quiso admitirlo; no quería de ningún modo aceptar aquel regalo regio, no obstante írseles los ojos tras de él; pero tanto hubo de apretar el compadre, tan pesado se puso, que Pedro se vió precisado á tomar carta en la porfía, diciendo:

—No, compadre, eso no puée ser; ca cosa en su lugar; bueno que ústé tuviera una fineza con la comadre, pero no una fineza de ese precio.

—Pos si no lo quieren ustedes, tó puee arreglarse en menos de un minuto.

Y diciendo esto, cõgió el mantón, lo hizo un lío, arrojóle al suelo y sacó la cajilla de mixtos, y tranquilo y sonriente, se dispuso á

hacer un auto de fe con aquella prenda de gala.

—Vamos, compadre, qué va usted á hacer? — exclamó María apartando del mantón la mano de *Churrete*.

—Pos una de dos: ó aceptan ustedes el regalo, ó nos enteramos de á lo que huelen esos trapitos cuando se queman.

No tuvo más remedio, pues, María que aceptar el presente, y cuando se vió ya adornada con él, reproducida en el espejo, no pudo por menos que exclamar:

—*Chavó*, si me sienta bien, ¡y que no tenía yo muchas ganas de hacerme de uno como este!

Ya acomodados en el sitio elegido, y cuando ya hubieron reposado un tanto, exclamó Pedro con voz risueña:

—¡*Camará* y qué *gazusa* que tengo!

—Josús y quién eres, y eso que apenas te levantaste te metiste en la cocina.

—Eso es bueno, comadre; y además de bueno debe ser cosa mu natural, pues á mí también me está pidiendo algo el cuerpo.

Estas razones convencieron sin duda á María, que exclamó, al par que tendía un mantel sobre el accidentado terreno:

—¡Jambrones! que no piensan ustedes más que en comer.

Y cinco minutos después sentábanse todos alrededor de la improvisada mesa y patentizaban de modo evidente que no hay mejores tenedores que los dedos bien manejados.

La bota empezó á perder tensión, en lo cual tomó gran parte Pedro, que cada dos minutos entreteníase en hacer con ella gorgoritos, mientras *Churrete* y María, reservados y algo pensativos, apenas si remojaban el gajate de cuando en cuando.

—Vamos, no bebas más—dijo María una de las veces en que Pedro llevábase la bota á los labios;—no bebas más, que luego vas á tener que irte á casa gateando.

Y al decir esto arrancaba bruscamente la bota de manos de su marido.

Pedro, cuyos ojos empezaban á perder su serena expresión y cuyas palabras empezaban á brotar de sus labios con parada y fon-

da entre sílaba y sílaba, repúsole á su consorte encogiéndose de hombros:

—No seas mala, mujer, yo soy de jierro colao pa la bebía; á mí no me emborracha un bocoy, ¿verdá, compadre?

Éste sonrió con truhanesca expresión y repúsole á Pedro:

—¡Ya lo creo que es verdad, compadre, lo que usted dice!

María púsose más y más medita-bunda y miró á *Churrete*, diciéndole con tono de reproche:

—Eso no es verdá; mi Pedro no bebe nunca y hoy ha bebío más de lo que Dios manda.

—Bueno, pos que no beba más—exclamó *Churrete* cogiendo la guitarra y empezando á templarla diestramente.

Momentos después la guitarra, hábilmente tañida, dejaba escapar sus cadenciosas armonías.

—Vamos, comadre, venga de ahí.

La comadre se hizo rogar un poco y después, echando la cabeza hacia atrás, entreabrió los labios y cantó con voz limpia y sonora:

Yo tengo mi corazón  
con mi pensamiento en guerra,  
que te quiera dice el uno,  
y el otro que no te quiera.

—¡Olé por la Pastora Divina!— exclamó *Churrete* mirando á la tan místicamente confirmada por él con los ojos entornados y chispeantes.

Sonrió complacida aquélla por el piropo; miró á hurtadillas á Pedro, que luchaba con las traiciones del vino, y después, caldeada la sangre por el sol, por la bebida, por la música y por el regalo, miró á *Churrete* de modo tal, que éste sintióse como invadido por una ola de fuego, y exclamó con acento henchido de pasión:

—¡Dios de Dios, y como me duele el cuerpo!

—Pos mire... mire usted... mire usted, compadre, yo estoy como... como las propias rosas—dijo Pedro con voz entrecortada.

—Vaya, ahora le toca á usted—dijo María mirando fijamente á *Churrete*.

Éste no se hizo rogar poco ni mucho, y

cantó al par que se comía á aquélla con los ojos.

Lo que no te diera nadie  
diera yo por tí, serrana,  
la vida, y después de muerto,  
la gloria si la ganara.

Y con tal dulzura hubo de cantar aquella copla *Churrete*, de tal manera le brillaban los azules ojos, que María tornó á mirarlo de modo pérfido y acariciador, no sin enterarse antes de que Pedro seguía en sus alcohólicas abstracciones; y después, aprovechando la primera entrada que le ofreciera la guitarra, cantó:

No hay piedra que no se rompa,  
ni jierro que no se ablande,  
ni mujer que no se rinda  
ú más temprano ú más tarde.

Y tras esta copla resonó otra y otra, y algunas horas después, cuando ya el sol empezaba á hundirse en lontananza y las pe-

numbras invadían la perspectiva, levantaron el campo y se dirigieron hacia la población.

Pedro apoyándose en el férreo brazo de *Churrete*, éste encendido en no saciados deseos, y María mirando furtivamente á su compadre y dejando escapar de cuando en cuando algún que otro hondo y prolongado suspiro.







## VI

*Sardinita*, al llegar á la puerta del establecimiento de la *Cartagenera*, vaciló un instante, pero decidióse en breve y penetró en él andando acompasadamente; sentóse junto á una de las mesas, se echó hacia atrás el sombrero, retrepóse en la silla, descansó en ángulo una pierna sobre la otra y díjole á la *Cartagenera* con acento irónico, al par que arrojaba una mirada desdeñosa en el solitario recinto:

—Cuando pille usted una clara sin que se piquen los parroquiáanos, hágame usted el favor de traer una botella y dos copas.

—¿Va usted á beber con dambas manos? — preguntóle Lola disimulando su inquietud.

—Cá, no señora; una copa es pa mí y la otra copa pa usté, si usté me lo permite.

—¿Pa mí? Cá, hombre, cá, si yo no bebo porque me da en el gayiyo.

—Conque no, ¿eh? Vamos, señora, vamos; si yo no voy á propasarme con usté; si yo no me como á las gallinas más que en pipitoria.

—Eso ya me lo sé yo á clavo pasao—repúsole la *Cartagenera* mirándolo despreciaivamente.

—Pues mire usté, cualesquiera diría que le había á usté dao *gindama* de verme tan de cerca las jechuras, y eso que no estoy mu mal formao.

—¿A mí *gindama* de usté? Vamos, don Traga jierro, vamos, que voy á darle á usté gusto y voy á beber con usté hasta que á usté se lo pía el cuerpo.

Y resuelta y agresiva, cogiendo la botella y los vasos pedidos, se dirigió con ellos en las manos á la mesa de *Sardinita*, donde los colocó diciendo en provocadora actitud:

—Vamos, aquí estoy ya; ¿en qué sitio es dónde va usté á tirarme el mordisco?

—No se sabe; pero siéntese usted, y antes de tó, bébase usted ese vaso á la salud de *Churrete*,—dijo *Sardinita*, al par que se lo ofrecía tras haberlo llenado hasta los bordes.

Lo cogió la *Cartagenera* con todo el primor conque saben hacerlo las doctas en la materia y exclamó al par que se la llevaba á los labios:

—¡Pos usted lo ha dicho, buen mozo, por *Churrete*!

Y tras apurar hasta la última gota de su contenido, estampó en el cristal un beso resonante.

*Sardinita* vibró todò, se contrajeron horriblemente sus facciones y dijo con voz bronca:

—No está eso esaborío del tó, pero ahora me toca á mí, y yo, yo brindo porque no siga siendo plato de segunda mesa la buena moza que yo más he querío.

—¿Y se puée saber quién es esa buena moza que usted tanto ha querío?—preguntóle Lola cuando aquél hubo concluído de apurar el contenido del vaso.

—Saberse se puée, pero más vale que no

se sepa; más vale no mentarla; á las mujeres desgraciaitas se las tiée lástima por la mañana y lástima al mediodía y lástima entre dos luces.

—Vaya por Dios y por su Santísima Madre; y cuánta lástima y qué compasivo que lo hizo á usté la divina Providencia; pero me está dando á mí el corazón que esa mujer no es tan desgraciá á toas las horas del día.

—Tó puée ser; no diré yo que no, pero eso será cuando le toque el turno.

Una oleada de sangre púsole rojas las mejillas á la *Cartagenera*, la cual, llenando de nuevo el vaso, dijo con acento huracanado:

—Pos yo voy á brindar ahora por los hombres embusteros y sin *lacha*, y sin calzones, y sin injundia y sin na de lo que tienen los hombres.

*Sardinita* se medio incorporó al tremendo latigazo, pero haciéndose superior á su indignación, balbuceó lentamente y mirando sombría y fijamente á Lola:

—De esos hombres hay muchos; lo mismo que hay muchas mujeres que á cambio de un sopicaldo y de tres varas de muselina

morena y de unos calzapollos de la *Valenciana*, son capaces de aguantar carros y carretones, y usted perdone la manera de señalar, salero.

A la *Cartagenera* se le fué la razón oyendo al *Sardinita*, é incorporándose bruscamente, aferróse con ambas manos á los bordes de la mesa, arqueó el espléndido busto, puso su cara lívida de coraje á dos dedos de distancia de la de aquél y le dijo casi llenándole el rostro de saliva:

—Mentira, eso es mentira; cobarde, eso es mentira; eso es que tú estás rabioso, y como no te atreves con *Churrite*, has venío á jacer conmigo una hombrá, cobarde.

—Eso es verdá; eso que te he dicho es lo que dice el cura en la misa; ese hombre no te quiere á tí pa na, y si no pregúntaselo á su comadre María, y que su comadre te enseñe el mantón que le ha regalao.

—Eso es mentira—repitió Lola tartamudeando de rabia.

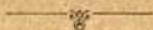
—Pos si es mentira pus... no es verdad,—exclamó *Sardinita* encogiéndose de hombros, y después, tras arrojar una moneda de

plata sobre la mesa, dirigióse hacia la puerta añadiendo:

—Y cóbrese usted, y la vuelta guárdela usted pa tila, y pa éter, y pa sanguinaria, y pa valeriana y pa palos de madroños.

Y al acabar de decir aquello en tono irónico alejóse de la taberna, mientras Lola murmuraba con voz enronquecida y trémula y jadeante:

--Pos si es verdá lo que ese puñao de estierco me ha dicho, que se ponga bien con Dios la comadre, y que se ponga bien con Dios *Churrete*, y que se ponga bien con Dios hasta el Niño de la Bola.





## VII

Adornada y limpia y terminados sus quehaceres domésticos, entreteníase María en pensar en *Churrete* cuando, empujando violentamente la puerta, entrósele de rondón en la casa la *Cartagenera*.

Llevaba ésta envuelto el busto en amplísimo mantón blanco de mallas; un pañuelo de seda azul cubriéndole el abundantísimo pelo avanzábale sobre la frente á modo de visera, y el vestido de percal hablaba muy alto de las dotes de pulcritud de su gallarda portadora.

Cuando la *Cartagenera* se vió delante de María exclamó, adelantando un pie y gol-

peando con él automáticamente en el suelo, recogiendo el mantón y colocándose ambas manos en las ijares:

—¿Me da usted su premiso, señora; me da usted su premiso?

María, llena de profunda sorpresa, no supo al pronto qué responder; pero, reaccionando al momento, le preguntó á su vez con voz un tanto temblorosa:

—¿Premiso pa qué; pa entrar ú pa salir, ú pa cantar peteneras?

—Es verdá, se me olvidó pasarle tarjeta; pero en fin, ya estoy dentro, que es lo que yo quería, y ahora, si es que á usted no le sienta mal, quisiera yo que hablásemos dos palabras de una malita faena que se está usted cargando conmigo.

—Es posible; yo soy mu caprichosa, pero siéntese usted y refrésquese usted; ¿quiere usted una vinagrá ó que le prepare un baño?

—Muchas gracias, estoy mu bien asín. ¿Usted me ha visto bien la cara?

—Ya lo creo, mu regraciosa que la tiene usted, y debía usted retratarse.

—Bueno, pues si me la ha visto usted bien

hágame usted el favor de decirme si tengo yo cara de lila.

— Cá; no señora, pues si parece un clavel disciplinao.

— Bueno, pues si no tengo cara de lila, tampoco tergo de lila ná en mi persona y sá menester que usted sepa que *Churrete, Churrete*, ¿usted se entera?, *Churrete* es mi hombre como Pedro es su hombre de usted, sólo que el mío tié demasiao clara la vista y el el de usted es burrimanco y burriciego y casi tonto perdío.

— Sabe osté lo que estoy mirando?— preguntó interrumpiéndolo violentamente con acento vibrante y rostro lívido María.

— Qué sé yo; vaya usted á saber si lo que está usted mirando es si tengo picá la dentadura ó si me falta *sargatona*.

— Pos no señora, no estoy mirando ná de eso; lo que estoy mirando es el sitio donde le voy á poner á usted los diez dátiles, manque luego me caiga en ellos cangrena.

— Tó pudiera ser, si yo me hubiera dejao los míos en casa.

— Bueno, acabe usted, que luego eso se verá si usted quiere.

Pos ya por acabao; lo que yo le digo á usted es que *Churrete* es mi hombre, que usted me lo está engriyendo y que eso sá menester que se acabe, si por la buena por la buena, y si por la mala por la mala.

Nunca le hubiera caído en mientes á Lola ir á gallear con María; era ésta de las de índole pendenciera y mano dura, y no bien había acabado de formular aquélla sus pensamientos, cuando María habíale cumplido su reciente promesa de llenarlè de dátiles la cara, y diez minutos después salía de aquella casa la amante de *Churrete* con menos pelo y más verdugones de los que podía esperar en el penoso y arriesgado desempeño de su celoso cometido.

María, cuando su rival se hubo marchado, arrojóse sobre una silla no menos mal parada que aquella y dió rienda suelta al llanto y al sollozo.

Y cuando más engolfada estaba en su dolor, apareció en la puerta *Churrete*, el cual, al ver al ídolo anegado en lágrimas, le preguntó lleno de inquietudes y de cariño:

—¿Qué es ló que le pasa á usted, comadre?

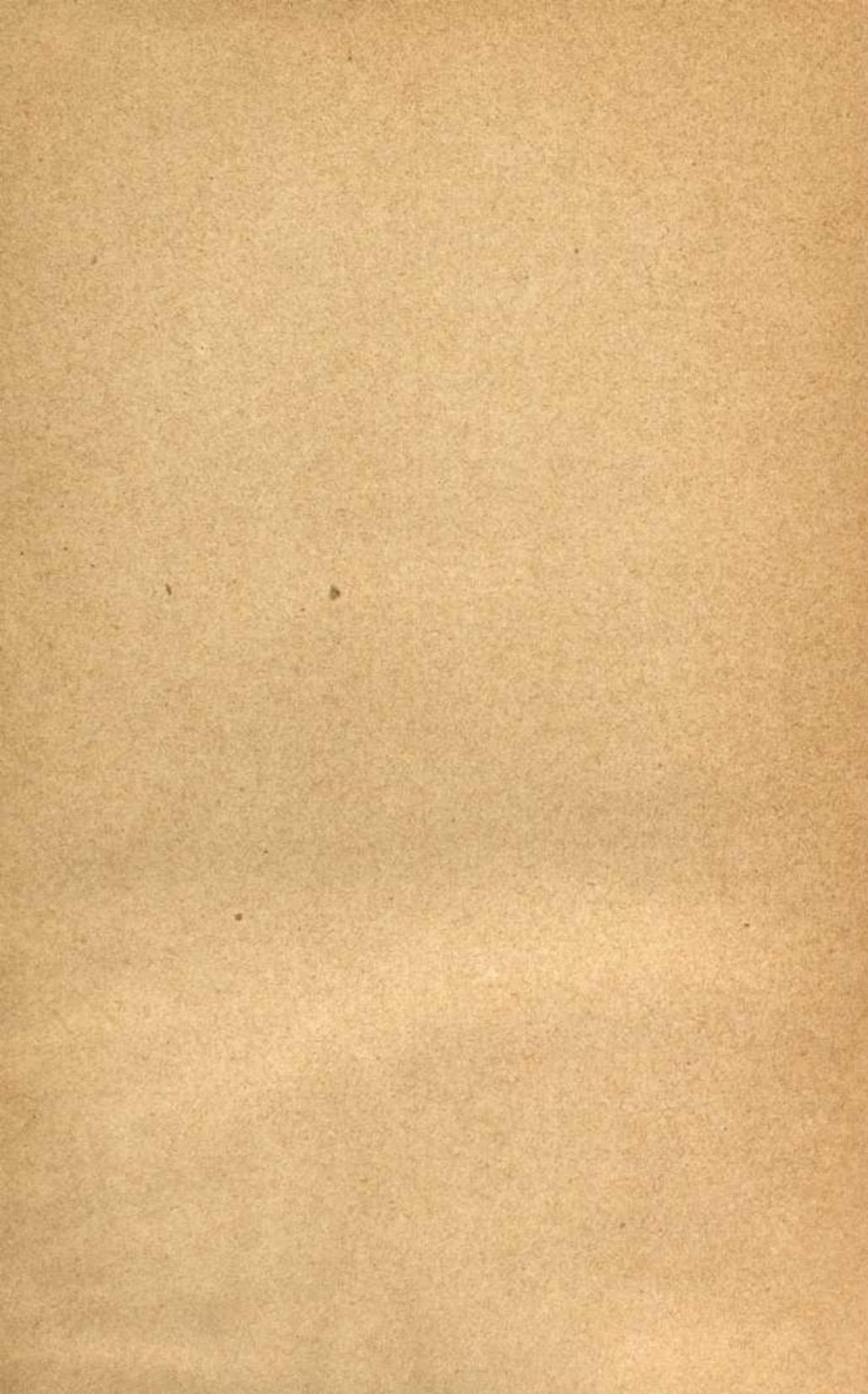
¿por qué ese llanto? ¿quién ha sido el que se atreminao á meterse con lo que yo más quiero en el mundo?

—Na, naíta me ha pasao—repúsole con voz sorda y entrecortada por el sollozo María;—na me ha pasao, que la *Cartagenera*, esa mala mujer acaba de salir de aquí, que me ha puesto como un rico jarambel, que me ha dicho que yo lo estoy á usted engriyendo, que...

*Churrete* no escuchó más y salió á la calle rápido, descompuesto y murmurando: \*

—¡Ah, lo que es esta, lo que es esta no se la perdono!







## VIII

El tremendo sucedido era comentado por todos en animados corrillos en todo el barrio; desde la noche anterior no se hablaba de otra cosa; lamentaban, las mujeres sobre todo, el fin lógico y terrible del grande hombre, y todos al par anatematizaban en pintorescas expresiones el torpe procedimiento con que hubo de realizar *Sardinita* su venganza.

La señá Frasquita, una de las más caracterizadas comadres del barrio, topóse al salir de su casa manos á boca con una de sus rugosas y arqueadas coetáneas, la cual se detuvo y exclamó dirigiéndose á aquélla:

—¿Aónde va usted, Frasquita?

—Cá de la *Peregila* á mercar un poco de estambre pa la muchacha.

—¿Y se enteraría usted del *jollin* de anoche?

—Pos ya lo creo, ¡pobretico *Churrete!* ha sólo una lástima; y sobre tó, lo que más me rae las tripas es el mó que tuvo de matarlo, si es que lo mató el otro como á mí me lo ha contao el *Tomcero*.

—Pos yo lo sé de mu buena tinta; como que quien á mí me lo ha contao no vió la faena na más que por no dir al Juzgao.

—¿Y cómo dice ese que no lo vió que pasó la cosa?

—Pos verá usted: según á mí ese me ha contao, anoche el *Sardinita*, que como tós sabemos, y perdóneme su ausencia, es un blanco doble y un alma atravesá; un perro, que si como tiene dientes tuviera sangre, sería menester hablarle poniéndole una bayoneta al pecho...

—Eso que está usted platicando es el Evangelio, señá Rita.

—Vaya, como que lo conozco como si lo hubiera parío; pos bien, verá usted: conforme

iba diciéndole, anoche el *Sardinita* se dejó caer por la taberna de Lola, y Lola, que como tós sabemos no veía más que por los ojos de *Churrete*, del pobretico *Churrete*... ¡lástima de hombre! tan güen mozo y tan macareno como era, porque lo era, sí, señora, porque lo era; á su verita no había amarguras, y cuando el hombre estaba en luz tenía dos regaeras en las palmas de las manos pa gastarse los *parneses*.

—No diré yo que no, señá Rita, pero hay que rebajarle algo á eso; es verdá que no era roñoso, pero tampoco el hombre iba tirando billetes de Banco de puerta en puerta.

—Mujer, yo no digo eso, lo que yo digo es... lo que yo digo que era su miajita de rumboso, pero en fin; conforme yo le iba diciendo á usted, cuando Lola vió al *Sardinita* le volvió la espalda, y *Sardinita* se sentó á la vera de la puerta entrando á mano derecha, y no hacía medio minuto que se había sentao, cuando se presentó en la taberna *Churrete*, más pajizo que la bayeta y bufando de rabia, y sin decir oste ni moste, y sin dar tan siquiera las buenas tardes, entró

como una bala y se fué pa Lola y alevantó la mano, y Lola se medio estrelló del guantazo contra la estantería.

—Y entonces fué...

—Eso es, entonces fué cuando *Sardinita* se arrimó al otro por la espalda y le metió la faca toa entera, tan toa entera, que la punta le salió por el ombligo.

—Pos eso ha sío una charraná que está pidiendo á voces que le den garrote á quien ha hecho esa porquería.

—Ya lo creo que sí.

—Y qué, ¿el pobre *Churrete* murió de pronto?

—Como que no dijo Jesús tan siquiera.

—Y qué? el hombre estaba abrigaíto; asín es que le habrá dejao algo á su sobrino.

—¡Qué le iba á dejar! un velillo pa el sombrero; si tenía las manos rotas, y asín ganara el oro y el moro, á las dos horas tó se le había díó en solera y en rumbo; pos si pa enterrarlo, Pedro, su compadre, ha tenío que malbaratar un mantón de Manila que *Churrete* le había regalao á su comadre.

—Y oiga usted, ¿eso que dicen por ahí de que si *Churrete* y de si su comadre?...

—¡Vaya usted á averiguar! Lo único que yo sé es que cuando el muerto sembraba, nunca lo jacia en seco; pero en fin, allá ellos, que no quiero que se diga que yo tengo mala lengua.

Y no hacía dos minutos que habíanse separado las dos comadres, cuando apareció por la esquina de la calle Pedro; Pedro, que caminaba con rostro sombrío y con los ojos húmedos, Pedro, que iba á dar los pasos necesarios para meter para siempre bajo tierra á *Churrete*, uno de los más preclaros varones de la famosa Andalucía.

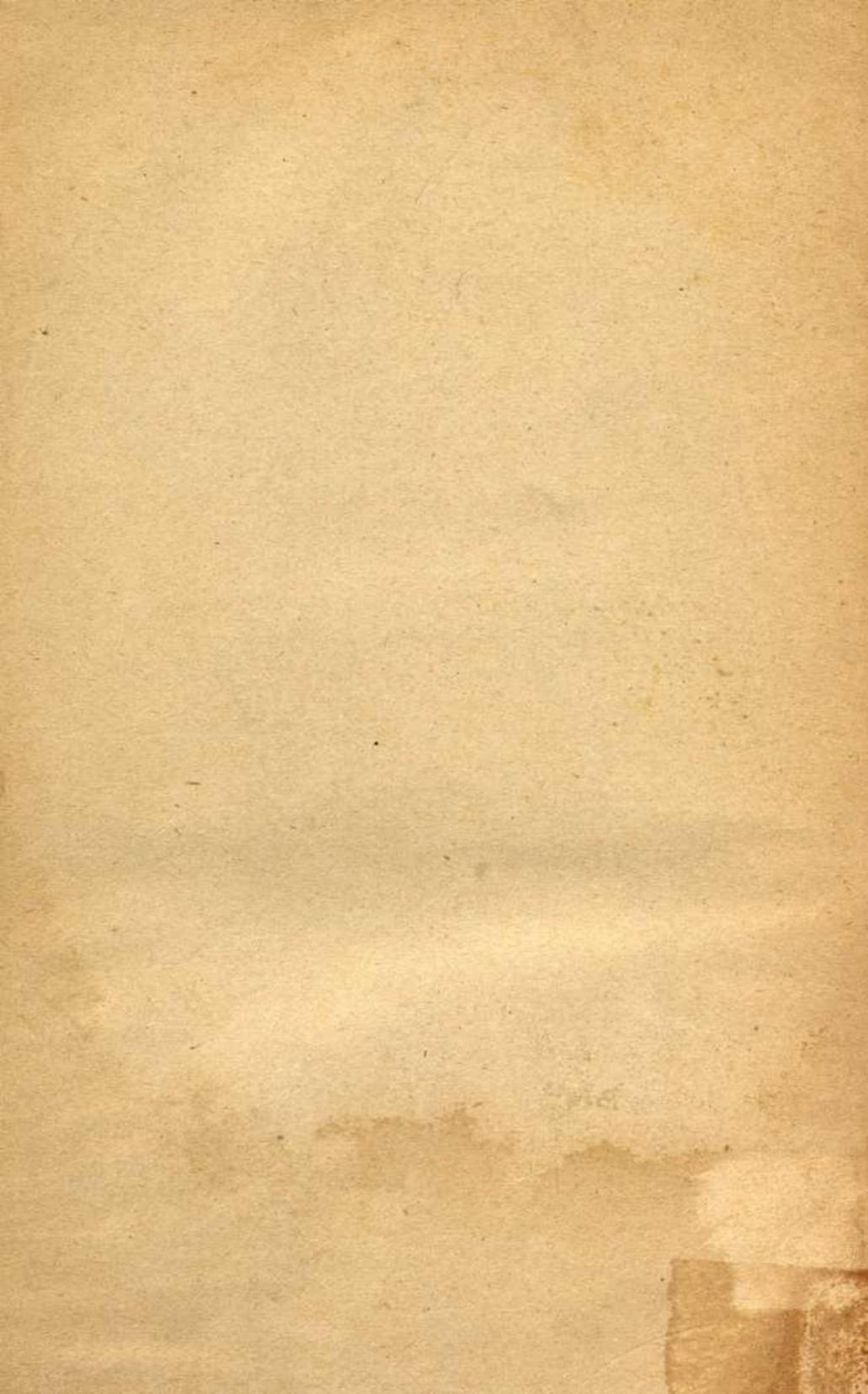




# ÍNDICE



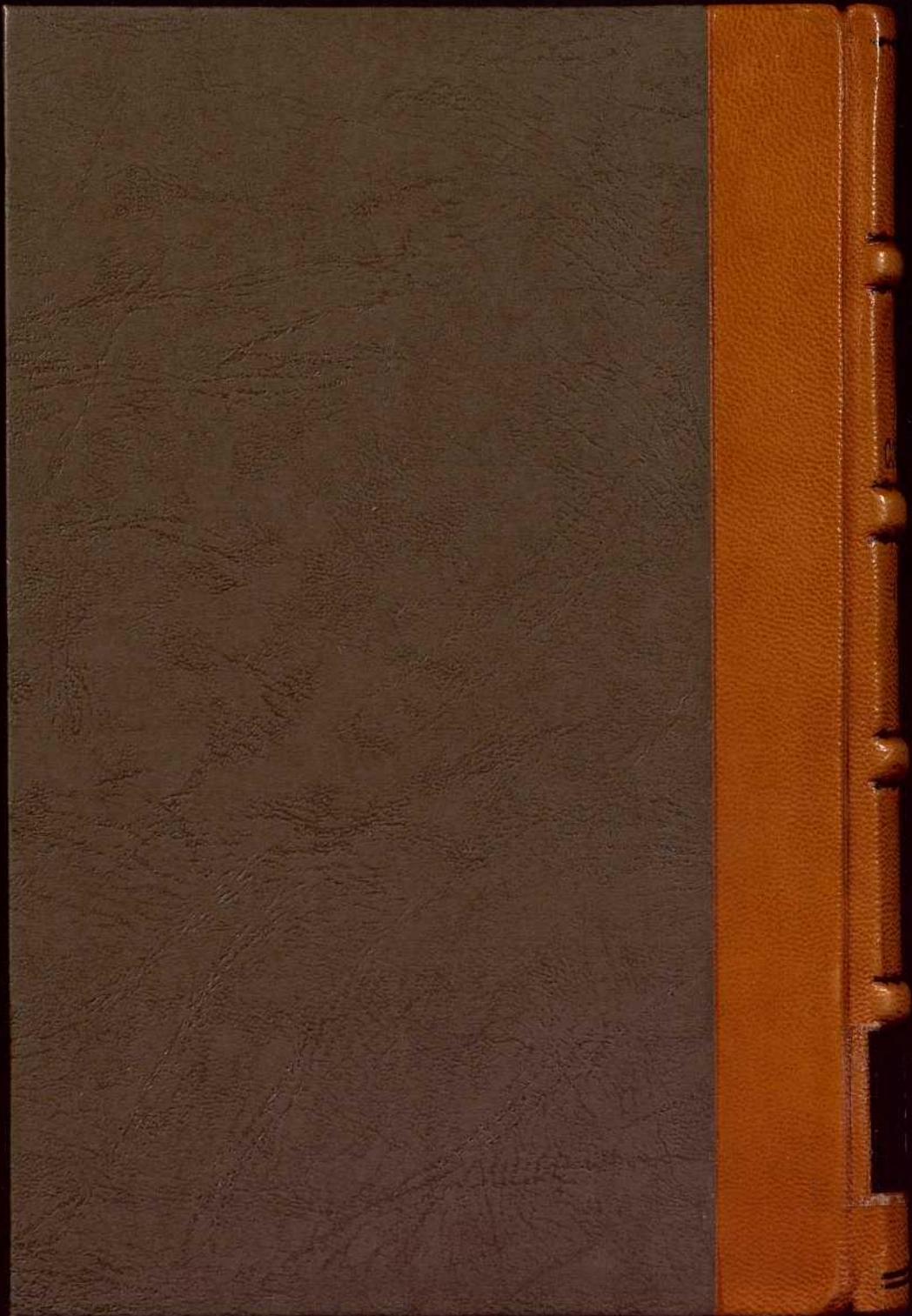
	<u>Páginas.</u>
Del Bulto á la Coracha . . . . .	5
Gramática parda . . . . .	23
El de la umbría . . . . .	41
Pepa la Gitana . . . . .	99
El Calicata y la Primorosa . . . . .	115
Una hombrada . . . . .	131
¡Pitejo! . . . . .	141
La niña de los Claveles . . . . .	151
Una partida serrana . . . . .	165
Cosas de hombre . . . . .	181
El arranque del Galigardeta . . . . .	193
Churrete . . . . .	207













DEL  
BULTO  
A LA  
CORACHA

ARTURO  
REYES



FAN  
XX  
643